

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 1985
Segunda edición, 1988
Tercera edición, 1989
Cuarta edición, 1991
Quinta edición, 1992
Sexta edición, 1994
Séptima edición, 1995
Octava edición, 1996
Novena edición, 1997
Décima edición, 1998
Undécima edición, 2001
Duodécima edición, 2003
Decimotercera edición, 2004
Decimocuarta edición, 2004
Decimoquinta edición, 2005

© MARÍA TERESA BUDGE

© EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Carmen 8, 4° piso, Santiago de Chile

Inscripción N° 61.393

Ilustraciones de Paulina Monckeberg

Se terminó de imprimir esta decimoquinta edición
de 2.000 ejemplares en el mes de febrero de 2005

IMPRESORES: Femar Impresores S. A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-1133-X

Ch 863
B 927

MARIA TERESA BUDGE

L00066.C.2
BCL/nue
C 2

NUESTRAS SOMBRAS

NUESTRAS SOMBRAS
Ch863-B927



00066

EDITORIAL ANDRES BELLO

MARIA TERESA BUDGE

María Teresa Budge, periodista y novelista chilena, nació en 1898. Su primera novela, titulada *Nosotros dos*, apareció en 1933. Luego, en 1935, publicó *Hijos del alma*, y, en 1940, *Nuestras sombras*, su principal novela dirigida a la juventud. Esta última, que tuvo desde su aparición una gran acogida entre los lectores, ha sido editada en cinco oportunidades. Es una novela sencilla, espontánea, ágil y humana, escrita en forma de diario. A través de éste, una niña de quince años narra su vida cotidiana, con sus penas, alegrías y aventuras.

Como periodista, María Teresa Budge fundó y dirigió *Margarita*, que fue la primera revista femenina chilena. Con gran éxito y una enorme tirada, esta publicación circuló en todo Chile entre los años 1934 y 1953. Su principal objetivo era llegar a la mujer con una entretención sana y amena y, a la vez, prestarle un servicio, ya que la correspondencia mantenida por esa revista con sus lectoras fue increíblemente copiosa.

Por esos mismos años, la autora de *Nuestras sombras* tuvo también a su cargo la publicación de la colección literaria *Mi libro*, cuyos títulos, seleccionados cuidadosamente, estaban dedicados a la juventud.

María Teresa Budge falleció el 15 de agosto de 1995.

Hijita mía:

*Cumplo la promesa que te
hice de escribir un libro para ti.*

*Sea cual fuere el camino
que te reserva la vida, estoy cierta
de que siempre conservarás tu
corazón puro, sencillo y alegre
como ahora, y que serás tú la
más hermosa sombra de bondad
y gracia que en su paso por la
tierra haya dejado.*

TU MADRE.

*"Nuestras sombras son más
grandes que nosotros mismos".*

PROVERBIO.

Diciembre 16.

Son tantas las cosas que tengo que contar, que no sé si van a caber todas en mi *Diario*.

Es papá, mi querido papá, quien me ha pedido que escriba todo lo que me sucede, que escriba todo lo que se me ocurre, que escriba todo lo que quiera en este lindo libro que él mismo me ha regalado.

Es un precioso libro grueso, con una chapita de oro con su llave. Esto de la llave es lo que más me gusta; tiene un aire misterioso, secreto, y me hace dueña de algo muy mío y que nadie leerá.

Le tendré mucho cariño a mi libro, como si fuera una persona; al fin y al cabo, es lo único que tengo; por el momento es toda mi familia. Acabo de encontrarlo en mi pieza, más bien diré mi prisión, envuelto en un papel azul, con una tarjeta que

dice: "Te dejo el libro que te prometí, Patricia. Cumple tú la promesa tuya y no olvides lo que te dije. Lo encontrarás escrito con mi propia mano en la última página. Te abraza y bendice tu padre".

Abrí el paquete y encontré la llavecita atada a una cinta blanca. Las tapas del libro son de cuero azul. Lo abrí y busqué ansiosa la última página, a pesar de que me sospechaba lo que sería. Allí, con la letra tan especial de papá, estaba escrito:

"Nuestras sombras son más grandes que nosotros mismos".

Esto de las sombras no lo entiendo muy bien todavía, y merece una explicación, pero, ¡ay!, es que no sé por dónde empezar.

Mi vida ha cambiado totalmente, y en un solo día me parece haber vivido muchos años.

Son las seis de la tarde; hace dos horas que he llegado a esta casa y aún no conozco a su dueña. Cuando toqué la campanilla en la reja de entrada me abrió una mujer de edad, tiesa, seca, con aire mandón. Contestó a mis "buenas tardes" con un sonido ronco, y, dándose vuelta, me dijo:

—Siga por aquí.

Yo di las gracias al chofer que había bajado mis dos maletas del auto y seguí a esa figura sombría que desde un principio me pareció una estampa de bruja.

Parece que esta casa es una quinta. A la derecha, a lo largo, está construida la casa; una pieza al lado de la otra, abren todas a un ancho corredor. Desde allí hay un jardín hasta la tapia que separa la casa vecina. Eso es todo lo que alcancé a ver

mientras seguía a la mujer que me recibió. El corredor tiene el piso de madera encerada, y al centro, una alfombra. Por allí caminamos sin hacer ruido, hasta llegar a la última pieza. Me pareció contar como siete u ocho puertas, todas cerradas. La última estaba abierta.

—Esta es su pieza —me dijo la voz ronca.

Mientras yo miraba curiosa, la estampa de bruja se alejó y trajo mis dos maletas. Entró y señaló un baúl que había en un rincón, diciéndome:

—Ese es el baúl que mandaron de Santiago; las llaves están sobre la cómoda. Usted se queda aquí hasta que le avise que la señora puede recibirla.

—Gracias —dije—. Y ¿cómo se llama usted?

Por toda respuesta me cerró la puerta.

Quise reírme, porque siempre me río de todo, pero la vista del baúl me hizo ver de un golpe mi verdadera situación.

Ni siquiera me quité la boina, tomé las llaves y de rodillas abrí el baúl.

Esta caja grande me trae un pedacito de mi casa, viene de allá donde papá y mamá. ¡Qué de cosas podría contarme si pudiera hablar!

Algo como una pena y al mismo tiempo como una alegría me hizo sacar una caja de cartón que venía encima de todo. La abrí, trémula: era mi muñeca. Mi Pelusa, la compañera de mis años de niñita, olvidada un poco en estos últimos años de colegiala, pero a quien siempre quiero tanto.

Hay sólo una persona en el mundo capaz de acordarse de mi muñeca, y, sobre todo, acordarse

de mandármela a mi destierro. Esa única persona es Perfecta. Seguí sacando cosas del baúl y me di cuenta de que junto a mi ropa venía una serie de "tesoros" míos. Mis fotografías, mi álbum de estampillas, un perro de felpa, regalo de mi grande, de mi inmenso amigo Marcelo.

A pesar de que él es hermano y mayor que mamá, nunca lo hemos llamado tío. Ha sido siempre para nosotras el mejor amigo.

Al tocar todas estas cosas me sentí menos sola, y de repente, dando un salto al medio de la pieza, me di cuenta de que debía proceder con orden; con ese orden que papá nos predica tan a menudo, y que él dice ser la virtud por excelencia.

Entonces me quité la boina azul, me saqué el uniforme del colegio, me puse un delantal de cretona que saqué de mi baúl y me senté en la cama para dirigir mis operaciones. Y en ese momento fue cuando descubrí sobre el velador el paquete envuelto en papel azul con la tarjetita de papá. Abrirlo fue cosa de un minuto, buscar mi lapicera otro segundo, y aquí estoy escribiendo sin parar, para darle gusto a papá. Naturalmente que no he ordenado nada todavía; mis buenas intenciones de orden se suspendieron en vista del precioso libro. Ya tendré tiempo para todo.

Ahora cierro, porque acaban de golpear a mi puerta y la voz ronca ha dicho con autoridad:

—La señora la espera.

En la noche.

Tengo tanto sueño, que escribiré mañana. Buenas noches, papá y mamá. Buenas noches, Perfecta.

Diciembre 17.

Acabo de tomar mi desayuno y ordenar mi pieza. Ahora está todo en orden y se ve mucho mejor que ayer. Este cuarto es grande; tiene una puerta que da al corredor y otra que comunica con la habitación del lado, pero está con llave; al frente de esa puerta hay una gran ventana que da al jardín de atrás. Creo que es la única pieza que tiene ventana.

Los muebles son oscuros, pero ahora ya se ven más alegres con mis cosas y mis tesoros esparcidos por todos lados; más bien, como dice papá, "colocados con armonía".

Desde anoche sé que la pieza del lado será para Perfecta. No comprendo por qué la tienen tan cerrada.

La mesa donde escribo no es precisamente un escritorio, pero es bonita. La he puesto debajo de la ventana. Encima coloqué un florero con rosas que corté del jardín, tempranito. Son preciosas; hay dos color té y cuatro blancas como nieve. Al lado está el retrato de papá. Lo estoy mirando. Tiene sus ojos fijos en mí, sus ojos claros, medio grises, medio verdes, y parece que me estuviera di-

ciendo: "Patricia, Patricia, ¿quieres venir a mirar lo que resultó del trabajo de ayer?"

Papá, ¿dónde estás ahora? Daddy, mi Daddy, como te llamo siempre que estamos solos, ¿dónde estás ahora? Si supieras cómo te echo de menos; si supieras todo lo que ha pasado desde que me fuiste a decir adiós al colegio; si supieras cómo es de divertida, de inmensamente divertida, la tía Melania; si supieras cómo me acuerdo de ti para reírme contigo de todo. Bueno, te miro en tu retrato y veo que estás igual a como eres: tu frente grande, tu peinado todo hacia atrás, tus ojos de mirar algo duro para los demás, pero tan suaves para mí, tu cara bondadosa, todo tú en tu expresión que para mí es refugio, cariño, protección. Luego te escribiré un larga carta, Daddy.

Al lado del retrato de papá tengo una cajita de cristal para bombones. Está vacía, porque no tengo dulces.

Sobre la cómoda he puesto la fotografía de mamá. ¡Qué linda, qué tremendamente linda es mamá! En el retrato tiene un vestido oscuro, muy escotado, con los brazos desnudos. Está peinada con pequeños ricitos en lugar del moño que tiene tía Melania.

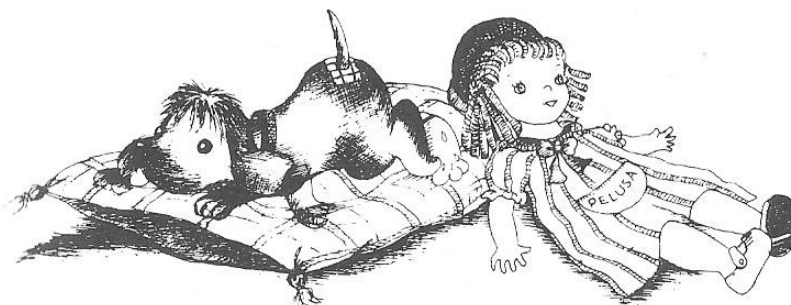
Por qué será que al mirar el retrato de papá parece que él me dijera: "Hay que trabajar, Patricia"; y al mirar el de mamá es como si la oyera: "Ponte tu vestido blanco, Patricia, y ven a que yo te peine y te haga bonita. Hoy tenemos invitados a comer".

Al mirar a mamá pienso en sedas, en flores, en esas lindas pieles que a ella le gustan tanto.

A cada lado de su retrato tengo algo regalado por ella: un frasquito de esencia, el único que he tenido en toda mi vida, y una cajita de cuero para guantes.

A los pies de mi cama he sentado a Pelusa, bien vestida y arreglada, y sobre mi almohadón puse mi perro de felpa. Por fin, en el velador tengo mi reloj, la *Imitación de Cristo*, que me regaló Perfecta, y un pequeño retrato de ella conmigo.

Sobre mi cama colgué un cuadro de la Virgen con el Niño Jesús, que me ha acompañado todos mis años de colegio. Me acuerdo que casi se lo di a Raquel Díaz, porque le gustaba tanto, pero la madre Vergara no me dejó. Hizo muy bien, porque ahora me habría dado muchísima pena no tenerlo.



Le he escrito a papá la siguiente carta:

"Olmué, diciembre 17.

"My Daddy: Te escribo desde el encierro que tú elegiste para mandarme. ¿Por qué se te ocurrió la casa de esta tía que yo no conocía?... Podías haberme empaquetado a la dirección de Marcelo, allí sí que lo estaría pasando bien contenta. Pero no te aflijas, son quejumbres mías nada más, no estoy tan mal. Lo que sucede es que Perfecta no ha llegado todavía y me siento un poco sola. Aunque tampoco eso es verdad. Mira: tengo mis 'tesoros'; luego, ya soy amiga de toda la vida de Capitán, un enorme perro que cuida la quinta.

"Mirarnos y querernos fue cosa de segundos, pero ni siquiera te he contado todavía cómo llegué aquí.

"Salí del colegio a las cuatro. Fue a buscarme la señora Frías en su coche. Esta señora es una viejita muy amiga de la Madre Superiora; por eso me confiaron a su cuidado. Te diré que salí del colegio con ese nudo que se hace en la garganta cuando uno tiene una pena grande y no debe llorar.

"Me despedí de la Madre Superiora, y la madre Vergara, mi maestra de clase, me fue a dejar hasta la puerta. Ella estaba emocionada, se le conocía, porque sacó de su bolsillo un paquetito de alfeñiques y me lo dio. Y te diré, papá, que cuando la madre Vergara regala alfeñiques, es porque la chiquilla a quien se los da está triste, y ésa es su manera de consolar. Me dijo que le escribiera bien

luego, que rogaría mucho por mí, y me abrazó con todo cariño. Ha sido tan buena conmigo, que sentí verdadera pena al dejarla. En fin, me senté en el auto, al lado de la señora, y partimos.

"Las dos íbamos calladas. Yo tenía unas ganas de llorar, qué sé yo por qué; pero me acordé de los alfeñiques y le ofrecí uno a la señora. Me aceptó y yo comencé a comer otro, porque así mi lengua estaba ocupada.

"El auto corría por un camino que yo nunca había visto; eso me distrajo, y sin darme cuenta del tiempo llegamos a la casa de tía Melania. Me abrió una figura apergaminada y tiesa, que resultó ser la empleada de confianza de la dueña de casa. Se llama Eduvigis.

"Una vez en mi pieza, encontré tu regalo y tu tarjeta. Gracias, Daddy. El librito es lindo, y me puse a escribir inmediatamente. Te daré gusto, y no dejaré de poner allí todo, todo, como tú quieres. Tus palabras escritas en la última página me han hecho pensar en que algo te sucede. No puedo olvidarme de la última vez que te vi. En el colegio es un acontecimiento cuando, en medio de una clase, una chiquilla sale llamada por la Madre Superiora. Yo fui la heroína ese día. Y qué gusto me dio cuando me dijeron que tú estabas en el salón y que me daban permiso para verte y quedarme contigo todo el rato que tú quisieras.

"Pero apenas te abracé y te miré bien en los ojos, me di cuenta de que estabas preocupado de algo. Me dijiste que mamá no se sentía muy bien y que haría un viaje corto a Buenos Aires, por reco-

mendación tuya y de otros médicos. Que tú te embarcabas en cinco días más para Europa, para asistir a un congreso en Viena, y luego pensabas ir a Suecia y Noruega, para asistir a las conferencias de un célebre profesor; que habías decidido que yo y Nora nos fuéramos a vivir con la tía Melania en su quinta, en el campo, hasta el regreso de mamá; que Nora se quedaría en Santiago, guardando todo y cerrando la casa, y cuando estuviera eso listo vendría a reunirse conmigo.

“Me pediste que tuviera paciencia, que me portara bien, que estuviera siempre ocupada en algo. Como yo te pidiera quedarme en el colegio hasta el fin del año, hasta el día de los premios, tú me miraste con tristeza y me dijiste que sentías tanto no darme ese gusto, pero que deseabas embarcarte sabiéndome instalada en mi nueva casa; que te dabas cuenta de mi sorpresa, pero que tú me pedías que fuera obediente y cumpliera tus deseos.

“Me acuerdo perfectamente que yo te prometí todo lo que tú pediste, y entonces tuvieron tus ojos una expresión de alivio. Y como no pudiera evitar que unos lagrimones se me salieran sin permiso cuando nos decíamos adiós, tú me dijiste, con una voz no muy firme tampoco: ‘A mí me gusta mi Patricia valiente; a ver..., ¡la cabeza arriba!’

“Cuando quedé sola me fui a la capilla. Me gusta tanto, hay tanta tranquilidad allí. De rodillas le pedí a la Virgen que te cuidara en tu viaje tan largo, que te bendijera, que te consolara; yo no sé por qué pedía eso, Daddy; pero sé, lo siento yo,

que tú necesitas mucha fuerza y mucho consuelo. Algo había en tus ojos, ese día, que me ocultabas. No eran esas cosas de tu trabajo, de tus enfermos, de tus experimentos, no; era una cosa tuya, de esas de adentro, de esas que sólo se dicen a la persona que nos quiere mucho. También recé por mamá. Tan linda y tan buena, pero no podía explicarme cómo se iba sin ir a verme primero, o era que estaba demasiado enferma. En fin, todo esto lo sabré cuando llegue Nora.

“A los dos días de tu visita la Madre Superiora cumplía tus órdenes y me mandaba dejar aquí.

“En este momento se me ocurre que deben echarme mucho de menos en el coro del colegio. ¿Sabes? La madre que nos enseña canto dice que yo soy su brazo derecho, que no fallo nunca. Te diré, y esto es para ti, Daddy, que no estoy muy segura si mi voz es afinada o agradable; lo que sí es verdad es que me gusta tanto cantar que grito sin que me lo pidan.

“Bueno, te seguiré contando. El día que llegué, poco antes de la comida, tía Melania me mandó llamar. Atravesé la galería larga y entré en la primera pieza. Allí estaba ella en su sillón. Tú la conoces, así que para qué te digo nada; pero te aseguro que no la has mirado bien; de haberlo hecho no me habrías mandado aquí. Yo vi una figura de mujer flaca y larga, toda de negro. Me tendió una mano flaca y larga, y me señaló una silla, cerca de la suya. Miré su cara y vi unos ojillos chicos, hundidos, que parecen ser así de querer escudriñar lo que no les importa. Boca

amarga, ¿sabes, papá?, de esas que no se ríen, o porque no quieren o porque no saben; una expresión de frío, de sábana almidonada, de algo rígido.

“—Buenas tardes, tía Melania —dije, sentándome.

“—¿Tú eres Patricia, ¿no?

“—Sí, tía Melania.

“—¿Y cuándo llega Nora?

“—No sé, tía Melania. Papá me dijo que ella tenía que cerrar la casa en Santiago, y después se vendría.

“—¿Se parece a ti?

“—Oh, no. Perfecta es muy diferente.

“—¿Quién es Perfecta?

“—Perfecta y Nora son la misma persona —contesté riéndome—. Es verdad que usted no lo sabe. Para todo el mundo es Nora, pero para mí es Perfecta. Yo la llamo así porque no tiene defectos, es... sencillamente perfecta.

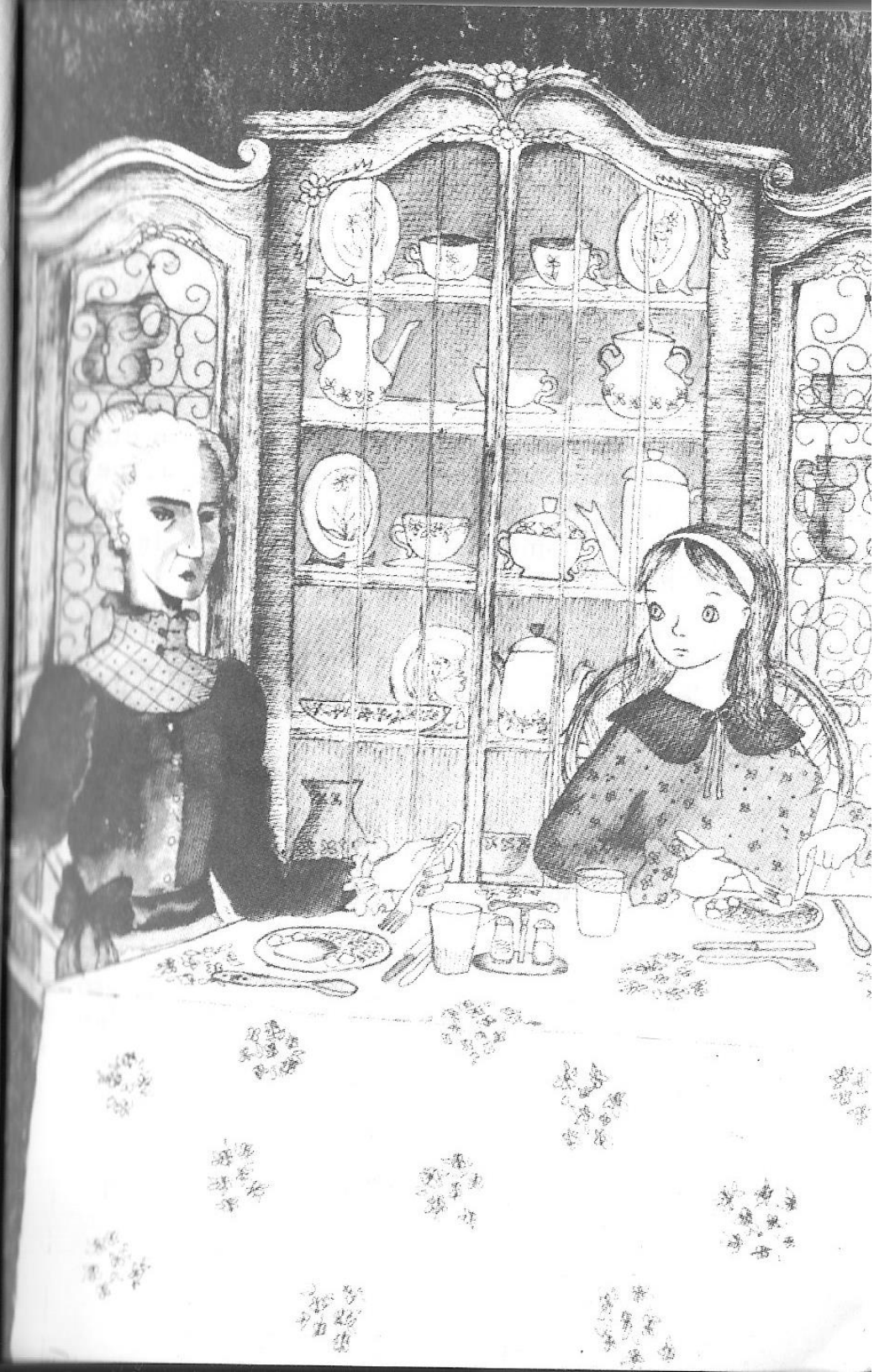
“—¿Qué ridiculez! Nadie es perfecto. Preferiría que la llamaras Nora. El otro nombre me es antipático.

“Yo me quedé callada, por no decirle que ella, con o sin su nombre de Melania, me era mucho más antipática.

“Tía Melania aprovechó mi silencio para examinarme bien.

“Después de un rato me dijo:

“—Pareces una niña todavía; por eso quiero advertirte que no me estropees el jardín, que te limpies bien los zapatos para no ensuciar la alfombra de la galería, que te pongas un traje oscuro para



venir al comedor conmigo, porque me desagradan los colores alegres. En mi vida hay una tragedia.

“—Podría usted contármela —dije.

“— ¡No!

“— ¡Ah!

“— ¿Ves ese retrato colgado allí?

“Me levanté y miré donde ella me indicaba. Un retrato de cuerpo entero. Un hombre con uniforme militar, con muchos galones y muchas medallas. De cara bien simpática.

“— ¡Qué hombre tan buen mozo! —dije—. ¿Era su novio, tía Melania?

“— ¡Qué tontería! Es una fotografía de mi hermano Juan, que murió el año pasado.

“—Lo siento mucho, pero no veo por qué llama tontería el estar de novia. ¿Acaso todo el mundo no se pone de novio y concluye por casarse?

“—Felizmente no es todo el mundo como tú dices. Nadie debería casarse, porque todos terminan en un desastre. Ya ves el caso que tenemos más cerca.

“Creí que iba a contarme alguna cosa interesante, pero me quedó mirando callada. En eso entró la mujer que me recibió en la puerta y dijo que ya estaba lista la comida.

“Entonces tía Melania volvió a hablar:

“—Esta es Eduvigis, la mujer de toda mi confianza, así es que a ella le obedecerás como a mí. Ahora anda a ponerte algo oscuro para ir a comer.

“Fui a mi pieza, y en el camino hice la resolución de casarme apenas pueda con quien sea; la cosa es no llegar a ser como tía Melania.

“¿Por qué aquí en esta casa es todo largo y flaco y negro? Mira, Daddy, tía Melania le ha comunicado estas cualidades a la Eduvigis, porque es copia exacta de su patrona.

“La casa también es larga. El comedor es largo, con una mesa larga; ¿para qué, cuando somos dos personas? Los muebles son negros. Hubo un momento en que, medio cegada, me pareció que la cara de tía Melania y la de Eduvigis era lo único de color que veía, y me hizo la impresión de que se ahogaban en una laguna de aguas negras.

“Encontré que mi deber era alegrar el ánimo de esta pobre tía, y me puse a contarle cosas del colegio, de ti, de los perros de Marcelo; hasta le conté un cuento alemán para que se riera. Pero después de todo ese despliegue de ingenio, me miró con aire protector y dijo:

“—La juventud de hoy es tan superficial; no comprendo cómo puedes estar tan contenta con la tragedia que se cierne sobre tu cabeza.

“Instintivamente miré hacia arriba. La lámpara quedaba lejos de mí. ¿A qué tragedia se refería?

“Preferí ignorarla. Al terminar de comer me dijo:

“—Buenas noches. Yo me acuesto temprano, y tú harás lo mismo.

“—Buenas noches, tía Melania. ¿Puedo dar una vuelta por el jardín antes de acostarme?

“— ¡A oscuras! ¡Qué ocurrencia!, pero si quieres..., eso sí que no te ladre el perro, porque me exaspera el ladrido de los perros.

“Cambié de opinión y no salí al jardín, porque en realidad tenía sueño y cansancio.

“Hoy día poco he visto a los dos pergaminos. Tía Melania N° 1. Eduvigis N° 2. He pasado muy ocupada poniendo en orden mis cosas y escribiendo en mi libro. Quiero aprovechar de hacerlo ahora que estoy sola, porque después, cuando llegue Perfecta, tendré con quien conversar. Cuando concluimos de comer, corrí a mi pieza, y aquí me tienes escribiéndote sin parar. ¿Has leído alguna vez una carta más larga? Pero tenía que contarte todo esto.

“Daddy mío, ¿por qué no se te ocurrió llevarme contigo? No te habría incomodado en nada. Creo que aquí me voy a ahogar. O bien mamá, ¿por qué no nos llevó con ella a mí y a Nora?

“En este instante miro tu retrato que tengo aquí sobre la mesa en que te escribo, y me vienen al recuerdo tus palabras. Me las dijiste esa tarde, cuando te fuiste a despedir al colegio:

“—No olvides nunca, Patricia, que nuestras sombras son más grandes que nosotros mismos. Eso quiere decir que lo que hacemos en la vida, ya sea bueno, ya sea malo, deja una huella. Forma una sombra que se engrandece en bondad o en maldad. Grábalo en tu corazón para que vivas conforme a lo que tú debes dejar tras de ti; para que tu paso por la tierra forme una grande y hermosa sombra de belleza y de bondad.

“Por el momento no se me ocurre qué cosa puedo hacer que corresponda a tu deseo; a no ser reprimirme y no estrangular a Pergamino 2. Si la vieras, Daddy, tesa y afilada; me miró hoy como si yo tuviera la culpa de que ella sea así.

“¿Sabes qué hora es? Las doce de la noche. No me he dado cuenta conversando contigo. Hay un silencio inmenso, que me da un poco de frío. Buenas noches, Daddy querido, te besa tu

“PATRICIA”.

“Escríbeme muy luego”.

Diciembre 18.

Bien temprano salí en exploración al jardín y al huerto. El jardín frente a la casa está bien cuidado y tiene bonitas flores. A la altura donde termina la casa hay una reja de alambre que divide esa parte del jardín y de la casa con el huerto. La puerta de esa reja se cierra de noche.

Lo que más me gusta es el huerto de atrás. Hay un gran pedazo de tierra plantado, y otro así, sin cuidar, donde crecen malezas, y cada árbol está donde le da la gana y no en fila ni en orden.

Me trepé a la tapia del lado derecho, y traté de investigar lo que se ve desde allí. No se divisan casa ni ser humano. Me fui a la tapia del lado izquierdo. Junto a una acequia vi un par de zapatitos de niño, lo que me hace suponer que tienen

dueño. Más allá, herramientas de trabajo y una pacífica vaca, señora de un lindo potrero verde.

Me quedaba el mirar por la tapia del fondo. Me costó mucho subir, porque es más alta que las otras. Una vez arriba, comprendí el porqué. Al fondo no hay vecinos. Parece un camino público, pero muy malo y abandonado, porque, durante el rato que estuve observando, no vi pasar ni persona ni animal.

Se pierde la vista hasta las lomas que se juntan con los cerros. ¡Qué tranquilidad más grande!

En la noche.

Escribí la siguiente carta a mamá:

“Mamacita querida: Ayer le escribí una larga carta al papá y ahora te toca a ti. El me dijo que tú no te sentías bien y estabas muy delicada. Eso me ha dado mucha pena, pensar que estás enferma. ¿Por qué no me has escrito tanto tiempo? Yo creí que sería porque te obligaban a quedarte en cama; pero papá me aseguró que sólo necesitabas descanso y tranquilidad, y que te ibas a Buenos Aires. Yo también creo que eso te hará mucho bien; ¿por qué no llevas a Nora contigo? Sería una buena compañía. Yo podría quedarme lo más bien aquí, con tía Melania, que en un principio me pareció algo tétrica, pero que ahora es de lo más entretenida. Naturalmente que los echo mucho de menos a ti, a papá y a Nora, pero no estoy tan mal, y lo principal es que te cuides para que luego nos juntemos todos otra vez.

“Estoy muy obediente y me escobillo el pelo todas las noches, y cuando me pongo el traje azul busco el cinturón que le viene, y no el primero que encuentro a la mano. Ya verás que tendré tanto gusto para vestirme como tú; eso sí que nunca podré ser tan linda como tú lo eres.

“Te abraza y te besa muchas veces

“PATRICIA”.

Diciembre 19.

Antes de cerrar la carta a mamá la leí para cerciorarme de que no le había contado nada de la verdadera situación de su hija. Cada día me siento más triste, pero eso no puedo decírselo a mamá, porque sería una preocupación.

Y a tía Melania no sé cómo entenderla. Hoy hemos tenido la siguiente conversación, a la hora de almuerzo:

—Supe que habías conversado con Pedro.

—Sí, tía Melania.

—¿Qué le preguntaste?

—¡Oh, muchas cosas! Si era casado, si el árbol del tilo era grande o chico, si tenía niños, si me podía plantar unas flores en un maceterito para poner en mi pieza, si acaso le gustaba ser jardinero, si quería que le tejiera una bufanda para el invierno, si se les ponía quitasol a las camelias, si...

—Basta..., basta, ¿y qué te dijo él?

—¿El? Nada, tía Melania, es mudo.

- ¡Pedro, mudo? ¡Estás loca!...
- Entonces, es que no quiso hablar.
- Me parece muy bien.

Y esa fue la interesante charla de todo el día.

Pedro es el jardinero que viene un día todas las semanas. Primera vez que lo veía hoy y le fui a conversar. También es largo y flaco, pero no de cara tiesa. Tiene el cutis muy tostado, casi color chocolate, y se pone un sombrero de paja muy grande.

Se me ocurre que para otro día que venga lo haré hablar; creo que está contagiado de esta casa, porque me miraba entre asustado y risueño con toda mi palabrería.

Lo de risueño no le conté a tía Melania, porque, seguramente, le habría parecido el colmo de la disipación.

Diciembre 20.

Ayer fue un día distinto, pero pasé tan ocupada que no alcancé a escribir nada. Tía Melania no apareció a la hora de almuerzo. Pergamino 2 se dignó informarme que su patrona se había quedado en cama. Le pregunté si podía pasar a verla o si quería que la acompañara un rato. Me dijo muy tiesa y muy seca que ella sola bastaba para atender a su patrona.

Dirigí entonces mis investigaciones hacia la cocina, sitio hasta ahora inaccesible para mí, pues esos lados son dominios de Pergamino 2. Aproveché

un rato en la tarde, y me colé al repostero, y de allí, a la cocina. Es grande, con mucha luz, y la cocinera, a quien sólo había divisado una vez, me pareció muy simpática. Se llama Tránsito y es gorda. Estaba pelando papas y yo me puse a ayudarla. Le dije que hacía muy bien de comer, y con esto quedamos muy amigas. Conversamos largo rato trabajando, y por ella supe muchas cosas.

Tía Melania ha vivido siempre muy retirada en esta quinta; pero desde que murió su hermano fue peor. No sale jamás, sólo va a misa algunos domingos; no recibe a nadie, no ve a nadie; vendió el piano que tenía, seguramente de miedo que tocara solo; ennegreció todo lo que pudo. Parece que su dolor se transmite a los objetos y quiere ver todo negro, como su pena.

Según la Tránsito, tía Melania no fue nunca un cascabel de alegría; pero llevaba una vida más o menos humana. Recibía y pagaba visitas, y la casa realmente se alegraba cuando venía el militar. Era su único hermano y según parece todo su cariño. Se me ocurre que el corazón de tía Melania es muy chico, ya que no le cabe ningún otro amor.

Eduvigis está con ella desde siempre. No se sabe cuál de las dos empezó a vivir primero. La Tránsito está con ellas ocho años.

Para una primera sesión era suficiente, y sobre todo el pensamiento de que pudiera aparecer Pergamino 2 me hizo juiciosa y me retiré del reino de la Tránsito muy complacida y prometiéndole venir un día, cuando llegue Perfecta, para enseñarle entre las dos cómo hacer una torta bien rica.

El resto del día lo pasé en el huerto corriendo y jugando con Capitán.

Y de repente se me ha ocurrido pensar por qué razón estoy viviendo aquí y por qué razón vendrá Perfecta. Tía Melania no es tía nuestra, es decir, no es tía verdadera. Que yo sepa, no es de la familia ni de papá ni de mamá; es de esas tías incrustadas que hay en todas las casas. Creo que cada persona viviente ha tenido una tía así; por suerte no son todas iguales; las hay muy simpáticas y alegres, las hay rezongonas seguramente; pero como esta que nos tocó a nosotras estoy cierta que no la hay. Es el único ejemplar. Me parece que es prima de una prima de abuelito, algo así como conocidos nada más, pero que el "destino cruel" (me gusta mucho esa frase, la leí en un libro) la tenía reservada para nosotras.

¡Pobre tía Melania, le tengo lástima! Se me ocurre que nunca se ha reído, nunca ha saltado, nunca ha sido niñita, debe haber nacido así, enfundada en ese traje negro con cuello alto de barbas, siempre flaca, siempre larga, siempre apergaminada y sin poderse salir de esa funda porque ha estado mirando toda su vida a su copia fiel: Eduvigis.

Diciembre 21.

Pregunté por tía Melania y supe que se iba a levantar; entonces me fui al jardín y corté unas cuantas rosas recién abiertas. Cuando me avisaron

que estaba el almuerzo y que me servirían en la salita de tía Melania junto con ella, me dirigí allá triunfante con mis flores.

—Buenos días —dije—, me alegro que esté mejor; le traje estas rosas tan lindas para que la alegren un poco.

Tía Melania me miró petrificada, y antes que pudiera abrir la boca, Pergamino 2 irrumpió furiosa:

—Sí, señora, usted no me lo había creído; pero esta señorita no hace otra cosa que cortar flores todas las mañanas, ya tiene pelado el jardín. ¡Yo no sé hasta cuándo...!

Tía Melania volvió a mirarme; ¿qué fue lo que en ese preciso instante me salvó de un terremoto? Lo recuerdo bien. Porque yo alcancé a dar un paso hacia la estampa de bruja y mis manos no iban a hacerle un cariño, seguramente, cuando vi pasar a Pedro por la puerta abierta.

—¡Venga, Pedro, venga —grité, ansiosa—, espérese un momentito! Dígale aquí a su patrona si es verdad que yo he pelado el jardín y que no hay una flor.

Esta pregunta tenía dos fines: uno, que tía Melania supiera la verdad; el otro, saber si realmente Pedro era mudo.

El jardinero, con su chupalla en la mano, avanzó unos pasos y habló:

—Si la señora manda...

—Nada, Pedro —dijo tía Melania—, ándate, y tú, Eduvigis, trae el almuerzo.

—¿De modo que no la va a reprender, que no le va a decir nada, que la va a dejar hacer lo que le dé la gana?... —rugió Pergamino 2.

Yo, mientras tanto, me había acercado al retrato del militar simpático y colocado al lado las lindas rosas.

Seguramente tía Melania vio este gesto mío y no debe de haberle disgustado, porque volvió a decir con tono cortante:

—Tú, Eduvigis, trae el almuerzo.

Pergamino 2 salió de la pieza mascullando algo entre dientes y yo me senté frente al otro Pergamino.

—Lo siento, tía Melania —dije—, lo cierto es que todos los días yo corto flores para mi pieza, pero es que son tan lindas, a mí me encantan las flores y además hay tantas en el jardín. Si usted quisiera asomarse las vería. Pero si no quiere que las corte, usted me lo dice, usted misma, porque yo no le obedezco a esa bruja.

—¡Sosiego, Patricia, qué son esas palabras!... —contestó tía Melania—; te he dicho que tienes que obedecer a Eduvigis.

Y como en ese momento entrara ésta con una fuente, siguió hablando muy golpeado:

—Supe que ayer habías estado en la cocina metiéndole conversación a la Tránsito.

—Y ayudándole a pelar papas —agregué.

—No hay necesidad de eso —contestó ella—. Ya te he dicho que no me gusta que converses con nadie.

—¿Entonces quiere usted que se me pegue la lengua?

—Ya llegará tu hermana.

—¿Y cuándo va a llegar?, ¿sabe usted? —pregunté llena de verdadera angustia.

—¡Qué sé yo! No es por mi gusto que las tendré aquí.

—Ni por el mío tampoco —dije.

—¡Insolente!

Y terminamos el almuerzo en completo silencio.

Cuando me levanté para retirarme me acordé de las rosas, me acerqué al retrato y las quité.

—¿Qué haces, Patricia? —dijo tía Melania.

—Me llevo las flores —contesté—; ni usted ni su hermano merecen una atención, ni un cariño, ni nada, ni siquiera una rama seca.

Creí que Pergamino 1 me fulminaría, pero sucedió la cosa más extraordinaria. El tono de voz de tía Melania cambió totalmente, y no diré que con dulzura, porque eso sería demasiado optimismo, pero casi, casi con un timbre agradable, me dijo:

—Déjalas, Patricia, no te las lleves..., y puedes cortar de vez en cuando algunas para ti.

Creyendo que el suelo se iba a hundir o que se caería el techo, arranqué a mi pieza para ponerme a salvo, y aquí sí que sucedió la catástrofe. Me puse a llorar. Por un largo rato sollocé y sollocé sin saber yo misma la verdadera causa. Me abracé al perro de felpa y lo dejé bastante mojado. El perro me trajo el recuerdo de Marcelo,

mi grande amigo, y pensé escribirle inmediatamente para pedirle ayuda. Ya que papá está lejos, mamá también, que Perfecta no llega nunca, ¿a quién puedo recurrir? Es preciso que me saquen de aquí al momento, porque si no voy a enloquecer o bien me voy a convertir en asesina. Aseguro que no me costaría mucho estrangular a Pergamino 2. Al pensamiento de un crimen salté de la cama: ¡Qué sensacional sería mi actuación! "Muchacha joven, valiente y decidida defiende su libertad".

Hermoso título para encabezar el relato del tremendo drama.

Me acerqué al espejo para contemplar bien de cerca el rostro de una asesina y..., desgraciadamente, solté la risa. Tenía los ojos rojos de llorar y la melena disparada. Parecía ser yo la víctima. Me fui a lavar y a peinar y volví a contemplarme. Entonces descubrí otra cosa. Mis ojos se habían aclarado; seguramente que el llorar les hizo bien,



algo así como un baño, porque ordinariamente son azules, un azul mar, y ahora estaban azul cielo. Desistí de estrangular a Pergamino 2, creo que nadie puede ser asesino con una mirada azul cielo. También encontré otros cambios en mí. Perfecta me encontrará más alta. ¿La habré alcanzado a ella? Cómo me gustaría ser de su altura. Noté que mi vestido está más corto y más estrecho y es solamente del invierno pasado. Veremos con Perfecta, cuando ella llegue, cómo podemos arreglarlo. Seguí mirándome con ojo crítico para darme cuenta de si podré esperar "la liberación" de manos de un marido. ¿Habrá alguien que se interese por casarse conmigo?

El espejo me devolvió la imagen siguiente: una figura delgada, ni alta ni baja, más bien lo primero, vestida con un traje blanco de cinturón de cuero lacre. Donde termina el vestido salen dos piernas, larguchas, sin medias (en la tarde tengo que ponerme medias a pedido de Pergamino 1), terminadas en soquetes blancos dentro de sandalias lacres. Para arriba el vestido concluye en un cuello redondo, lacre, y de allí sale mi cara. Es blanca con dos manchones colorados a los lados, para hacer juego con mi vestido. (Eso no es verdad, porque siempre estoy colorada, aunque me vista de verde). La nariz es chica, corta, algo respingada, lo que también respinga un poco el labio de arriba de mi boca, que también se atreve a ser muy colorado. Los ojos son azules, demasiado grandes para mi gusto. Las cejas, castaño oscuro, como el pelo, que está peinado en ondas partido al medio

y sujeto con un cintillo lacre. Por suerte el pelo es crespo natural. Eso es todo. Me olvidaba de algo: las orejas chicas, las manos chicas y sobre la nariz tres pecas insolentes y atrevidas, tres juntas en fila, iguales que la constelación de... (no me acuerdo cómo se llama), en el cielo, donde brillan las tres Marías.

Me temo que estas tres pecas pronto serán una legión, porque aquí hay mucho sol.

¿Existirá el hombre capaz de quererme con pecas y todo?

Me queda una esperanza: ser bonita como Perfecta, cuando tenga veinte años como ella, porque, ¡ésa sí que es mujer linda, mi hermana! Se parece a mamá. Tiene el pelo dorado, los ojos de un café claro que a veces se ven dorados también. Un cutis suave, precioso; la boca siempre sonriente y toda su cara tan apacible, tan serena, tan buena. Es alta, y al andar lo hace con tanta dignidad, que se me ocurre, y yo se lo digo siempre, que de ese modo andarán las reinas. Nunca se atropella como yo, nunca se le cae nada ni se le quiebra nada, nunca hace movimientos bruscos, nunca se precipita: es Perfecta.

Estaba en estas comparaciones cuando tía Melania me llamó. La encontré con una carta en la mano, que me pasó diciéndome.

—No ha sido por curiosidad que la he abierto; mientras no esté aquí tu hermana es mi obligación velar por ti, y necesitaba saber quién te escribía. No he leído la carta; me bastó con ver la firma.

Yo no le contesté nada del júbilo inmenso que sentí. Corrí a mi pieza. Era de la madre Vergara. Entonces me fui al huerto y debajo de mi peral favorito leí las cariñosas líneas de mi buena maestra.

Me decía que me recordaban tanto todas las religiosas; que deseaba tener noticias mías; que me había echado mucho de menos el día de los premios, sobre todo en el coro, donde mi voz hacía falta; que la fiesta de ese día había sido muy bonita; que la pequeña Silvia Cortés, de cinco años, se había caído al hacer la reverencia y comenzó a llorar, pero la Madre Superiora la llamó a su lado para consolarla; que yo me había sacado un primer premio de composición literaria y de inglés, un segundo de gramática y de historia, y que esos cuatro libros me los mandaba por correo, esperando que me gustaran y me entretuvieran. Me aconsejaba que nunca dejara mis oraciones; que ocupara mi tiempo; como yo le había contado del libro y del pedido del papá, que no dejara de hacerlo, pues me haría mucho bien el escribir mi *Diario*; que no abandonara mis estudios de piano y, si podía, tomara clases de canto; que ojalá pudiera regresar para el otro año, que ella guardaría mi escritorio al lado de la ventana como a mí me gustaba; que no me olvidara de que la vida está llena de sacrificios y deberes y tuviera paciencia y buen ánimo; que en mis penas y dificultades no me olvidara de recurrir a la Santísima Virgen, que era mi Madre y siempre escucharía mis súplicas.

Enviaba para Nora sus cariñosos recuerdos y un respetuoso saludo para mi tía.

Terminé de leer con el corazón reconfortado. Alguien se acordaba de mí con cariño. Entonces seguí hasta el fondo del huerto y allí, segura de que ambos Pergaminos no podían oírme, comencé a cantar y a cantar todos los cantos del colegio. Los que entonábamos en la capilla, los que cantábamos en los recreos, los que había aprendido en las vacaciones pasadas oyéndolos en la radio de mi casa, las canciones de Perfecta que yo le acompañaba al piano; canté y canté todo lo que sabía, teniendo a Capitán a mis pies como el mejor y más fiel auditorio.

Diciembre 22.

Son las cuatro de la tarde. ¡Hace un calor! Hasta hace un rato estuve tendida bajo los árboles, pero no se movía ni una sola hoja, zumbaban las abejas cerca de mí y parecía que a cada momento el aire se ponía más pesado. Me vine a mi pieza sintiéndome completamente floja, sin deseos de nada, y de repente vi mi libro sobre la mesa. Entonces me acordé de lo pasado hoy día y me puse a escribir. Mi pieza está fresca, mucho más fresca que afuera. Qué bueno fue papá en acordarse de mí y qué razón tenía en decirme que hiciera uso de mi *Diario*. ¿Qué habría sido de mí sin este librito? Es como si hablara con él, con mamá, con Perfecta, con alguien, ya que aquí los seres vivientes parecen embalsamados igual que los insectos de papá.

Hoy es domingo. Yo me levanté con ánimo de fiesta; supuse que tía Melania me llevaría a misa con ella o al menos me mandaría a mí o qué sé yo; que al fin se abriría la reja de entrada aunque fuera sólo por una hora. Me vestí con un traje celeste muy apropiado para domingo, me puse mis zapatos de charol negro con soquetes celestes; estaba orgullosa del conjunto armónico (como dice papá), cuando, cosa rara en mí, reflexioné dos quintas partes de segundo, y pensando que a tía Melania quizás le parecerían poco adecuados mis soquetes para ir a misa, los cambié por medias. Busqué mi libro de oraciones y avancé con paso mesurado hacia la pieza de tía Melania.

Golpeé suavemente.

—Puedes entrar, Patricia —oí que me decía.

—Buenos días —dije—, no sé a qué hora será la misa aquí; pero quería decirle que estoy lista.

—Hoy no iremos a misa —fue la contestación.

—Pero, tía Melania —agregué—, hoy es domingo.

—Ya lo sé..., pero no me siento bien, así que no iremos a misa.

— ¡Ah!

Dije ¡ah!, porque no se me ocurrió otra cosa. Jamás pensé que podía suceder esto y esfumarse la única esperanza que tenía yo de asomar mi nariz a la calle. Fue tal la conmoción que sentí, que se me quedó la boca abierta en el ¡ah!

—Cierra la boca —dijo tía Melania.

Salí a la galería. Brillaba el sol que daba rabia. Me fui a mi reino, al fondo de la quinta, y allí,

mirando al cielo, le dije a Dios unas cuantas cosas que me parece necesario que sepa.

¿Por qué no se le ocurrió dictar otro mandamiento a Moisés? ¿Qué más serían once en vez de diez?

Algo que más o menos ordenara a los superiores que se oponen a que los seres confiados a su custodia cumplan sus deberes religiosos. Además los mandamientos de la Iglesia no son lo bastante claros a mi modo de ver. Aquel a que yo me refiero dice: "Oír misa los domingos y días festivos", y nada más. Es absolutamente indispensable agregar ciertos puntos aclaratorios. Cuando la persona que desea oír misa está secuestrada, presa, sumida en una mazmorra, debería tener el permiso, la obligación de escaparse, de barrer todos los obstáculos, de estrangular si es necesario a quien la detiene y le impide ir a oír su misa.

Repetí varias veces en voz alta unas cuantas frases, bien puestas, que me parecieron muy de ocasión para imprimirlas y mandarlas a todos los obispos para que las incluyan en sus pastorales. Pero repentinamente se me ocurrió ahondar en mí misma. ¿Es que deseaba en realidad ir a misa o salir a la calle? Comprendí que lo último estaba más cerca; entonces me fui a mi pieza, me cambié vestido, volví al huerto y me subí a un árbol que no sé cómo se llama, pero que es frondoso y tiene ramas acogedoras. Y desde allí, con toda confianza, le dije a Dios que estaban bien sus mandamientos y que El sabía mejor que yo lo que debía hacerse en mi caso, pero que también le suplicaba que apresu-

rara el viaje de Perfecta porque ella era mi única esperanza, porque si continuó respirando solamente entre los dos Pergaminos, pronto, mucho más pronto de lo que El mismo se imagine, estaré convertida en una hojita seca igual a la ramita de perejil de mi herbario. (A propósito de herbario, podría hacer uno precioso, ya que aquí hay tanto material).

De pronto, desde mi refugio frondoso, oí voces y risas que venían de la casa vecina, la del lado izquierdo. Oír aquello y darme unos deseos de reírme también, bajarme del árbol y trepar a la tapia divisoria fue cosa de un suspiro. Y vi... muchas cosas.

A una señora joven, vestida de blanco, que empujaba una silla de ruedas donde estaba sentado un niño, que tenía las piernas tapadas con un pañuelo grande escocés. El niño tenía dos globos en la mano, uno azul y el otro verde. La señora empujó la silla por el camino y la colocó bajo un árbol de modo que solamente un poco de sombra le diera en la cabeza al niño, y en cambio todo el resto del cuerpo quedara al sol. Se inclinó la señora, besó la frente del niño, le dijo algo que yo no alcancé a oír y se alejó por el mismo camino por donde vino.

— ¡Buenos días! —grité entonces desde mi asiento en la tapia.

El niño dio vuelta la cabeza y me miró entre asustado y contento.

— ¿De dónde sales tú? —preguntó.

— ¿Quieres que me pase para allá? Di que sí.

— Digo que sí.

Y, de un salto me bajé al sitio vecino. Un rosal me lastimó un poco las piernas. Me acerqué al niño y le pasé la mano.

—Soy tu vecina —dije—, me llamo Patricia, y tú, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Juan Enrique; pero todos me llaman Juanito.

—Me alegro tanto de conocerte; si tú quieres yo puedo saltar todos los días la tapia más o menos por aquí y venir a jugar contigo. Yo me aburro sola, ¿sabes?, al otro lado no tengo a nadie; solamente una tía que no sabe nada, ni siquiera reírse. Hace una semana que llegué y nunca había sentido ruido; ¿es que tú has estado enfermo?

—Sí —contestó el niño—; hoy es primer día que me sacan al jardín.

—Ya te mejorarás, y entonces... vendré con Capitán.

—¿Quién es Capitán?

—Un perro enorme que te va a gustar.

—Es qué... es que... —tartamudeó Juanito—, yo no puedo jugar.

—¿No?

—No..., no puedo..., no he jugado nunca tampoco. Yo te lo voy a decir; pero no se lo digas a nadie..., no sé qué será, porque no entiendo bien lo que explica el doctor; pero yo no puedo pararme así como tú, no puedo correr, no puedo andar.

—¿Qué dices, Juanito —exclamé estupefacta—, no te puedes parar?

—No.

Por un rato nos quedamos en silencio mirándonos. La carita de Juan Enrique me pareció muy pálida, unos ojos enormes color canela, con expresión dolorida, la boquita graciosa, el pelo rubio dorado. Las manitas regordetas amarraron los globos a la silla y levantaron el pañuelo escocés que le cubría las piernas.

Entonces vi algo que no había visto nunca. Dos hilos de carne, así eran de flacura, dos pierne-citas delgadas, tan delgadas que seguramente se quebrarían de sólo tocarlas.

Sentí que me ahogaba la emoción. Me acerqué más y abrí los brazos; la cabecita rubia se recostó en mi hombro mientras yo la acariciaba.

—Eso no es nada, Juanito —dije al cabo de un rato—; yo te contaré que mi papá es médico, y un gran médico, y yo voy a pedirle que te mejore. ¿Quieres tú?

—Sí quiero.

—Otra cosa: ¿quieres que te llame Juanito y tú me llames Patricia?

—Sí quiero.

—Otra cosa: ahora tengo que irme; pero vendré apenas pueda.

—No quiero que te vayas.

—Es que tú, Juanito, vas a ver qué divertido será cuando yo vuelva; me treparé a la tapia y saltaré aquí escondida, porque tía Melania no me deja salir a la calle. Esa señora que te trajo hasta aquí es...

—Mi mamá —interrumpió el niño—; ¿te gusta?

—Mucho, parece tan buena.

—¿Tú no tienes mamá?

—Sí, tengo, y es tan bonita como la tuya.

—También tengo un papá que viene a vernos los domingos. Hoy llegó tempranito; mamá está con él. ¿Te cuento una cosa? Me dijo que me iba a traer un regalo tremendo de lindo; ¿qué crees tú que será?

—¿Es tu cumpleaños, Juanito?

—Hoy no. Ya pasó, cuando estábamos en mi casa, en Viña. Mi mamá me hizo una torta con ocho velitas. El regalo del papá es porque quiere no más. Yo te voy a convidar del regalo, Patricia.

—Gracias, Juanito, ahora me voy.

Besé al niño y me subí a la tapia. Desde allí le grité:

—¡Hasta mañana! —y desaparecí al otro lado.

Lo primero que hice una vez en tierra fue mirarme y palparme las piernas, moverlas y sentir las firmes y ágiles. Nunca se me había ocurrido que pudiera haber una persona así con sus piernas inútiles. Hice el propósito de cuidar las mías. Estuve estudiando de qué manera podía arreglar una subida más fácil a la tapia, y con paso tranquilo me vine a la pieza a lavarme las rasmilladuras que me hizo el rosál.

En la noche.

A la hora de comida me atreví a preguntar a tía Melania quiénes eran sus vecinos.

—¿Quién te ha dicho que tengo vecinos?

—Nadie —contesté—; le pregunto porque se me ocurre que a la fuerza su casa se topa con otra a uno y otro lado.

—Bueno, haz cuenta de que no hay casas ni a uno ni a otro lado. ¿Qué afán ese de saberlo todo!

Comprendí que insistir sería inútil; además sólo serviría para que ella descubriera mi escapatoria. Entonces todas mis fuerzas se concentraron en hablar de otra cosa, en distraer a tía Melania de la idea de que yo había descubierto a sus vecinos.

—¿Ha salido usted de Chile? —pregunté.

—¿Para qué?

—Por viajar, por conocer; a mí me encantaría viajar. ¿Sabe, tía Melania?, me gustaría ir a Sumatra, o si no al norte de Noruega, donde todo está helado.

—Qué gusto más raro.

—¿Usted prefiere quedarse aquí toda la vida? Dígame, tía Melania, ¿es que usted nació sentada en su sillón?

—¿Qué?

—Como usted no se mueve de ahí, se me ocurría que...

—Lo que yo sé es que tú no hablas más que disparates.

—Peor es no hablar nada —dije a media voz.

Esta noche el comedor estaba más tétrico que nunca; creo que una ampolleta no funcionaba y había menos luz. La Eduvigis entraba y salía sin hacer ruido, y sólo por la cara y las manos se supo-

nía una persona; el resto era un bulto negro. ¡Qué afán el de estas gentes vivir así!

Me dieron unas ganas locas de vestir de colorado a tía Melania y de pintar con pintura verde a Pergamino 2.

Diciembre 23.

Amanecí hoy con la lapicera en la mano. Sin concluir de vestirme escribí la siguiente nota a Marcelo:

“Mi gran amigo: Allá en el fondo de tu ser, ¿no sientes una cosa como la marea que va creciendo, creciendo? Pues si no sientes nada, es que no eres lo que yo creo y tampoco me quieres ni una pizca. Ya debías haber adivinado que tu Patricia está convertida en una bella princesa de la Edad Media. Lo de bella no sé bien, lo de princesa quisiera serlo, pero lo de Edad Media es la Biblia. Sí, así, la pura verdad. Estoy secuestrada, encerrada, apriionada, y tú ¿qué haces? ¿Dónde está tu espíritu caballeresco? ¿No eres capaz de romper una lanza por tu dama? A ese espíritu es que me refería al decirte lo de la marea, porque yo, de ser tú, ya habría sentido un ímpetu terrible por salvarte si fueras yo.

“No estoy en una torre, porque ya no se usan las torres, pero en lugar de una guardiana tengo dos. El dogo feroz de los cuentos también existe; pero ése me es fiel. Ven a salvarme, porque veo mi fin demasiado cercano. ¿Acaso papá no te ha

dicho dónde me dejó? Estoy en casa de tía Melania, en Olmué. Trae a todos tus perros como a un ejército, o ven solo, si te atreves. Quisiera tanto verte, te echo de menos muchísimo.

“Escucha el ruego de tu

“PATRICIA”.

× Continué vistiéndome y escribí a la madre Vergara, diciéndole cuánto le agradecía su carta y los libros que me anunciaba, pero que aún no los recibía, y que luego le mandaría una carta bien larga contándole mi vida.

Cuando salí al jardín divisé a Pedro. Fui a saludarlo y le supliqué que me permitiera ayudarlo un poco, que me gustaría tanto. El pobre viejo miró primero a todas partes y, como no vio a nadie, se atrevió a sonreírse un poquito no más, pero a mí me pareció una carcajada.

—Venga por aquí, señorita —me dijo.

Lo seguí callada y entramos los dos a una pieza que no conocía. Esta pieza está llena de baúles, herramientas, muebles viejos, y queda al lado de la despensa, junto a la cocina y piezas de empleadas. Toda esta serie de habitaciones están alineadas al frente de la casa y separadas por el jardín. Pedro buscó un rastrillo chico y me lo pasó.

—A ver si se lo puede —dijo.

Por toda respuesta lo blandí en el aire y salimos al huerto. Allí trabajamos hasta mediodía.

Cuando Pedro se detenía para encender un cigarrillo, yo me sentaba y le conversaba.

Terminamos de lo más amigos y me prometió darme trabajo para la otra vez.

Como a las cuatro de la tarde, acordándome de Juanito, me fui calladita al huerto y subí a la tapia. Lo divisé un poco más lejos que ayer, acompañado de la mamá. Salté al otro lado y el niño me sintió. Se rió y me tendió sus bracitos.

Después que lo besé saludé a la señora.

—Juanito ya me ha contado todo —dijo—, y estaba esperándola. Le agradezco su simpatía para mi hijito.

—Pero si es él quien inspira cariño —contesté—. Tengo que pedirle disculpas, señora, por haberme subido a la tapia y haberme pasado para este lado ayer.

—Al contrario —dijo ella—, eso ha sido un motivo de alegría para Juanito, y toda la tarde no nos habló de otra cosa que de su nueva amiguita.

—Yo le voy a contar, señora, por qué lo hice. Me sentía tan sola y tan aburrida. Hace una semana que llegué aquí. Yo estaba interna en las Monjas Inglesas de Valparaíso y me han mandado a esta quinta. Mi papá se ha ido a Europa y mamá a Buenos Aires. Mi hermana, la única que tengo, llegará luego, pero no sé cuándo. ¿Usted conoce a tía Melania?

—No la conozco —contestó la señora—. Hace solamente dos meses que hemos tomado esta casa, porque los médicos me recomendaron este clima para Juanito. Mi marido trabaja en el Puerto y vie-

ne todas las semanas; tenemos una casa en Viña. Estoy dedicada enteramente al cuidado de mi hijito, así es que ni siquiera me he preocupado de saber quiénes son mis vecinos.

—¿Cuándo viene tu papá? —interrumpió Juanito—; tú me dijiste que me iba a sanar.

La señora me miró con dulzura; ¡qué hermosos ojos tiene! Se nota que son serenos a fuerza de conocer el sufrimiento.

—Vendrá bien luego —contesté.

—¿Su padre es médico? —preguntó la señora.

—Sí —dije—, el profesor Valdés; tal vez usted lo conoce.

—No personalmente, pero sí he oído hablar mucho de él.

—Papá es un gran médico —dije—. Apenas regrese lo traeremos para acá y mejorará a Juanito. Y ahora vamos a jugar, ¿quieres?

—Ayúdame a pintar estas flores —me dijo el niño abriendo un gran libro.

Y comenzamos a pintar entre los dos.

—¿Sabes? —dije de pronto—, se me ocurre que yo te busque la flor verdadera y te la traiga y tú la copias, ¿te gusta?

—Claro que sí —gritó el niño.

Y así lo hicimos por un buen rato, riéndonos los dos cuando la flor era colorada y Juanito no atinaba con el debido color.

La mamá nos miraba complacida mientras tejía sentada cerca de nosotros. Cuando me pareció prudente irme, ella me abrazó, diciéndome:

—Déjeme darle las gracias, Patricia; mi niño ha pasado tan contento. ¿No podría venir todos los días un ratito?... Pero... por la puerta... —terminó, riéndose.

—Eso no lo puedo hacer —contesté—, tía Melania no me deja ni asomarme a la calle. Puede ser que cuando llegue mi hermana nos deje venir.

Me despedí de ella y de Juanito, que no quería soltarme, y desde arriba de la tapia les grité:

— ¡Hasta mañana!

Yo sé que todo ser humano tiene un ángel de la guarda, pero estoy cierta de que yo tengo tres a lo menos.

Apenas había pisado tierra firme cuando oigo un llamado:

— ¡Señorita Patricia, señorita Patricia!

Qué raro me pareció que alguien entrara a mi reino del huerto; fuera de Pedro todavía no había visto a nadie. No alcancé a contestar cuando vi a la Tránsito, muy colorada, que al verme me dijo falta de aliento.

—La he buscado por toditos lados, señorita Patricia; Eduvigis la vino a llamar.

¡Santo Dios! ¡Si me pilla Pergamino 2 saltando por el muro...!

—Estaba arriba —dije, avanzando hacia la casa.

Y allí, al final de la galería, en la escalinata que baja al jardín, estaba Eduvigis con la mirada torva.

—¿Se podrá saber dónde se mete la señorita loca? —preguntó.

—No se podrá saber —dije.

—La señora la llama —siguió—, pero haría bien en peinarse.

—Péinese usted —le contesté—, y no le importe el pelo de los demás. Un buen día le voy a cortar el moño para hacer una almohadilla.

Sentí un gritito y me di vuelta. Era la Tránsito que se tapaba la cara con su delantal a cuadros. No sé si sería de risa o de espanto.

Llegué a la salita de tía Melania y la encontré con un papel en la mano.

—Siéntate —me dijo—. Acabo de recibir este telegrama de Nora, donde me dice que llegará mañana en el primer tren.

Por un instante quedé inmóvil, pero cuando comprendí bien lo que me decía, di un salto hacia el retrato del militar, le hice una profunda reverencia y le dije:

—Señor coronel, ríase usted conmigo: mañana llega Perfecta.

Creo que tía Melania me dijo algo. Yo no la escuché. Salí como un huracán de la pieza, corrí a la cocina y le grité la nueva a la Tránsito. Llamé a Capitán, lo abracé tres veces, me metí por todos lados buscando a Pergamino 2; al fin la encontré que entraba donde tía Melania. Llegué a su lado y le dije:

—Puede estar tranquila, Eduvigis, ya no le cortaré el moño, a lo menos por ahora.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó la tía.

Pergamino 2 se agarró la cabeza y las dos me miraron estupefactas.

Me fui al huerto y me subí al peral. Desde allí grité con todas mis fuerzas:

— ¡Mañana llega Perfecta!

Me bajé, me abracé al chirimoyo y le repetí lo mismo; corrí hasta el fondo del sitio, me tendí sobre la hierba y dije pegada al suelo recalcando las palabras:

—Mañana... llega... Perfecta.

Quería reírme, quería llorar, no sé lo que quería. Después de un rato fui de nuevo donde tía Melania.

—Por favor —dije—, nunca he venido a su pieza sin que usted me llame, pero ahora quiero pedirle una cosa. Déjeme cortar todas las flores, todas las flores, ¿me oye bien?

—Patricia, ¿quieres sosegarte? —ordenó Pergamino 1.

—Es que mañana..., mañana llega Perfecta.

— ¡Y qué tiene que ver eso!

—Para recibirla, pues, tía, para recibirla. Mire, yo deshojaría todas las rosas sobre la alfombra de la galería; ¿qué le parece? Además, ¿cuántas tortas va a hacer la Tránsito? ¿Qué vamos a tener para la comida? Por lo menos habrá que matar una gallina. Yo mataría un pavo, pero se lo dejo vivo con tal que tengamos gallina..., y nos vestiremos de color y...

— ¡Silencio! —gritó tía Melania.

—Pero..., ¿no se da usted cuenta de que mañana llega Perfecta?

—De lo que me doy cuenta es de la tontería que hice en escuchar a tu padre. Es para arrepentirse.

—Esta criatura es peor que un terremoto —habló Eduvigis desde su rincón.

—Ojalá hubiera un terremoto ahora —dije— y aplastara toda esta casa con toda la gente. Aquí nadie tiene corazón, nadie...

Me acerqué al retrato del militar, y pronuncié lo siguiente con mucha ceremonia:

—Juan, lo compadezco y lo comprendo. Ahora me doy cuenta por qué se murió usted siendo tan joven y tan simpático. Se murió porque le sacaron el corazón, y nadie puede vivir sin corazón. Juan, es usted un buen hombre, desde su marco dorado me sonríe con bondad. Usted es el único que ha comprendido mi júbilo porque llega Perfecta. Gracias, Juan, y ¡buenas noches!

Hice un gracioso saludo y me fui. Me pareció ver que Eduvigis le ponía en la nariz a tía Melania el frasco de sales.

Ahora no escribo más, no podría. No sé si lo que he hecho está bien o está mal; sólo sé que mañana llega Perfecta.

Diciembre 24.

Diez de la mañana.

Termino recién de arreglar muy bien mi pieza, puse flores frescas, escobillé mi perro de felpa, me

vestí con un traje de brin rosado, porque sé que le gusta a mi hermana. Me asomé a ver si han abierto la pieza de Nora, pero todo está cerrado. Seguramente creerán que si la abren antes de que llegue ella yo voy a comerme los muebles.

Acabo de darme cuenta de una cosa al mirar el calendario: mañana es Navidad; hoy será Nochebuena. Por eso es que viene Perfecta; no ha querido que yo pase sola esta noche. ¡Qué buena es, y yo nada tengo que regalarle!

Doce del día.

Llegó Perfecta.

Seis de la tarde.

Mi hermana me ha pedido que la deje sola un rato, así es que he venido a escribir a mi pieza. Desde aquí la siento moverse y hay ruido de paquetes que se abren. Estará ordenando sus cosas y no sería raro que preparando una sorpresa para mí. Yo estoy feliz porque ya encontré qué regalo hacerle esta noche. El frasquito de esencia que me dio mamá. No tengo otra cosa, y está nuevecito, sin abrir.

Me siento calmada, tranquila, ¡qué curioso! Ayer con sólo la noticia de su llegada me volví loca de gusto, y ahora que la tengo a mi lado no se me ocurre ninguna locura, ni gritar, ni cantar, ni correr.

Poco antes de las doce sonó la campanilla de la puerta, y yo corrí. Como llegara primero que

Eduvigis con las llaves, pasé mis manos a través de la reja.

— ¡Perfecta! —sólo atiné a llamarla.

— ¡Patricia! —me contestó ella apretando mis manos, mientras trataba de besarme a través de los fierros.

La miré bien, y ojalá me equivoque, pero me di cuenta de que Perfecta no es la misma. Está distinta a como yo la dejé. No me explico qué es lo que tiene diferente..., es algo en los ojos..., es algo. ¡Ah!, ya lo encuentro. Tiene la expresión de la mamá de Juanito; Perfecta trae los ojos tristes y antes no los tenía así. ¿Por qué será?... Ojalá yo me equivoque.

Eduvigis se encargó de las maletas y las dos nos fuimos muy abrazadas donde tía Melania.

En el camino yo alcancé a decirle:

—Oye, Perfecta, no te asustes de lo que te diga de mí.

Al entrar vimos que tía Melania se ponía de pie con cierta dificultad y avanzando hacia nosotras decía:

—Antes de saludarte, Nora, dime si tú te pareces a tu hermana.

—No se parece en nada, tía —interrumpí yo—; no tiene más que mirarla.

—No puedo saber a qué se refiere usted —dijo Perfecta—, pero le aseguro que si Patricia no se ha portado como usted lo deseaba no ha sido por maldad. Hay que disculparla, tía Melania, es tan reglona. Ya verá usted cómo desde ahora le dará gusto

en todo. Siéntese usted. Tengo encargo de papá de darle las gracias por lo que hace por nosotras.

—Veo que contigo se puede tratar —contestó la tía, sentándose—. Eres diferente, ¡gracias a Dios! Ayer creí que tendría que llamar al médico. Esta criatura se volvió loca.

—Es que...

—Después hablaremos —me interrumpió Perfecta mirándome de un modo capaz de amansar a un tigre.

—¿Y tu madre? —preguntó tía Melania.

—Ya se fue, tía.

—Ojalá se hubiera ido antes. Yo nunca la quise, nunca me gustó, a pesar de que conocí mucho a su padre, un irlandés muy simpático y todo un caballero.

—No hable así de ella, tía, usted no sabe tantos pormenores. Yo le aseguro que ella no tiene la culpa.

—¿Y quién la tiene? Tu padre no ha de ser.

—Tampoco es él.

—¿Qué es lo que hablan ustedes! —dije yo.

Las dos se miraron y tía Melania continuó:

—Anda, Patricia, lleva a tu hermana a su pieza.

Ahora estaba abierta y abierta también la puerta que la comunica conmigo. Es una pieza más o menos como la mía, con muebles parecidos; eso sí que tiene un sofá chiquito muy mono y dos mesas en lugar de una.

Una vez allí, cerramos la puerta de la galería y nos abrazamos muy largo.

—¿Cómo estás, Patricia —me dijo Nora—, cómo lo has pasado?, cuéntame. A mí me fue imposible venirme antes.

Llevé a Perfecta hasta el sofá, me senté a su lado y de la emoción que sentía me puse a hablar de corrido y casi sin respirar:

—Figúrate, Perfe, que tía Melania no me deja ni asomarme a la calle...; Eduvigis es una bruja de esas verdaderas; no te creas que exagero, no, ya la verás tú misma; estoy cierta de que en las noches camina por los tejados montada en una escoba; se llama Pergamino 2; el otro, Pergamino 1, es la tía... Tengo un amigo, Capitán; hay que tener cuidado con sus explosiones de alegría porque casi la bota a una...; tenemos unos vecinos bien simpáticos: una señora encantadora, mamá de Juanito, un chico inválido que tiene muchos deseos de conocer...; Pedro es el jardinero, un viejillo arrugado...; muy buena persona...; el huerto de atrás es lo mejor de esta quinta, es mi reino, ¿sabes?; hay un peral que me sirve de torreón cuando me siento princesa cautiva y de escalera para subir más cerca del cielo y decirle a Dios algunas observaciones que me parecen atinadas...; la Tránsito es la cocinera...; junto a la cocina hay una pieza llena de cosas viejas; de seguro que vamos a encontrar allí más de algo que nos servirá para divertirnos...; el comedor de esta casa es negro y largo...; ¿te fijaste que la dueña, la casa misma, Pergamino 2, todo es largo y flaco?...; ¿te imaginas que se puede comer aquí vestida de color?...; nada, hay que asistir al comedor con traje oscuro, negro en lo posible, y no te creas que por

elegancia, no..., es por manía..., pero yo me río de todo..., he pasado unos días bien divertidos y...

Perfecta me tomó la cabeza entre las manos y me dijo mirándome a los ojos:

—No sigas más, Patricia, no necesitas decírmelo. Yo sé que has sufrido hartó, sola aquí, pero ya pasará todo, ahora no te dejaré.

—Cuéntame, Perfe, de papá y de mamá.

—Bueno; papá se embarcó el día 18 y mamá ya se había ido dos días antes.

— ¡Cómo!, yo no sabía nada.

—Es que fue tan de repente, no se te alcanzó a contar. Yo tuve que guardar todo, embalar, empaquetar. La casa quedó cerrada, pero se quedó allí el viejo Isidoro, ¿te acuerdas?, el padre de la Susana.

—Sí, me acuerdo. Dime, Perfecta, qué fue lo que tía Melania te dijo de mamá. Yo no entendí bien.

—Nada..., nada..., es algo que te contaré después.

Pero yo noté nerviosa a mi hermana. ¿Qué es lo que no quiere decirme todavía?

Nos llamaron a almorzar y todo pasó sin novedad en el comedor, salvo que hubo un momento antes del postre en el que yo no me sujeté más a la silla y me fui al lado de Perfecta y la abracé. Era tal la dicha de ver su cara risueña frente a mí.

— ¿Qué significa esto? —gritó tía Melania.

—Estas son las gracias de la señorita —completó Eduvigis.

—Perdónela, tía —dijo Perfecta—, no tiene la culpa; fui yo quien la llamé.

Los dos Pergaminos se miraron y nosotras dos nos miramos también. Había en los ojos de mi hermana una súplica muda que me hizo quedarme quietecita y no dije nada.

Después de almuerzo tía Melania nos llevó a su salita y sacó de un cajón un paquete y cuatro cartas.

—Toma, Nora —dijo pasándole todo—; estas cartas las escribió tu hermana y este paquete llegó para ella. Creí mi deber retener todo hasta tu llegada; tú verás si esto debe ir a su destino. En tu ausencia abrí una carta que llegó para ella, pero este paquete no lo he abierto. Te lo entrego.

Avancé un solo paso, pero Perfecta fue más ligera y se interpuso entre tía Melania y yo al mismo tiempo que me ponía una mano sobre la boca. Pero mi indignación fue demasiado grande. Ver que mis cartas no se habían llevado al correo, sino que estaban allí secuestradas. La que escribí a papá..., la de mamá..., la de la madre Vergara y la de Marcelo.

—¿Te das cuenta, Perfecta? —dije sofocada de ira—; ésta es la tía Melania, la dulce tía Melania, donde nos ha mandado papá.

Y sin esperar a que nadie me contestara, corrí a encerrarme a mi pieza. Rato después llegó Perfecta con el paquete.

—Patricia —me dijo—, ven a sentarte aquí a mi lado, veamos qué es esto. No vamos a hablar más de lo que acaba de suceder; sólo te pido por cariño a

mí que tengas paciencia y soportes todo, ¿me oyes bien?, todo. No podemos, ni tú ni yo, sublevarnos, no podemos; hay que vivir con tía Melania y hay que vivir en paz. Tú no sabes...

—¿Qué es lo que no sé? A ver..., dilo...

—No te enojés, Patricia, no sabes tú todavía que nos sucede algo grave.

—¿Qué cosa? —grité.

—Espera..., no quería decírtelo aún..., ya será, tal vez mañana, pero hoy no; ¿acaso te has olvidado de que hoy es Nochebuena? A ver, abramos el paquete que te llega como regalo de Pascua.

Y yo, olvidada ya del mal rato, me puse a abrir el paquete, que resultó ser el enviado por la madre Vergara y que contenía cuatro libros.

Diciembre 25.

A las dos de la mañana.

Las lágrimas se me salen solas, pero no quiero que Nora me sienta llorar. Tampoco es posible llorar esta noche, que es Nochebuena. Antes de acostarme voy a escribir una súplica: "Niño Jesús, te ruego que me consueles un poquito que sea, tengo una pena tan grande..."

Seis de la tarde.

Hoy han sucedido tantas cosas, más bien dicho, desde anoche. En estos momentos Nora está

con tía Melania. No hay duda de que Perfecta nació para domador de fieras; si alguna vez se encontrara necesitada de ganarse la vida, me parece que lo más apropiado y lo más acertado sería que entrara a un circo. Lo que es yo, serviría tal vez para azuzar a las fieras, y así todo quedaría en familia.

Anoche, poco antes de las doce, Perfecta, que estaba en mi pieza, me dijo:

—Te esperas un ratito, Patricia; cuando yo te llame, vienes.

Y se fue a su cuarto cerrando la puerta. Muy luego sentí su voz que me llamaba; entré y quedé maravillada. Sobre la mesa había un pequeño árbol con velas encendidas y a su alrededor numerosos paquetes envueltos en papeles brillantes.

Miré a Perfecta; tal emoción sentíamos las dos, que nos abrazamos sin decírnos nada. Al cabo de un rato ella me dijo:

—Puse aquí cerca los retratos de papá y mamá para que estén con nosotras. ¿Te gusta el arbolito?

—Mucho, mucho —contesté—; habría sido más triste esta Pascua sin él. Cuánto te lo agradezco, Perfe; pero dime, ¿cómo se te ocurrió?

—Lo traje todo conmigo, porque pensé que aquí sería difícil encontrar algo y quería alegrarte un poco esta noche.

—Sí —dije haciendo esfuerzos para no llorar—, estoy muy contenta porque estás tú. Ahora cantaremos igual que todos los años en la casa, ¿quieres?

Nos tomamos de la mano y, mirando las lucecitas que brillaban, cantamos la canción como lo

hacíamos desde muy pequeñas todos los años junto al árbol de Pascua:

“¡Noche de paz..., noche de amor!...”

En seguida Nora comenzó a distribuir los paquetes.

—Esto es del papá para ti, esto de mamá..., esto es mío..., esto de Marcelo..., esto te lo doy yo..., ahora no te rías ni digas un disparate, Patricia; esto es para tía Melania de parte tuya..., mañana se lo llevarás..., yo le daré esto otro...

—¿Y para Pergamino 2?

—No sabía que existía, por eso no le traje nada; pero ya veremos qué podemos darle.

—Le puedes dar un retrato mío, Perfe; te aseguro que le echa agua bendita.

Entonces fui a mi pieza, traje mi frasquito de esencia y lo puse bajo el arbolito.

—Aquí hay algo para ti —dije.

Luego estábamos las dos sentadas abriendo nuestros regalos. A cada cosa yo gritaba y reía, hasta que Nora me hizo ver que teníamos que ser prudentes y hablar despacio, pues a lo mejor aparecía Eduvigis a inspeccionar y ver qué sucedía a esas horas.

Mamá me mandaba una linda camisa de noche, pero de esas preciosas, de esas que usa ella, de un color celeste muy suave, con encaje en los hombros, ¡qué lindura!

Papá, un libro, *El camino de la dicha*, del doctor Pauchet, y una caja completa con todos sus útiles para hacer trabajos pirograbados. No hay du-



da de que papá quiere que su hija se sosiegue a ciertas horas del día y trabaje sobre una mesa como una señorita hacendosa en vez de andar suelta de árbol en árbol o meditando sobre la venida al mundo tan inoportuna de tía Melania.

Marcelo me mandaba una inmensa caja de chocolates, pero tan inmensa que parecía maleta.

El paquete de Nora traía: un chaleco de lana tejido por ella; cinta para el pelo del mismo color y una boina igual; una caja de cretona para pañuelos y una pulserita de oro de donde colgaban una herradura, un trébol de cuatro hojas, un elefante y un número 13.

En un instante me desvestí para ponerme la linda camisa, me probé el chaleco sobre esta vestimenta nocturna, me puse la boina, abrí la caja de chocolates, mientras Nora se moría de la risa al verme gesticular y pasearme de un lado a otro.

Y de repente se me ocurre preguntarle:

—¿La mamá se sentía mejor cuando se fue a Buenos Aires?

Entonces Perfecta me sentó a su lado y habló:

—Creo que es inútil demorar más tiempo lo que tienes que saber. Sucede algo muy triste en nuestro hogar, Patricia; algo demasiado serio que todos hemos querido ocultar a tus años de alegría y de dicha, pero ahora debes saber. El papá se ha ido a Europa y mamá a Buenos Aires porque no se avienen, porque quieren divorciarse, porque...

—¿Qué es lo que dices? —exclamé aterrada.

—Sí, Patricia, por eso es que me has notado distinta, como me lo dijiste cuando recién llegué,

porque todo el tiempo pienso en ellos, porque no puedo resolverme a que eso sea cierto.

—Pero ¿cómo ha sucedido?, cuéntamelo.

—Hace tiempo ya. Tú conoces a mamá, tan buena y cariñosa, tan amiga de las fiestas, de las cosas bonitas, del lujo, de tener siempre gente a comer, de salir al teatro o a jugar bridge tardes enteras; tú sabes que el orden no lo ha practicado nunca. En cambio, papá, un hombre tan inteligente y trabajador y tan sumamente amigo del orden, de las cosas en su sitio, de las comidas a sus horas; distraído a ratos, se absorbe en sus estudios, en sus experimentos, y generalmente está cansado cuando mamá le propone salir con ella. No hay duda de que con los años la gente se pone menos tolerante, porque los dos han sido siempre así, tú lo recuerdas, y, sin embargo, hace dos años ya que yo me doy bien cuenta de que eso marcha mal, que no se encuentra arreglo, que ambos se reprochan a cada rato.

“Por eso te pusieron interna en Valparaíso, porque mamá dijo que se iría a vivir a Viña, y allí pasamos unos seis meses; papá no podía dejar su clínica, así que él se quedó en Santiago. Después quiso volverse; así lo hicimos. En las vacaciones parecía natural que mamá viajara con nosotras dos y que papá se quedara solo. Este año ha sido peor; cuando ya se dieron cuenta de que yo sabía todo, cada uno me habló y me expuso su modo de ver las cosas, no encontrando otra solución que el separarse; en lo único que estaban de acuerdo era en ocultarte lo más posible la situación a ti.

“Tú no te imaginas, Patricia, cuánto he sufrido viéndolos sufrir a los dos, porque eso es lo peor: ambos sufren. Un día se trató de nosotras. Al separarse ellos, ¿con cuál de los dos nos iríamos? Mamá dijo que ella no nos dejaba; papá dijo lo mismo. ¿Qué va a suceder?

“En esto papá aceptó ir a Europa a unas conferencias; creo que más bien lo hizo por ausentarse. Mamá recibió invitación de la familia Fábregas, de Buenos Aires; tal vez tú no los recuerdas; ellos vinieron a Chile hace unos tres años. Mamá quiso llevarme con ella, pero papá se opuso, y entonces arreglaron el que nos dejarían aquí, donde tía Melania, hasta el regreso del que vuelva primero. Papá vino él personalmente a hablar con la tía y quiso ver las piezas donde quedaríamos; a mí me pidió que tuviéramos paciencia, que no veía manera mejor de arreglar la situación.

—Yo lo noté muy triste cuando me fue a ver al colegio —dije, abrazando a Perfecta.

—Sí —me contestó ella—; papá se fue muy triste, pero con una esperanza. El cree que esta ausencia suya puede ser beneficiosa tanto para él como para mamá, y que el viaje de mamá también sirva para bien.

—Y ¿cuál de los dos crees tú que tiene la razón?

—Yo no me explico; los dos son tan buenos, los dos nos quieren tanto, los dos merecen ser tan felices; creo que aquí hay sólo un malentendido; ¡si ambos quisieran ceder!

Por un rato las dos nos quedamos calladas. Yo sentía el esfuerzo que hacía Perfecta para mantenerse serena, y ella se daba cuenta del esfuerzo mío para lo mismo, hasta que, sintiéndome temblar entre sus brazos, se levantó a buscar un abrigo.

—Sí, pues —me dijo, tratando de reír—, la señorita se queda así en camisa para lucirla y está tiritando.

—¡Perfecta! —grité—. ¿Qué haría yo sin ti? Por toda respuesta me abrazó.

—Ahora a la cama, como una buena niñita, y a no pensar cosas tristes, sino que a esperar que todo se ha de arreglar para mejor y a tener paciencia con los Pergaminos. ¿Ves como ya aprendí a llamarlas como tú?

Me quedé mirando el arbolito. Ahí estaba sobre la mesa con las luces apagadas. Me imaginé que así era nuestro hogar ahora, oscuro y silencioso, sin vida y sin amor.

Le di un beso a Nora y me fui a mi pieza, escribí unas líneas en mi librito y me metí a la cama. Pero después de un rato me levanté, y me fui donde Perfecta.

—No des la luz —le dije—, no quiero que me veas la cara, ni quiero ver la tuya, pero hazme un sitio aquí en tu cama; allá está tan solo.

Sentí que Perfecta corría la ropa y sin contarme nada me acomodaba a su lado. Nos quedamos en silencio; pero después de un rato yo pasé mi mano por su cara y la tenía toda mojada. Para que ella no hiciera lo mismo conmigo, sequé mis ojos y me dormí.

Cuando desperté a la mañana siguiente estaba sola en la cama de Perfecta. Ella se había levantado sin que yo la sintiera. No pasó mucho rato y vi entrar a mi hermana con una gran bandeja, donde traía el desayuno de las dos. Dejó todo en una mesa, al verme despierta, y se abrazó a mí.

—Es una sorpresa, Patricia, para desearte un “Merry Xmas”. Por una sola vez le dije a Eduvigis que tomaríamos nuestro desayuno en la pieza, y que me permitiera traerlo yo misma. Mira, la mañana está preciosa...; además, ¿a que no adivinas? Iremos a misa.

Por toda respuesta solté la risa. ¿Sería verdad que se iba a abrir la reja de la prisión?

Tomamos el desayuno muy contentas, pero entre broma y risa Perfecta me aconsejó portarme muy bien y dócil, porque la salida se efectuaría con tía Melania.

Apenas me vestí, Nora me dio el paquete que había traído de regalo para la tía; llevó ella el suyo, y nos dirigimos con paso de ceremonia y con rostro conveniente al saloncito de Pergamino 1.

—Venimos a desearle una feliz Pascua, tía Melania —empezó a decir Perfecta, mientras me empujaba suavemente hacia el objeto de la visita.

—Le traía un regalito —dije.

—No estoy acostumbrada a eso —contestó tía Melania—; de todos modos, muchas gracias.

Desenvolvió el paquete que yo le pasé, y al ver un chal de lana negro dijo:

—No es feo..., pero ¡con este calor!

Ya iba a decirle yo lo que se merecía, cuando Nora me hizo a un lado, diciendo:

—Tal vez este otro paquetito le guste más.

Pergamino 1 lo abrió y sacó una caja de tres panes de jabón muy fino.

No sé si le gustó o no, porque nos miró a las dos, después miró el reloj y dijo:

—A las diez y media en punto estará Nicolás con el coche, así que estén prontas, no hay que hacerlo esperar.

—Estaremos listas —contestó Nora, y dándome la mano, me sacó para afuera. Una vez en su pieza, me dijo—: Cállate, Patricia; adivino todo lo que quieres decirme, pero cállate. Hoy es Pascua, riámonos mejor; ahora llamemos a Eduvigis.

Qué sé yo de dónde desenterró Nora regalos para todos; lo cierto es que le dimos un paquete a Eduvigis, que nos dio las gracias. A mí me pareció que se sonreía; tal vez fue efecto de mi propia alegría, tal vez efecto de la luz tan fuerte del sol, tal vez, yo no sé..., ¡en fin! Fuimos después donde la Tránsito, que se deshizo en palabras de agradecimiento.

A las diez y media en punto nos dirigimos hacia la puerta. Ex profeso me puse el chaleco de lana, regalo de Nora, para que Pergamino 1 aprenda a agradecer una cosa de lana, aunque sea en pleno verano.

Y aquí empezó la comedia.

Sonó la campanilla de la puerta y acto seguido salió tía Melania de su pieza, apoyada en el brazo de Eduvigis. Era un cuadro. Tías las dos, flacas

las dos, de negro las dos, con un quitasol negro cada una, bolsa negra, libro de misa negro; parecían ambas la copia de ellas mismas; pero había una diferencia: tía Melania llevaba un sombrero en forma de capota; Eduvigis no llevaba sombrero; tenía sobre la cabeza un velo tupido, amarrado debajo de la cara.

Abrieron la puerta y vi un coche de dos caballos. Una victoria, de esas antiguas que conocieron mejores días y que ahora terminan su vida en los pueblos chicos, acorraladas por el automóvil. El cochero, desde su elevado asiento, se sacó el sombrero y saludó:

—Buenos días, patrona.

—Buenos días, Nicolás —contestó tía Melania.

Yo me acerqué bien al coche y le dije al hombre:

— ¡Cómo le va, Nicolás! Muy bonito su coche.

—Pa servirla, patroncita.

—Me gustaría ir sentada a su lado —seguí—, de ahí se ve mejor.

—Aquí, Patricia —ordenó tía Melania al ver mi gesto de quererme trepar al pescante.

Ella y Nora tomaron colocación en el asiento de atrás, y al frente yo con Eduvigis. La mirada que me dirigió Perfecta era tan expresiva y tan suplicante, que no pude menos de inclinarme hacia ella y besarla.

— ¡Qué es eso, Patricia? —habló, indignada, Pergamino 1—. ¿Quieres caerte del coche?

—No —contesté—, no quiero caerme del coche, pero si usted quiere caerse, yo puedo...

— ¡Qué insolencia! —dijo Eduvigis, al mismo tiempo que Perfecta me daba un pisotón en el pie, tan fuerte, que casi lloré.

El coche partió y yo me quedé en silencio, mirando el camino. Una calle larga, polvorienta, con veredas a trechos, es decir, algunas casas tenían veredas más o menos en buen estado; la mayoría no las tenía. Entre cada casaquinta una serie de casuchas pobres y sitios vacíos. Doblamos una esquina. En esa calle había mejores casas; luego torcimos otra esquina y enfrentamos una plazoleta irregular, con árboles grandes y uno que otro banco. Allí se veía la Iglesia, con un campanario pobre y feo. Mientras se detenía el coche, yo miraba hacia todos lados. El primer descubrimiento fue que alrededor de la plazoleta había micros, autos, coches y caballos. Los micros lucían un letrero —Olmué—, lo que para mí significaba que esos micros llegaban a la plaza de Olmué, pero ¿de dónde venían? Ya lo averiguaría después.

Entramos a la iglesia; había bastante gente. Tía Melania avanzó hasta cerca de un altar, donde había un reclinatorio. La iglesia era pequeña y muy pobre; en un rincón, un pesebre rústico, pero que atrajo toda mi atención. Sobre unas pajas, una figura del Niño Jesús. Al lado, animales sin proporción alguna: el perro enorme, el elefante minúsculo, flores de papel y de todos colores, y la estrella, una magnífica estrella grande y dorada en el suelo, seguramente nadie supo cómo colgarla.

No pude contenerme. Me acerqué bien a Nora y le dije despacito:

— ¡Mira, qué lástima de pesebre, qué lástima de estrella!

Nora respondió muy seria:

— ¿Qué importa eso? No porque está en el suelo deja la estrella de ser estrella; nadie ha sabido colgarla, eso es todo, pero allí donde está se ve bien y está cerca del Niño Jesús. ¿Qué importan las flores de papel? Da lo mismo que sean de seda; lo que importa es lo que significan: ofrenda de amor. El niño sonríe igualmente, y quizás sonríe con más dulzura en este pesebre, porque es más pobrecito que otros. Cada uno de nuestros corazones es un pesebre, Patricia; trata de que el tuyo esté lleno de amor para Jesús.

Por un rato quedé pensativa; junté mis manos y comencé una oración, que no podía terminar. Por sobre mi recogimiento y mi devoción me perseguía la vista de esa estrella.

Se me ocurrió que era la imagen de mi vida. Si yo estuviera suspendida, como corresponde a una estrella, por insignificante que sea, muy diferente sería mi existencia; pero estoy miserablemente tendida en tierra, a los pies de tía Melania. Y una estrella, por muy hermosa, por muy radiante, por muy dorada, no puede brillar en un sitio que no le corresponde, sirviendo de alfombra.

— Nora — dije a su oído —, no puedo rezar.

Entonces ella juntó mis manos.

— Vas a repetir conmigo la primera oración que aprendimos y que nos enseñó mamá:

*Angel de la guarda,
dulce compañía,
no me dejes sola
que me perdería.*

— Ahora lee aquí.

Y me pasó su libro de oraciones, abierto en una hermosa plegaria a la Virgen.

Cuando terminó la misa, muchos niños, pobremente vestidos, rodearon el pesebre. Todos miraban con ojos asombrados al Niño, a los animales, a las flores y también a la estrella. Tenía razón Nora; una estrella es siempre estrella esté donde esté; y al rapazuelo aquel que tocó con sus deditos tímidos la estrella de papel, seguramente para cerciorarse de que no era de oro, hubiera querido abrazarlo.

Me hizo comprenderlo todo con facilidad. El Niño Jesús estaba más contento con su estrella ahí, a sus pies, porque así estaba al alcance de ese chico que gozó tocándola.

Cerré mis ojos mientras decía con todo fervor:

“Niñito Jesús, te prometo tratar de ser muy buena y aceptar con alegría esta vida que tengo que llevar. En lugar de estar colgada del cielo, que sería vivir como antes, con papá y mamá, me resigno a estar bien abandonada en la tierra, al lado de tía Melania; te ofrezco todo lo que eso significa y te pido que reúnas de nuevo al papá y a la mamá”.

Entonces una gran paz llenó mi corazón.

Al volver a abrir los ojos, vi que avanzaba hacia el pesebre mi amiguito, sentado en su silla de ruedas, llevando un manojo de flores en sus mani-

tas. Empujaba la silla la mamá, pasando con todo cuidado entre la gente arrodillada. A su lado iba un hombre alto, de rostro simpático, muy parecido a Juanito.

—Mira —le dije a Nora—, ése es Juanito; voy con él.

Avancé hasta ponerme a su lado; él me vio y se rió conmigo.

—Quería ver de cerca al Niño Jesús y ponerle estas flores.

—¿Dónde las quieres poner, Juanito? —pregunté.

—Lo más cerca de él, tal vez tú alcances mejor..., Patricia. ¿Sabes?, me gustaría ahí junto a las pajitas.

Tomé las flores, que eran pequeñas, blancas y azules, y empinándome lo más que pude, las coloqué a los pies del Niño, que parecía sonreírnos a los dos.

Luego Juanito, al verme arrodillada a su lado, me dijo, despacito:

—¿Qué haces, Patricia?

—Estoy rezando por ti —contesté.

Sentí la mano de su mamá sobre mi hombro; la miré; tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Recemos juntas —dijo, y se arrodilló también.

Después de un rato, Juanito me llamó.

—Antes de irnos, Patricia, dime, ¿qué te gusta más de todo el pesebre?

—El Niño —dije.

—Todo es lindo —siguió Juanito—, pero lo que me gusta más a mí es la estrella; mira, si parece de oro.

—¿La estrella? —repetí como en sueños.

—Sí, la estrella, ¿te fijas? Es tan grande que no la pudieron colgar. ¡Qué linda es!

En ese momento se acercó Nora a decirme que la tía ya se iba.

—En la tarde te voy a ver —dije bien al oído a mi amiguito.

Y me apresuré a salir muy dignamente de la mano de mi hermana, quien ofreció el otro brazo, con toda gentileza, a tía Melania.

Una vez dentro del coche de Nicolás, la tía me preguntó:

—¿Se puede saber quién era esa familia con quien hablaste?



—No hablé con la familia —contesté—; hablé con el niño.

—¿Y quién es?

—Un conocido mío.

—¿Cómo se llama?

—Juanito.

—¿Juanito qué?

—Póngale usted como más le guste, tía Melania; para el caso es lo mismo.

—¿Oyes tú eso, Nora? —dijo, indignada, Pergamino I—. ¡Qué insolencia!

—No es insolencia, tía —interrumpí, temerosa de que le preguntara el nombre a mi hermana—; es que resulta que el papá es alemán, la mamá brasileña, el niño nació en Persia; están viviendo aquí en Olmué, se van a Noruega, se...

—¿Qué tiene que ver eso con el nombre, Patricia? —gritó tía Melania—; te ordeno que me digas cómo se llama y dónde los conociste.

—Los conocí después de un viaje por las alturas, es decir, es algo muy complicado, tía, y que no tiene el menor interés para usted. Sin embargo si usted quiere conocerlos, nada más fácil: podemos invitarlos; o bien, si usted lo permite, iremos a hacerles una visita; hoy mismo sería muy conveniente. Viven aquí.

—No me interesan, pero quiero advertirte que no iremos a verlos ni los recibiré yo. Ustedes están confiadas a mí y no toleraré que vean ni hablen con nadie.

—Pero, tía Melania, si...

—¡Silencio!

—Mira qué árboles más lindos —interrumpió Nora—; esos de allá. Dígame, Nicolás, ¿hay algún otro pueblecito más lejos que Olmué?

—Sí, patroncita —contestó el hombre—; por el camino que lleva a las minas, a ese lado, ¿ve?, al pie de La Campana.

Algo hablaron Nora y Nicolás sobre el cerro La Campana; yo iba muda, no sé si de rabia o de impotencia o de desesperación.

Cuando se detuvo el coche en la puerta, y mientras se bajaban los Pergaminos, me alcé lo más cerca que pude a Nicolás y le pregunté bajito:

—¿De dónde vienen esos micros que dicen Olmué?

—De la estación, patroncita.

—¿De la estación de Limache?

—Sí, patroncita; corren dos por la mañana y dos por la tarde.

—¿Para los trenes, Nicolás?

—Pa los trenes, patroncita.

—Gracias —dije—; y que pase una feliz Pascua.

Al entrar a la casa, tía Melania nos llamó a su saloncito y nos dijo:

—Después de lo sucedido ahora, quiero que sepan, de una vez por todas, que su padre las dejó aquí y aquí las encontrará; no quiero amistades ni salidas ni paseos; aquí tienen de todo. Si necesitan comprar algo, su padre abrió una cuenta en la Caja de Ahorros de Limache, a tu nombre, Nora; puedes girar lo que deseen. Irás al pueblo con Eduvigis, y aún preferiría que la mandarás a ella sola, Nora.

—Muy bien, tía.

—Tipo cordero —dije a media voz.

—¿Qué hablas tú? —preguntó tía Melania.

—Repetía lo que dijo Nora.

Salimos las dos, y apenas solas hablé así:

—No te comprendo, Perfecta; eres tipo cordero, te lo repito, cordero..., cordero..., someterte así, de ese modo manso y de matadero, ante una ignominia que no tiene nombre. ¿Es que somos esclavas?

Perfecta no me contestó una palabra, pero seguí la dirección de sus ojos tristes. Estaban fijos en los retratos de papá y mamá.

No supe qué decirle y me arranqué al jardín, porque sentí de pronto algo que se me anudaba en la garganta.

A la hora de almuerzo llegaron dos telegramas. Uno era de Marcelo, deseándonos felicidades; el otro era un cable de mamá, desde Buenos Aires. Di un grito de gusto mientras Nora lo leía en voz alta.:

—“Sin novedad. Deseándoles feliz Pascua, MAMÁ”.

Diez de la noche.

Suspendí mi relación, porque tocaron a comer. Creo que no podré seguir escribiendo hoy. Tengo la mano tesa y todavía me queda tanto que contar.

Diciembre 26.

Perfecta ha salido con Eduvigis. Ha venido Nicolás a buscarlas en su coche. Mi hermana quiso ir a la Caja de Ahorros, y me pidió que yo no fuera para que tía Melania no se pusiera nerviosa. Acepté con gusto, porque tengo mucho que escribir; además, ir con Eduvigis no es un panorama de lo más entretenido.

Ayer, como a las cuatro de la tarde, llegó otro telegrama, dirigido a Nora.

—¿Es de papá? —pregunté.

—No —me dijo ella, con tono emocionado.

—¿De quién es, Perfe? —insistí.

Titubeó un poco antes de contestarme:

—De un amigo mío.

—¿Lo conozco yo?

—Sí, Patricia.

—¡Sí lo conozco! ¿Quién será? Oye, Perfe, no creas que es sólo curiosidad, pero te has quedado triste. ¿Por qué?

—Léelo, si quieres —me dijo, al cabo de un rato, tendiéndome la hoja de papel que guardaba en sus manos.

Lo tomé y leí:

“Recordándote mucho en este día.

“MIGUEL”.

—¿Es el Miguel de que tú me habías hablado, Perfe?

—El mismo.

Estábamos en mi pieza las dos, arreglando unas fotografías, tarea que interrumpimos a la llegada del telegrama. Perfecta me atrajo a sí y me abrazó muy fuerte.

—¿Qué hay? —dije—. Algo te pasa, cuéntamelo; ¿es acaso más que tu amigo, es... tu novio?

—Sí —balbuceó ella.

—¿Y por qué me lo dices así, con esa cara de pena?... ¿Que tú no lo quieres?

—Lo quiero mucho.

—¿Y él?

—También.

—Entonces, Perfecta, ¿cómo es que no saltas de alegría y gritas y bailas y cantas?

Y yo comencé a darme vueltas como trompo, y en un instante fui al jardín y corté unas rosas y se las traje a Nora.

—Para la novia —dije, besándola.

Tomó ella las flores y me contestó:

—Gracias, Patricia; yo no quería contarte nada de esto, porque no es motivo de alegría. Hace más de dos años que nos conocemos con Miguel. El estaba estudiando agronomía y se recibió poco antes de que yo me viniera aquí. Mamá lo conoce y le gusta mucho; a papá también. Ellos saben de nuestro compromiso, porque en realidad es un compromiso solamente entre nosotros, y tanto papá como mamá se manifestaron muy contentos, y a él le han demostrado su consentimiento y su cariño. La familia de él también ha sido afectuosa conmigo,

y todo parecía marchar a las mil maravillas..., pero...

—¿Pero qué?... Di luego.

—Es sólo una suposición; sin embargo me parece a mí que ellos han cambiado algo respecto a mí. Hace un tiempo los he notado con frialdad, y cuando yo fui a despedirme antes de venir aquí, su mamá me demostró marcada indiferencia. No puedo atinar a qué se debe este cambio.

—¿Y Miguel lo supo?

—De esa visita no, porque ya él se había ido al sur. Está en Osorno, según el telegrama; ha comenzado a trabajar allá, en un fundo. Tampoco le escribí contándoselo, para no apenarlo.

—¿Cuándo regresa él?

—No lo sé, quedó de escribirme.

—Perfecta —dije, abrazándola—, no te aflijas por eso; a lo mejor es una idea tuya nada más. Ríete, quiero verte muy contenta. Yo no sabía que tuvieras un amor. Supongo que eso debe ser algo maravilloso, como un cuento de hadas. Creo que yo no haría otra cosa que cantar y reírme. No se me ocurre el amor triste. Oyeme, Perfé, quién sabe si tu futura suegra pertenece a la familia de Pergamino 1, y se quiere imponer desde luego con una importancia a lo tía Melania. Pues bien, te lo anuncio con tiempo, si es así, yo le tuerzo el pescuezo antes de verte sufrir.

Mi hermana acabó por reírse, y yo no quise preguntarle más, porque me di cuenta de que en el fondo había algo que empañaba su alegría.

Para hacerla pensar en otra cosa, le propuse una excursión a mi tapia favorita. Consintió al fin y emprendimos el camino hacia la quinta de Juanito. Yo salté primero, a ver si estaba el niño. Por suerte, allí estaba en su silla junto a su papá y mamá. Al verme, gritó de gusto, y yo le hice señas a Perfecta para que bajara.

El caballero se adelantó para ayudar a mi hermana, mientras yo corría donde mi amiguito.

Siguió la presentación de los nuevos personajes: papá de Juanito y Nora.

Después de entregarle al niño unos chocolates que le llevábamos, contamos a la señora la prohibición de tía Melania de visitarlos.

—Yo lo siento mucho —dijo la mamá de Juanito—, pero no hay que contradecir a su tía. De todos modos, quiero que ustedes sepan que si en algo puedo serles útil, recurran a mí con toda confianza.

Pasamos allá una media hora. Mientras Nora conversaba con la gente grande, yo trazaba planes con Juanito. Le di la idea de abrir un hueco en la tapia a la altura de su sillita. Así podríamos conversar y, más aún, podríamos escribirnos y dejarnos recados.

Juanito encontró delicioso este plan, y golpeaba sus manecitas lleno de alegría.

Quedamos convenidos en que yo haría el trabajo de comunicación. Al despedirnos, tanto la mamá como el papá de Juanito fueron muy cariñosos con nosotras, agradeciéndonos nuestra amistad para con su niño.

Al ir a subirme a la muralla, Juanito me llamó:

—Ven, Patricia, se me olvidó contarte lo que me trajo anoche el Niño Jesús.

—¿Qué fue? —pregunté.

—Un cochecito así de grande; papá dice que va a buscar un burrito para que yo mismo pueda manejarlo. Y a ti, ¿qué te trajeron? ¿Vino a verte tu mamá?

—Sí, sí —contesté, tartamudeando—, encontré en mi camita muchas cosas. Mamá está muy lejos, no pudo venir, pero me mandó un regalo muy lindo.

Al recuerdo de mamá me invadió una pena tan grande, que seguramente se me llenaron los ojos de lágrimas, porque la madre de Juanito se acercó a mí y me abrazó, diciéndome al oído:

—La beso en nombre de su mamá, mi hijita.

Y yo le agradecí tanto su cariño.

Esa tarde, cerca de la hora de la comida, sonó la campanilla de la puerta. Era otro mensaje. Un cable de papá, deseándonos una feliz Pascua. Estaba fechado en Panamá.

Diciembre 27.

Después de almuerzo Nora se fue a acompañar a tía Melania, y yo procedí rápidamente a la hechura de la comunicación prometida a Juanito.

Me arañé las manos y me hice pedazos las uñas, pero el resultado fue un hermoso hueco a la mitad de la muralla, en un sitio escondido por una

tupida mata de laurel. Dejé tres adobes limpios y sueltos, fáciles de sacar y poner. Entre dos de ellos coloqué una hoja de papel que colgaba para el lado de mi amiguito, y que decía: "Queda abierto el túnel entre los dos países. Saludos del ingeniero constructor".

En la tarde, ya casi de noche, me arranqué al huerto a ver si habían descubierto la obra magna. Entre los dos primeros adobes había un papel doblado.

"Te quiero mucho, Patricia. JUANITO".

Así estaba escrito con una letra de niño, y no sé por qué apreté el papel contra mi corazón.

Diciembre 28.

Hoy fue un día importante. Se produjo el conocimiento de Nora y de Pedro. A éste se le soltó la lengua, porque contestaba a todas las preguntas que le hacía mi hermana. De repente a mí se me ocurre decirle:

—Oiga, Pedro, présteme su chupalla un ratito.

—Si usted lo pide, patroncita...

El que se saca el sombrero y me lo pasa, y yo que le digo, como un torbellino:

"Herodes mandó a Pilatos,
Pilatos mandó a su gente,
que el que presta en este día
pasará por inocente".

¡Santo Dios! Nunca me lo hubiera imaginado; sucedió algo inaudito. Pedro soltó la risa, pero una risa tremenda, una risa contenida de años y años, y que de repente encontró salida. Todo su cuerpo flaco y enclenque se sacudía, se doblaba, giraba de la risa. Naturalmente que al verlo con ese ataque de alegría nos contagiamos Nora y yo, y luego formamos un concierto de carcajadas.

No duró mucho rato. Apareció en el jardín la figura de Pergamino 2.

—¿Qué sucede? —gritó.

Le contesté a gritos, lo mismo que ella:

— ¡Nos estamos riendo!

—Ya lo veo —siguió—; qué desacato más grande. Pedro no se ha reído nunca, nunca.

—Pues ahora se está riendo —dije.

—Cállese usted, que no sabe más que meter desorden en esta casa.

—No quiero —continué—, y nos reiremos hasta que se nos acabe la risa. Y puedo asegurarle que nos durará una semana.

A todo esto Capitán saltaba a nuestro lado y lanzaba sus ladridos; seguramente que es su modo de reírse.

Pergamino 2 desapareció en el corredor, y luego hubo dos figuras largas y flacas, negras y severas, que se acercaban a nosotros.

Nora, al ver a tía Melania, cerró su boca y se quedó muda.

Comprendí que ese esfuerzo era superior a su control habitual, porque no pudo hablarme; me miró solamente.

Yo dirigí mis ojos hacia Pedro, y vi algo espantoso. El pobre hombre se tapaba la boca con ambas manos, los ojos le lloraban y tenía la cara congestionada.

—¿Qué has hecho de Pedro? —me dijo tía Melania.

—Espérese —contesté— que se me pase la risa. Como siempre, Nora se adelantó:

—Tía Melania, no ha sucedido nada, sólo que Patricia le contó un cuento a Pedro, y a él le ha dado tanta risa, que nosotras también nos hemos reído mucho.

—¿Qué cuento era?

—En realidad, no era cuento —siguió mi hermana—; una frase que se usa en el Día de los Inocentes, el 28 de diciembre. No tiene importancia.

—Sí que la tiene —dije—, no ves tú que se trata de...

—¿Qué es lo que dices? —arguyó Pergamino I.

—Digo que en esta casa ni siquiera se puede reír. ¿Qué mal hay en eso?

—Pedro —dijo tía Melania, sin contestarme a mí—, anda a tu trabajo y que esto no vuelva a suceder.

Pedro dio media vuelta y se perdió en el huerto.

Nora me tiró de una mano, y ofreciendo el otro brazo a la tía, dijo:

—Venga con nosotras; quiero mostrarle unas flores que han abierto recién.

—La señora no anda nunca por esos lados —interrumpió Eduvigis.

—Venga —insistió Perfecta—, le van a gustar.

—Me asomaré un momento —dijo tía Melania, avanzando apoyada en mi hermana.

Yo di vuelta la cabeza y mirando a Eduvigis le saqué la lengua, lo más larga que pude.

Me miró con una cara de furia, lo que me hizo comprender que, si hubiera podido, me habría pegado.

—Yo quería explicarle —habló Nora— que nosotras no hemos querido molestarla. Como no hay nadie enfermo en la casa, no pensamos que se nos prohibía reír. Yo creo que a usted misma le haría bien distraerse un poco, leer cosas más alegres, salir aunque fuera a gozar de su jardín, que está tan lindo. Mire, tía, qué rosas tan rojas, ¿verdad que son de un color maravilloso?

—Sí —contestó ella—, no están mal.

—Yo las planté —dije—; le ayudé a Pedro.

—Te he dicho que no tienes para qué meterte con Pedro.

Viendo que no debía haber dicho nada, me solté de la mano de Nora y me fui corriendo a mi pieza.

Después supe que Perfecta logró apaciguar algo a la tía diciéndole que no se molestara porque yo trabajaba en el jardín, que eso me entretenía, que no tenía intención de portarme mal, sino que era mi carácter así, travieso y juguetón. Trató de convencerla de que no llevara esa vida tan sumamente retirada, que al menos saliera a andar al jardín. Parece que después de una vuelta, mirando las flores, se fue a su salita y terminó diciéndole a

Nora que ella hacía lo que le daba la gana, que no se dejaba mandar por nadie.

Domingo 29.

Esta mañana no fuimos a misa. Tía Melania mandó a decir que no había dormido bien, así que no se levantaría temprano.

Faltaba poco para el almuerzo cuando sentí tocar un organillo en la calle. Fui hasta la reja y alcancé a ver a un chiquillo que daba vueltas al manubrio. El organillo estaba viejo y las notas salían atropellándose unas, otras se atrasaban y otras no sonaban nunca, pero, de todos modos, era un remedo de música. Llamé al chiquillo y le dije que me tocara todo su repertorio.

Se acercó bien a la reja y comenzó con la canción *Ramona*. Mientras tanto yo me fui donde Perfecta a pedirle plata para pagar al organillero.

—Ven tú también a oírle —le dije—, y te diré una cosa que se me ha ocurrido.

Mi hermana me siguió, y las dos escuchamos el repertorio, que se componía de *Ramona*, el *Sexteto de Lucía*, *Rimpianto*, *Cielito lindo*, y algo con tan pocas notas, que nos costó mucho adivinarlo: el vals *Sobre las olas*.

—Mira —le dije a Nora—, pregúntale tú si nos arrendaría el organillo.

—¿Estás loca, Patricia?

—Por favor, Perfe, por favor; fíjate, lo podemos llevar al fondo del huerto y yo le tocaría a

Juanito y, además, entre las dos podíamos arreglarlo.

Temerosa Nora de que yo siguiera enumerando todo lo que podríamos hacer con el organillo, me dijo:

—Andate, Patricia, anda a peinarte, porque luego tocarán al almuerzo; déjame hablar yo sola con el chiquillo.

Me fui, y cuando ella se juntó conmigo en mi pieza, me pidió que no le dijera nada sobre el organillo, pero que al día siguiente me daría una contestación.

Pasé la tarde dibujando unos monos para Juanito, y cuando fui a colocar mi trabajo en el hueco de la muralla, encontré un paquete con chocolates y un papelito.

“Son para ti y tu hermana; te los manda mi papá. JUANITO”.

Lunes 30.

Nora se pasó en conciliábulo con tía Melania ayer en la tarde y hoy temprano. Resultado, que apenas concluimos de tomar el té, Perfecta me llevó al jardín. Allí, junto a unos maceteros vacíos, estaba en el suelo el organillo.

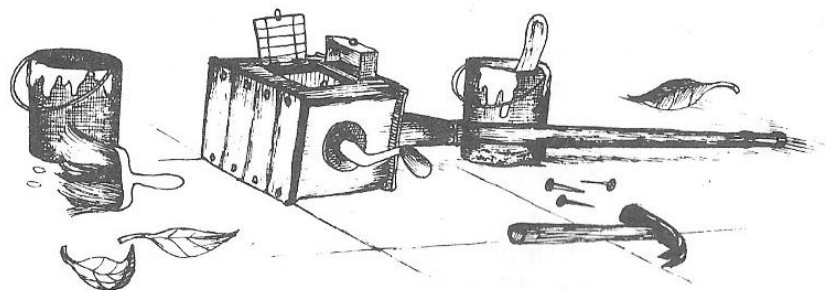
—Ahora es tuyo, Patricia —dijo Nora—; puedes hacer con él lo que quieras. Pero antes de que te acerques a él tienes que venir donde tía Melania; es condición que ella exige.

Me pareció que Pergamino 1 se había revestido de algo así como de mayor autoridad y que consideraba este acto como uno muy solemne.

—He complacido a tu hermana —dijo—, porque ella quería darte un gusto, y he permitido que comprara ese horrible artefacto. No sé qué gustos tan extravagantes son los tuyos, Patricia, pero hoy no quiero discutirlos. Eso sí que tienes que obedecer a lo siguiente: no acercarte a ese aparato hasta que Pedro lo haya desinfectado bien mañana, y, en seguida, que yo no lo oiga jamás. Nora dice que te lo llevarás al fondo del huerto; bien, porque si yo llego a sentirlo, lo hago quemar.

—Tía Melania, usted es un ángel —contesté yo emocionada ante tamaña generosidad—; no sé cómo agradecerle este favor. Posiblemente a usted no le gustará que yo le dé un beso, pero voy a dárselo a su hermano, a quien desde hoy proclamo como el hombre más buen mozo del mundo.

Y antes que ni ella ni Nora pudieran abrir la boca, avancé hasta colocarme al frente del cuadro del militar y le tiré un beso.



Aún en estos momentos en que escribo no me explico bien lo que sucedió. Seguramente que el señor, gentil caballero, quiso corresponder a esta demostración mía de ternura repentina, y se inclinó hacia mí, o bien que con el movimiento brusco que hice se estremeció la muralla, no lo sé; pero lo cierto es que, en ese preciso instante, el cordel que sujetaba el cuadro tuvo la bendita ocurrencia de cortarse, y el caballero militar, más bien dicho el cuadro, se cayó encima de mí. Sentí un golpe en la cabeza conjuntamente con un grito de agonía.

Como mi cabeza es más dura que la tela del cuadro, éste pasó para el otro lado, y yo quedé con la pintura ensartada, que se sujetó en mis hombros. Giré mis ojos hacia tía Melania, y la vi sin sentido, tumbada en el sillón.

Nora me gritó:

—¡No te muevas! —y salió en busca de Eduvigis.

Cuando regresaron, entre las dos me sacaron al gentil caballero. Yo, medio ahogada con la tierra que tenía el cuadro atrás, apenas podía hablar.

—Tú viste que no fue mi culpa.

—Sí; sé que no fue tu culpa —contestó Nora—; pero ¿por qué no se le cayó a ella mejor?

—Lo mismo pienso yo —dije.

Miramos el daño. De lo peor, lo menos. La rotura fue en una esquina, en la parte que correspondía al fondo, con algo del pantalón.

—Ahora te vas —me dijo Nora—; desaparece de la faz de la tierra.

• Mi última mirada fue para tía Melania. Eduvigis la hacía oler su frasco de sales.

Después de un largo rato llegó Nora a mi pieza. En mi desesperación yo había tomado la *Imitación de Cristo*, y, abierto al azar, leía lo siguiente:

“Cuanto yo te diere, mío es; cuando te lo quitaré, no tomo cosa tuya, que mía es toda dádiva y mío también todo don perfecto. Si te enviare pesadumbre o alguna contrariedad, no te indignes ni desfallezca tu corazón. Yo puedo levantarte al instante y mudar cualquiera pena en gozo”.

Cuando Perfecta me vio tan afligida, me contó que había logrado convencer a tía Melania de que el daño no era tan grande, que había sido preferible que se hubiera caído el cuadro sobre mí; porque si se cae sobre una silla, se rompe más; y si se cae sobre ella, además de romperse el cuadro, se rompe ella también; que no se entristeciera; porque quedaría perfectamente.

—Como sé pintar —concluyó Nora—, le ofrecí arreglárselo mañana mismo. Pero lo más inverosímil de todo, Patricia, es que una vez tranquilizada tía Melania, hablé a solas con Eduvigis y la convencí de que ella me ayude, y mañana nos abrirá la puerta y nos dejará ir solas las dos a Valparaíso a comprar lo necesario para reparar la pintura. Ella se encargará de avisar a Nicolás que tenga el coche a tiempo para el tren de la una.

—No te creo nada —contesté.

¡Era tan absurdo lo que me decía!

—Pobre Patricia —siguió Nora—; me doy cuenta de que te parezca imposible, pero ya verás. Em-

pezaré por ponerte una compresa fría en la frente; te está saliendo un chichón.

Sólo entonces me di cuenta de que me dolía la cabeza.

Martes 31.

Hoy ha sido un día glorioso. Nora me ha dado permiso para acostarme tarde; así que alcanzaré a escribir todo lo que ha sucedido.

En la mañana temprano llegó Pedro y se procedió a la desinfección del organillo. ¡Había que ver aquello! Como no había otro desinfectante a mano, Pedro discurrió hacerlo con el que usa para los perales y los duraznos. Como el agua corría por todos lados, decidimos desarmar un costado. Con todo cuidado destapamos la caja de madera, y así pudimos dejarlo al sol, abierto, cosa que adentro se secara completamente, y las pocas notas buenas no acabarían por fallecer también.

Pasé la mañana preocupada del organillo. Eduvigis nos avisó que nos daría el almuerzo temprano, porque a las doce estaría Nicolás listo para llevarnos a la estación.

Yo me arreglé maquinalmente, como dormida; sólo cuando me encontré dentro del coche, sentada al lado de Nora, comprendí que aquello era verdad.

Llegamos a la estación muy a tiempo. Casi al momento partió el tren. Las dos íbamos contentas, comentando todo, riéndonos.

—No hay duda —le dije de repente a Nora— de que un hombre cuando es caballero lo es aún después de muerto. Fíjate lo que ha hecho el gentil militar por nosotras. Nuevo Quijote salvando a dos princesas oprimidas.

—Cállate mejor —contestó Nora.

—Pero no seas injusta —seguí yo—, que si no es por él... No tenía otro modo de ayudarnos. Sin caballo, sin armas, lo único que podía hacer era caerse. ¡Lástima que fue sobre mí!

Llegamos a la estación del Puerto a las dos, y ahí me procuré itinerarios de trenes; podían sernos útiles. Inmediatamente hicimos nuestras compras. Nora, todo lo necesario para reparar el cuadro; yo, pintura para el organillo, alambre y todo lo que me pareció que podía servir para mi trabajo.

Qué lindo encontré a Valparaíso. Las tiendas alegres, con las vitrinas llenas de cosas bonitas. Tomamos té en una pastelería donde tocaba una orquesta que me pareció divina. Qué deseos locos de haber ido al teatro, pero el tiempo no nos alcanzaba; nuestro tren salía a las seis. Como víspera de Año Nuevo, había gran animación en las calles. Compramos también lápices de colores y un libro para pintar, regalo para Juanito.

El tren venía lleno de gente, y tuvimos un gran gusto al ver subir en Viña al papá de nuestro pequeño vecino. El no nos vio, pero yo me encargué de ir a su lado y hacerle venir con nosotras. Así pudimos conversar más largo.

Se muestra muy preocupado del niño. Los médicos tienen gran esperanza en el clima de Ol-

mué, pero ellos, sus padres, desearían ver más rápida la mejoría. Lo que tiene es parálisis infantil, con el peligro de complicaciones.

Nos agradeció mucho el interés nuestro por Juanito, y se rió con nosotras cuando le contamos las aventuras con tía Melania.

Al llegar a la estación de Limache nos esperaba Nicolás, y el papá de Juanito, a pedido nuestro, aceptó irse con nosotras en vez de tomar el micro. Antes de subirme al coche me acerqué al chofer del micro, y en mi libretita de apuntes anoté las horas de partida y de llegada. Este itinerario puede serme útil.

Eduvigis estaba al acecho y nos abrió la reja apenas llegamos.

Si tía Melania supo o no de nuestra arrancada, jamás lo sabremos, porque Pergamino 2 no dijo una palabra, ni Pergamino 1, tampoco.

Miércoles 1º de enero.

¡Año Nuevo, vida nueva!, así dicen siempre. Me pregunto: ¿cuál será la vida nueva en esta prisión? Esta mañana, apenas desperté, me fui a la pieza de Perfecta a desearle un feliz año. Y poco antes de almuerzo salté la tapia para abrazar a Juanito y llevarle el regalo del libro. Le conté lo del organillo y aplaudía de felicidad. Propuse pasarlo para el lado de él y trabajar allí para que él se entretenga, y la idea fue aceptada por todos. Lo difícil es cómo pasarlo, así que resolvimos hacerlo

en la tarde, aprovechando que el papá de Juanito nos puede ayudar, recibiendo el aparato del otro lado.

Fuera de nuestros amigos vecinos, nadie más nos ha deseado feliz año, porque ni Perfecta ni yo nos atrevimos a decirle nada a ninguno de los Pergaminos.

Jueves 2.

Hoy tuvimos carta de mamá. Nos dice que está muy contenta, que el tiempo se le hace poco para pasear y asistir a todas las fiestas, comidas y bailes donde la convidan. Nos manda unas fotografías, donde aparece más linda que nunca.

Las dos nos quedamos silenciosas al terminar de leer. Nora no quiere decirme a mí lo que piensa, ni yo a ella. Después de un rato me hice un ovillo entre sus brazos, y le dije:

—Quiéreme, Perfecta.

Y ella me abrazó fuerte y besó mi frente con una suavidad que me hace pensar más en la mamá.

¡Dios mío!, ¿qué haría yo sin ella?

En la tarde fue la primera sesión de pintura. Nora comenzó por pegar un trozo de tela por la parte de atrás del cuadro, uniendo los bordes de la rotura. Ahora hay que esperar que seque completamente.

Pero antes de esto se hizo el traslado del organillo. Fue todo un episodio. Me conseguí en el cuarto de las herramientas una escala medio rota, y

una vez afirmada a la tapia, me subí allí. Nora trataba de pasarme el organillo y no lo podía. Cuando vimos que era inútil, esperamos hasta que sentimos ruido al otro lado. Entonces pedimos socorro al papá de Juanito, quien trajo un cable grueso y lo tiró hacia nosotras. Amarramos el aparato y entre las dos lo subimos, mientras lo tiraban del otro lado. Así conseguimos trasladarlo, mientras Juanito asistía a esta maniobra y se reía feliz. Al momento salté yo también al otro lado, y le toqué al niño el repertorio entero. Pasamos un rato muy contentos con la alegría del chico.

No sé por qué me gusta siempre aplicar a mi vida lo que sucede a mi alrededor. Pensé que así podía ser yo. Un pobre organillo desvencijado y maltrecho, con su música desentonada y chillona, para causar la dicha de un niño. Yo voy a pintarlo de nuevo y arreglar sus notas como mejor se pueda.

Si me considero así como el organillo, triste y fea, ¿no podré también mejorarme un poco? Me fui a mirar al espejo y no me encontré muy fea ni maltrecha. Lancé unas notas al aire y me las oí yo misma, perfectamente entonadas; entonces, ¿qué relación puede haber entre el organillo y yo?

No me entiendo yo misma; creo que esta casa, más bien sus habitantes, me están trastornando. Salí al medio del jardín a ver mi sombra. Me acordé de repente de lo que me escribió el papá y quise ver qué tal era yo. Sería culpa de la hora, del cielo, del aire, qué sé yo, pero me daba vueltas por todos la-

dos y por ninguno encontré mi sombra. ¿Es que soy la mujer sin sombra?

Papá, no sé lo que digo, tengo la cabeza grande, eso sí, la siento como si se me fuera a caer.

Miércoles 8.

Recién hoy Perfecta me deja escribir un poquito. Parece que estuve enferma, con mucha fiebre.

Jueves 9.

Carta de papá. ¡Qué inteligente es papá! Parece que lo vamos siguiendo en su viaje, y que cada cosa que cuenta la estamos mirando. Qué ganas locas me han dado de conocer el Canal de Panamá. Nos escribe a las dos con tanto cariño, nos dice que mientras prepara los escritos de sus trabajos y experimentos piensa en nosotras. En una semana más asistirá en Viena a la primera conferencia, donde demostrará él una teoría propia sobre unos microbios; sólo el nombre de ellos me hace tiritar, pero debe de ser algo sumamente importante.

Pensar que estuve enferma y mi Daddy lejos.

Viernes 10.

Tempranito hoy estuvo el doctor y me dijo que podía levantarme unas tres horas. Nada he contado de este nuevo amigo, que se llama don Diego. Qué simpático es, y qué cariñoso conmigo.

Parece que un día amanecí con mucha fiebre. Yo sólo recuerdo que me dolía la cabeza muy fuerte y casi no podía tragar. A mediodía, Perfecta, asustada, habló con tía Melania, y ésta dio orden de que se llamara a Nicolás, para que fuera a buscar a don Diego, el médico que vive en el pueblo de Limache.

Este caballero es viejo, usa lentes grandes, de esos antiguos, y visita acompañado de un maletín donde lleva una pequeña botica ambulante.

Tiene una cara bondadosa, bigotes blancos y ojos muy azules. En medio de mi dolor vi estos ojos que me miraban con suavidad y unas manos grandazas, pero livianas, que tomaban las mías.

Se quedó un rato largo a mi lado, después de haberme dado un remedio y de hacerme una pinclada en la garganta. Al día siguiente volvió; yo quise hablar y no me dejó. Cuando se levantó para irse, lo sujeté de una mano y le dije:

—No se vaya todavía.

Entonces me hizo cariño y se sentó de nuevo al lado de mi cama.

Todos los días vino a verme, y ya somos grandes amigos.

Hoy le he dicho:

—Doctor, por favor, míreme bien, estoy segura de que usted se equivoca. Siento la garganta muy hinchada, debo de tener enormes manchas todavía..., yo tengo fiebre...

—¿Será cierto? —interrumpió Perfecta, asustada.

—Más enfermo estoy yo, amiguita —dijo él.

—Es que..., es que... —seguí tartamudeando—, no quiero que me deje. Nos gusta tanto su visita a Nora y a mí, ¿verdad, Nora?

—Cierto —dijo Nora.

—Por favor —insistí—, diga que todavía estoy enferma, que esto es largo, explíqueme a tía Melania que usted necesita venir a verme todos los días.

Don Diego se reía de buenas ganas.

—Eso no, no puedo hacer eso. Pero de vez en cuando vendré a verlas.

—Tía Melania no lo permitirá —insistí yo.

—Pero si vengo a verlas, ¿por qué se va a oponer?

—Ya verá usted que no le gustará —dije—. De todos modos, queda un recurso: si pasa mucho tiempo y usted no viene, Nora se mete a la cama y yo declaro que está grave, y usted viene. ¿Convenido?

—Convenido.

Y este hombre tan bueno se esperó que me levantara para verme en pie, y antes de irse me dio un abrazo y un beso en la frente. Yo, en cambio, le puse una rosa en el ojal, y le dije que si me esperaba unos meses me casaría con él.

Sábado 11.

Hoy me levanté más temprano, y a mediodía salí al jardín un rato. Parece que ayer el doctor le dijo a tía Melania que vendría a vernos, y ella le contestó que de ningún modo, que solamente cuando se necesitaran sus servicios.

Estoy decidida a tener fiebre cada tantas semanas, para que venga a vernos don Diego.

Durante mi enfermedad, tía Melania llegaba hasta la puerta de mi pieza a informarse de mi salud, pero no entraba so pretexto del contagio.

Juanito me escribió todos los días, y Nora tuvo que contestar sus papelitos, diciéndole cómo seguía yo.

En el de hoy dice: “Estoy feliz de que ya estés sanita. Te mando muchos besos. JUANITO”.

Nora no me dejó ir hasta la tapia, así que le escribí anunciándole que bien luego iría a verlo.

Lunes 13.

He seguido bien. El primer día sentí las piernas sueltas, como de lana; ahora tengo unos deseos locos de correr, de brincar, de volverme ternero, oveja, cabrito, cualquier animal que salte libre por el campo.

¿Por qué Dios no nos daría unas alas plegables que no se vieran, que estuvieran bien escondidas, pero que cuando uno deseara remontarse pudiera abrirlas? Se me ocurre que Dios sabía perfectamen-

te lo que hacía cuando creó el mundo, los animales, las aves, todo lo viviente, y no se aconsejó de nadie. Porque de tener dos personas solamente como yo, para insinuarle ideas maravillosas, el mundo habría resultado bien diferente. Está bien, está muy bien todo lo que El ha hecho; sin embargo..., ¡qué tonterías se me ocurren! ¡Las alas!, qué deseos tan grandes tengo de ser dueña de dos alas blancas.

Todo el día me atormentó esta idea, hasta que me fui a sentar al lado de Nora que, silenciosamente, pintaba el pantalón del gentil caballero.

Como mejor pude le expliqué mi antojo de las alas. Dejó ella sus pinceles a un lado, y me dijo con un tono lleno de serenidad y de dulzura:

—Patricia, eso que tú deseas tener como un juguete, como un accesorio a tu alegría, lo tienes realmente, y es bueno que sepas que lo llevas en ti y que necesitas de ello.

—¿Mis alas, Perfe?

—Sí, tus alas. Todos tenemos alas, todos. El ser humano sería incompleto sin ellas; eso sí que



no todos hacen uso de ellas. Algunos porque no saben que las tienen; otros porque encuentran que les estorban y las quiebran; otros porque las doblan y las manchan. Todos tenemos alas, Patricia.

—¿Dónde están las mías?

—Las tuyas están aquí.

Y Perfecta puso sus manos sobre mi pecho. Su voz, su mirada, su gesto eran los de papá.

—Tus alas —siguió— son muy hermosas y muy blancas. Las alas son cosa del alma, por eso son hechas para llevarnos hacia la altura. Sin ellas no podríamos desprendernos de lo terreno, de toda la materia, de todas las amarras que nos impiden el vuelo hacia el espacio. Somos como una paloma que está feliz en su nido y feliz en la tierra, pero que necesita volar. Volando canta, respira y se llena de alegría. Si le cortan las alas, su vida se troncha, se parte, se divide, y..., o suspira y muere, o acaba por acostumbrarse a vivir sin el poder de sus alas. Todo lo bueno que hay en ti, todo el entusiasmo de tu juventud, toda la aspiración de tu ser hacia lo bello, todo lo que significa anhelo del alma, todo eso forma las alas de tu espíritu, y las tuyas son muy hermosas, Patricia. Nunca olvides que las tienes, nunca desconfíes de su poder, nunca descuides su blancura. Lo más lindo que hay en ti son tus alas, hermanita...

Pareció que Nora iba a seguir hablando, pero al ver que se callaba, le dije:

—Y tú, Perfe, ¿dónde están las tuyas, dónde tienes esa paloma que debe ser la más preciosa de todas?

—Mi paloma —contestó— está encerrada, prisionera.

Me quedé mirándola. Tenía en los ojos una tristeza muy grande. Quise consolarla y no supe cómo; entonces intenté hacerla reír y le dije:

—Perfecta: yo sé quién no puede tener alas, y si las tiene, tendrán que ser negras. Voy a ir a ver yo misma de qué color son las plumas de las alas de tía Melania.

Y sin volver la cabeza hacia Nora, salí apresurada, no, por supuesto, donde Pergamino 1, sino al fondo del jardín, arriba de mi peral querido, donde acostumbro meditar sobre las cosas graves que me suceden.

No habría podido soportar un instante más esa mirada de Perfecta. No lloraba, pero se diría que tenía los ojos hechos de lágrimas, porque se le veían transparentes. “Mi paloma está encerrada, prisionera”. Esta frase me volvía y me volvía. Mi hermana sufre y sufre mucho. ¿Por qué? La situación nuestra es bien triste. Yo también sufro de saber al papá y a la mamá separados, de estar lejos de nuestra casa, con seres completamente diversos a nosotras, pero yo la tengo a ella, y me siento reconfortada y contenta. Es tan distinto a los días cuando estuve sola. ¡Eso sí que fue difícil de soportar!

Para Nora no es lo mismo. Veo, observo y noto que yo no soy para ella lo que ella es para mí. ¿Por qué? Soy aturdida, loca, impetuosa, desobediente, pero la quiero tanto, tanto.

¿Acaso...?, ¿acaso...?, ¡ah! recién ahora se me ocurre. Recién ahora me doy cuenta de lo que sucede. Nora está enamorada de Miguel. Eso es. Ahí está la clave de su tristeza. No hay duda. Pero yo no lo comprendo. ¿Es que él no la quiere? ¡Dios mío!, perdóname, pero aunque manche mis alitas, lo mato, sí, lo mato yo misma con mis propias manos. En este momento no se me ocurre con qué podría matarlo, pero de que lo mato, de eso estoy segura. ¡No querer a Perfecta! Sería lo imposible.

Pensándolo con tranquilidad, creo que algo raro hay aquí. Porque si él y ella se quieren, ¿por qué sufre Nora? Me imagino que el amor es un conjunto de alegría, cantos, risas, besos, nunca de penas.

¿Será porque no ha tenido carta de Miguel? No creo. Perfecta es capaz de ser feliz, a pesar de la ausencia y la distancia, después de esa disertación que me dio sobre las alas. ¡Una mujer que siente como ella! Volará hacia su Miguel, y los dos se juntarán qué sé yo en qué parte del espacio, y se sentirán dichosos aunque no se vean.

Es otra cosa. Es que no puede volar. Me lo dijo: “Mi paloma está prisionera”. Es decir, su alma no está libre, no puede expandirse, desplegar sus alas.

¡Me da una rabia! Tengo que saber de qué se trata; qué es lo que así, de ese modo tan cruel, hace sufrir a mi hermana.

Antes de acostarme cerré los ojos y abrí mi librito de la *Imitación de Cristo*, pidiendo al Señor que me dijera cómo consolar a Perfecta.

El librito se abrió en el capítulo siguiente:

“No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más elevado, más extenso, más agradable, nada mejor en el cielo y en la tierra.

“El que ama corre, vuela y se alegra; es libre y no es detenido. El amor, muchas veces, no tiene medida, sino que traspasa todos los límites. El amor no siente la carga ni hace caso de los trabajos; antes desea más de lo que puede; nunca pre-texta lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene.

“Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; sino que cual viva llama y ardiente luz sube a lo alto y penetra sin obstáculo.

“El amor es sincero, veloz, piadoso, alegre y ameno, fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, y nunca se busca a sí mismo. Porque desde el momento que alguno se busca a sí propio, decae del amor.

“Nadie vive en amor sin dolor. El que no está preparado para sufrirlo todo y para conformarse en todo con la voluntad del Amado, no es digno de llamarse amador. El que ama no debe apartarse del ser amado”.

.....

Cerré el libro muy callada y ahora me voy a meter a la cama sin decirle nada a Perfecta. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo decirle si lo que ella siente es así como lo que acabo de leer?

¡Oh Dios mío!, tú que todo lo puedes, ¿por qué no permites cualquier cataclismo, pero que de algún modo aparezca aquí Miguel, y Nora sea feliz? Te lo pido con todo fervor. Amén.

Jueves 16.

¡Hace un calor! No he tenido valor para nada. A mediodía le pedí a Nora que me duchara con la manguera del jardín, a ver si esa agua estaba más fresca. Capitán se puso como loco y los dos jugamos y corrimos mientras Perfecta nos perseguía con el chorro.

Sábado 18.

Ayer y hoy he pasado sumamente atareada donde Juanito con el organillo. Nora se queda en la galería pintando y vigilando por si a Pergamino 2 se le ocurriera inspeccionar la parte del huerto y me viera ir o volver saltando la tapia.

Gracias a ese cuidado he podido quedarme allá por mucho rato. El chico estaba feliz, y su mamá, contenta de verlo reírse. Le di a él un trabajo grave: doblar unos alambritos todos del mismo tamaño, mientras yo hacía uso de toda clase de he-

ramientas. Después de estos dos días de ardua labor lo hice funcionar, y casi, casi me desmayo de la impresión. Si antes sonaba mal, ahora suena peor. Las notas de *Ramona* se han pasado para las de *Rimpianto*, y en el *Cielito lindo* se forma una confusión tan tremenda que parece un estudio de Bach, de esos terribles estudios incomprensibles que hay que sufrir cuando se aprende piano.

La mamá de Juanito se reía de buenas ganas, el niño gritaba al ver mi confusión, y al final tuve que reírme con ellos. Armé todo lo que quedaba suelto del organillo, y resolvimos intentar otro trabajo mejor cuando nos pudiera ayudar el papá del niño. Por lo pronto, comencé a pintarlo por fuera para que siquiera tenga mejor aspecto.

Domingo 19.

Horario de hoy.

- | | | |
|-------|------|---|
| 8 | A.M. | — Levantada. |
| 9 | | — Desayuno. |
| 9.30 | | — Correrías por el huerto. Paquete de dos lindos duraznos dejados en el túnel para Juanito. |
| 10 | | — Llamada de Nora para arreglarme. |
| 10.30 | | — Salida en el coche de Nicolás. |
| 11 | | — Misa en la parroquia. |
| 12 | | — Regreso. |
| 12.30 | | — Almuerzo más tirante que nunca. |
| 1 | P.M. | — Grito de júbilo mío. Carta de Marcelo. |

- | | |
|------|---|
| 1.03 | — Reprimenda de tía Melania por mi grito. |
| 2 | — Lectura de la carta arriba del peral. |
| 3 | — Consideraciones sobre la vida. |
| 4 | — Abrazo y beso a Perfecta. |
| 5 | — Té con torta de nuez. |
| 5.30 | — Encuentro de dos chocolates en el túnel. |
| 6 | — Paseo por el huerto con Capitán. |
| 6.30 | — Visita a tía Melania con Perfecta. |
| 6.35 | — Salida mía para el jardín. |
| 7 | — Admiración continuada sobre la paciencia de mi hermana. |
| 7.30 | — Nueva lectura de la carta de Marcelo. |
| 8 | — Lavarse y peinarse. |
| 8.30 | — Comida. |
| 9.30 | — Paseo por la galería contando los dibujos de la alfombra. |
| 10 | — A la cama. |

Lunes 20.

La carta de Marcelo dice:

“Mi querida Patricia: con toda razón dudarás de tu viejo amigo, y pensarás que nunca he sido tu leal y fiel caballero. Tú, mi princesa, encerrada en una prisión lóbrega y fría, y yo encantado de la vida sin mover ni un dedo para ir a salvarte. Pero sólo te diré una cosa. Escúchame bien: me he cambiado de casa. ¿Te das bien cuenta de lo que significa esa frase? “A quien se muda, Dios le ayuda”. Así dice

el refrán. Bueno, tendré que convenir en que Dios me ayudó, y que si tal ha sido el descalabro con su ayuda, ¡qué habría sucedido sin ella!

“Patricia, ¡cómo me he acordado de ti en medio de ese barullo inmenso de mis perros, de mis muebles, de mis plantas, de mis libros! No puedes tú darte una idea de lo que ha sido este terremoto.

“Pero... ya pasó, y eso es lo principal. Y ahora, a contarte un montón de cosas.

“Primero. He tenido muy buenas noticias de tu papá. Por recortes de diarios sigo su actuación magnífica. También cartas de tu mamá, siempre tan afectuosa.

“Segundo. He comprado una gran casa con quinta en la Avenida Macul, donde al fin tengo espacio para todo lo que me es querido. Naturalmente, hay una linda pieza con vista a la cordillera, jazmines en la ventana y mucho sol, para ti y Nora. La casa, de ustedes, como siempre.

“La primera vez que vengan a Santiago la verán. No entiendo nada en muebles ni cortinas, pero quiero que lo sepas, mi Pequeña: la ventana tiene unas cortinas de cretona con flores celestes, porque me acordé que todo lo azul te gusta, y porque tus ojos son así. Los muebles son blancos. Me lo objetaron cuando los compré: un color infantil, me dijeron. Es verdad, pero a ti te gustarán, estoy cierto, y a mí eso me da la idea de que realmente eres todavía y siempre la niña que tuve en mis brazos desde sus primeras horas.

“Todas las cosas tuyas que tenías en mi casa las traje aquí. Entre ellas, dos muñecas bastante

desaliñadas y feas; tu silabario, el mismo donde yo te enseñé a leer; unas estatuitas hechas por ti en greda y cocidas en Talagante, ¿te acuerdas?, en un viaje que hicimos hace muchísimos años. Tú te empeñaste en conservar esas ollitas y esos amagos de escultura que hiciste en un verano; entonces fuimos allá al pueblo donde las mujeres cuecen en grandes hornos los cantaritos de greda.

“Además, hay algunas novedades que compré para ti y Nora. Libros, grabados, y, ¿a que no adivinas?... una radio minúscula, que parece un relojito de velador.

“De modo que ya lo saben las dos. Su casa, como siempre.

“Tercero. Mis perros están en el Paraíso. En la otra casa, donde solamente tenía un gran patio, ya no sabía cómo arreglármelas. Aquí para qué te digo nada.

“Diana duerme en su pieza. Si, así como suena. Tiene una pieza sola, con su camita blanda y limpia. Luego tendrá cachorritos, de modo que aumentará la familia.

“Rex, el danés, no quiere dormir en ninguna parte, sino en el corredor, al lado afuera de mi pieza.

“León, más grande que nunca, dueño del inmenso jardín, tiene sólo para él la casa que antes compartía con Peludo y con Risueño.

“Te contaré que te quiere tanto León, que si te nombro fuerte, endereza sus orejas y corre a la puerta a ver si vienes.

“Peludo y Risueño comparten una misma pieza.

“Novedades: he traído a mi yegua Zarina; tengo al fondo una cuadra de potrero.

“He comprado una cabra; te gustará mucho cuando la conozcas, y esperaré que tú le des un nombre.

“Tengo palomas, abejas, dos canarios, tres queltehues, conejos, gallinas, patos y pavos.

“Una enorme pieza biblioteca (todo muy ordenado) y unos discos nuevos preciosos. Todo esto las espera junto con el viejo Marcelo, que sería dichoso al tenerlas aquí.

“Ahora una palabra sobre ti. ¿Qué te sucede? ¿Por qué me llamas en tu auxilio? ¿Es verdad tu grito de socorro, o es solamente regalonería tan propia de ti?

“Espero más noticias tuyas; por de pronto van todos los datos donde puedes llamarme: Avenida Macul, esquina Los Robles, sin número; la quinta se llama “Chiquita”, en recuerdo tuyo. Mi teléfono, 69, Macul.

“Hasta muy pronto; te quiere como siempre tu amigo,

“MARCELO”

Martes 21.

La carta de mi amigo me ha hecho muchísimo bien. Pensar que se ha acordado tanto de nosotras: con razón yo lo quiero inmensamente.

Esto de querer inmensamente me ha tenido un rato en profunda reflexión. ¿Por qué a toda la gente que yo quiero, la quiero así, con tanto querer? ¿Es que no hay medida?

Me ha venido al momento a la cabeza el nombre de tía Melania, porque a ella también la quiero, es decir, tengo que quererla; no la odio, no le deseo mal, haré por ella todo lo que pueda si alguna vez lo necesita, de modo que eso tiene que ser cariño, pero..., pero..., inmensamente sí que no la quiero, de eso estoy segura; y examinándome muy bien, parece que eso de quererla no es verdad tampoco. Debe ser un término que no tiene nombre todavía en la escala del cariño. Un día que tenga tiempo voy a hacer un estudio de los diversos grados del querer; resultaría bien interesante.

Interrumpo porque me llama Nora.

En la noche.

Cuando Perfecta me llamó, era para mostrarme terminada la pintura del gentil caballero. Ni se sabe que se rompió en un día nefasto; al contrario, se ve más brillante y mejor.

Entre las dos llevamos el cuadro a la salita de tía Melania, quien se demostró muy complacida y contenta.

A pesar de que Nora me recomendó mucho que yo no abriera la boca, se me olvidó todo, y le dije a Pergamino 1:

—¿No es cierto, tía Melania, que mi hermana pinta muy bien? Fíjese en el pantalón, qué lindo

se ve del lado que ella retocó. Parece que esa piedad fue a la tintorería y la otra no.

Se produjo un silencio profundo, y después de unos minutos habló Nora:

—Si usted quisiera, tía Melania, y encuentra que no pinto del todo mal, podría tratar de hacerle un retrato.

—¿A mí? —preguntó Pergamino I, estirándose más en su sillón.

—Sí, a usted —siguió Perfecta—. Yo lo haría con todo gusto, y usted no necesitaría molestarse. Ahí mismo donde está sentada todos los días la tomaría yo.

—No me parece mala la idea —contestó tía Melania.

Entonces, rápidamente, Nora me mandó a mi pieza, pues, con toda seguridad, esperaba algún comentario de mi parte, los que siempre tienen la suerte de disgustar a tía Melania.

Más tarde me contó Perfecta que la tía se demostró contenta y satisfecha; dijo que nunca nadie se había preocupado de tener una fotografía suya, que un retrato al óleo era muy de su gusto, que si sería mejor que se peinara de otro modo y que se pusiera el cuello grande de encajes. Todos estos detalles se discutieron, y se acordó comenzar la primera sesión al día siguiente.

Jueves 23.

Estoy verdaderamente desolada. Todo puedo soportar, pero ¡ver llorar a mi hermana, eso sí que no!

Y por primera vez en mi vida la he visto sollozar. Ha sido algo terrible para mí el sentirme incapaz de consolar a Perfecta.

Hoy día, después de almuerzo, llegó un carta para ella. Se fue a leerla a su pieza; pasó mucho rato y ella no me llamó. Como llegó la hora del té y ella no salía, yo abrí despacito la puerta que comunica nuestras dos piezas.

Estaba tendida sobre su cama, sollozando. Corrí a su lado, y sin decirme nada, me abrazó. Como ella lloraba yo me puse a llorar también, hasta que me di cuenta de que no era ése el modo más apropiado para consolar a una persona afligida.

Lo primero que hice fue pedir que nos llevaran el té a la pieza, para que ella no tuviera que ir al comedor y así nos tranquilizáramos las dos.

Intenté decirle algún disparate para hacerla reír, pero no me salía palabra alguna; era tal la impresión mía al verla sufrir. Cuando al fin se calmó, le pedí que me contara su pena.

—Es esa carta —dije—; de seguro que es de Miguel.

—Sí —contestó.

—¿Está enfermo? ¿Qué le pasa?

—No, no está enfermo.

—Entonces, ¿por qué te afliges de ese modo?

Y como ella guardara silencio, yo la abracé diciéndole:

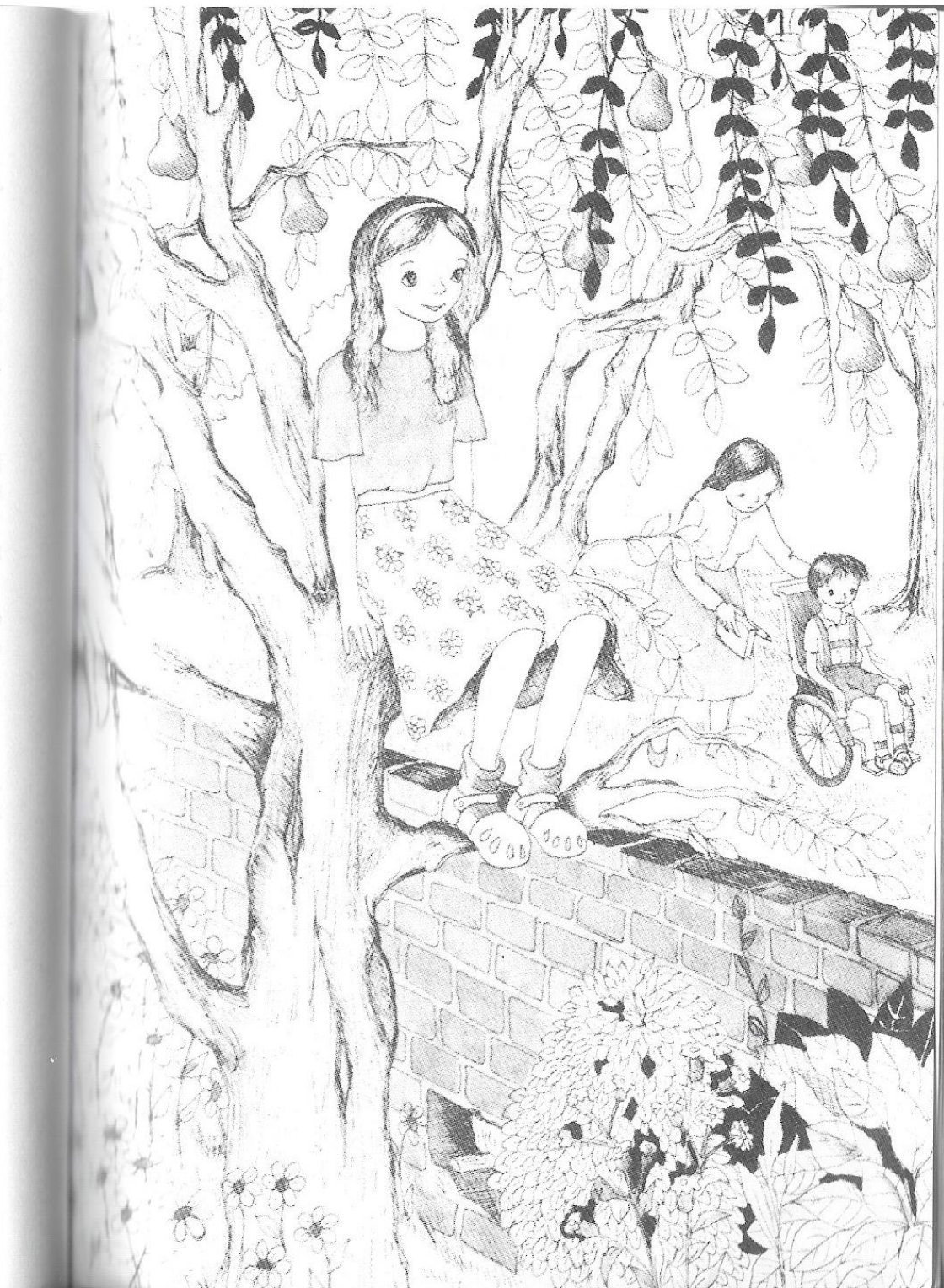
—Tienes que decírmelo, Perfecta; tú sabes lo que yo te quiero; si no puedo ayudarte, al menos sufriré contigo. No me mires como a una niñita chica; ya soy grande. Además, no tienes a nadie más que a mí, como yo sólo te tengo a ti. No llores más...; ¿acaso ya no te quiere Miguel?

Entonces yo, que deseaba permanecer serena, comencé a llorar de nuevo. Y así sucedió que Perfecta, por consolarme a mí, se calmó ella y empezó a contarme lo que decía la carta.

Miguel, que estaba trabajando en el sur, fue a Santiago por asuntos de trabajo, y también para orientarse mejor dónde estábamos nosotras, si podía ver a Nora, etc. Cuando llega a su casa se encuentra que toda su familia le habla indignada de papá, de mamá, de Perfecta, de mí, y le hacen saber que jamás consentirán en su matrimonio con mi hermana.

El, sorprendido, exige razones, y le dicen que ellos niegan su consentimiento porque han sabido que nuestros padres se van a divorciar, que seguramente mamá o papá se casarán de nuevo, y no sería raro que Nora y yo tuviéramos las mismas ideas de mamá, así que a lo mejor Perfecta se casaba por un tiempo, para después divorciarse. En fin, que de todos modos Miguel tendrá que esperar, porque ni su padre ni su madre consienten en su matrimonio con la hija de padres divorciados.

El cuenta todo esto a Nora, y quiere saber qué piensa ella; cree que se han levantado calumnias a



mamá, y que es necesario aclarar la situación; que desea verla y tratar el asunto entre ellos; que él la quiere siempre por encima de todo y a pesar de todo, pero que no puede ir abiertamente en contra de sus padres.

—¿Ves tú? —terminó Nora—, ahora me doy cuenta del cambio tan grande que tuvieron conmigo cuando fui a despedirme de su madre. Quién sabe qué mentiras les habrán contado de mamá. ¿Qué piensas tú, Patricia?

—Yo... sólo pienso en que a él no le debe importar nada ni nadie sino tú, y no hacerte sufrir de ese modo. ¡Y cuidadito con volver a llorar!...

—Nunca más —dijo Perfecta tratando de sonreír—, nunca más, para que tú tampoco llores.

No nos habíamos dado cuenta de que se había pasado la tarde y que llamaban a comer. Antes de salir de la pieza de Nora, yo le dije con tono solemne:

—No sé de qué modo, Perfe, pero ten confianza en mí, yo arreglaré tus asuntos; eso sí que primero tendré mi consulta con Dios.

—¡Consulta con Dios! —exclamó Nora con su carita sonriente.

—Sí, pues, y no te rías. El y yo tenemos un punto de reunión.

—¿Se puede saber adónde?

—Naturalmente. Arriba del peral que está al final del huerto. Desde allí dirijo mis reclamos al cielo.

Viernes 24.

¡Dios escuchó mi súplica!, y yo que estaba tan desesperada. Apenas me levanté me fui al peral, y me puse a meditar seriamente en la situación. Una cosa veía con claridad: que es de todo punto indispensable hablar con Miguel, y hablarle yo misma. Pero ¿de qué manera podría yo ver a Miguel?

Si le escribo diciéndole que venga, tía Melania no lo deja entrar; decirle que me espere al otro lado de la tapia del fondo, capaz que ni me escuche, pensando por qué estoy yo ahí en vez de Nora. Hacerlo venir a Valparaíso y tratar de ir a encontrarlo nosotras, lo veo difícil, pues si no coincide el día, se pierde todo.

Me bajé del peral, corrí con Capitán, fui a mi pieza, le di un beso al retrato de papá y otro al de mamá, pidiéndoles que me inspiraran qué debía hacer, regresé a mi peral, y allí, de repente, vi un nombre luminoso en la oscuridad de mi cerebro, un nombre que me solucionaba todo: Marcelo.

De alegría casi me caí del árbol. Comprendí que eso es lo que debía hacer. Ir yo misma a Santiago y contarle todo a Marcelo, y que él nos ayude.

Me bajé del peral y fui donde Nora, nada más que para verla, pues este secreto mío no puede saberlo ella; ella menos que nadie, porque no me dejaría ir. La encontré pintando el retrato de Pergamino 1.

Tía Melania, cosa inaudita, sonreía débilmente. Yo le di los buenos días con la reverencia más

graciosa que pude hacer y con una voz muy suave-cita le dije:

— ¡Qué bien le queda ese cuello de encajes, tía Melania, es muy bonito! ¿Verdad, Nora, que tía Melania se ve muy bien?

— Sí — me contestó Perfecta, al mismo tiempo que sus ojos me dirigían una súplica muda, pero elocuente.

Comprendí que debía irme; así lo hice, y de nuevo regresé a la rama más alta de mi árbol favorito.

Completamente convencida de la necesidad de mi viaje a Santiago, me quedaba por resolver la parte más difícil: ¿cómo escaparme sin la ayuda de nadie?

Entonces, con todo fervor, le supliqué a Dios que me solucionara este asunto. ¡El, que todo lo puede! En esos momentos no se me ocurría nada maravilloso; sin embargo, tenía ya los datos más necesarios: la hora del tren, para eso tengo un itinerario de trenes; la hora en que deberé tomar el micro para la estación y, lo principal, tengo la dirección de la casa de Marcelo en Santiago.

El modo de salir de aquí me parece que tendría que ser saltando la tapia del fondo. Por la puerta principal ni soñarlo. Por el lado de Juanito podría hacerlo, pero no quisiera mezclar a nadie en este asunto; si me sale bien, bueno; y si me sale mal, yo sola sufriré las consecuencias.

¿El día? Lo más luego. Antes de que Miguel regrese al Sur, y, sobre todo, antes de que yo vuelva a ver desesperada a mi hermana.

Lo más difícil será el desaparecimiento mío por todo un día. Lo único sería que me hiciera la enferma, pero tía Melania mandaría a Eduvigis a saber qué tengo. ¿Y cómo se defiende Perfecta de estos dos Pergaminos?

Pero, como dije al comienzo, Dios escuchó mi súplica.

En la tarde, Nora se quedó en la salita de la tía, leyéndole. Había una gran tranquilidad en la quinta. Capitán dormía. Me asomé al corredor, junto a mi pieza, y vi el caballete con el trabajo que estaba haciendo Perfecta. Me quedé mirándolo atentamente. La cabeza de tía Melania se destacaba nítida, con líneas precisas, sobre un fondo de cortina carmesí. El cuello de encajes daba luz a las facciones. ¿Cómo había podido Nora conseguir esa mirada de Pergamino 1? Unos ojos duros, pero no dureza de acero, sino dureza de rectitud. Una frente altiva, que podía llevarse en alto, con nobleza, si estuviera siempre colocada así como en la pintura. Una boca cansada y triste, pero no amargada e hiriente.

Seguramente así la veían los ojos de Nora, seguramente era así en realidad, y la máscara que usaba a diario se había caído ante el pincel artista.

Me quedé mirando el cuadro..., y de repente no sé qué me pasó, acaso fue el deseo de comprobar si tía Melania se parecía a su hermano el gentil caballero..., acaso fue que mis manos estaban demasiado rato en una quietud desacostumbrada..., acaso..., qué sé yo. Lo cierto fue que en un segundo, con un largo pincel, tomé un poco de pintura

negra y dibujé bajo la nariz y sobre el labio superior de la cabeza pintada un hermoso bigote de guías.

No sé pintar como mi hermana; pero una línea negra, enroscada, justamente donde crece el bigote, por muy mal hecha que estuviera, no podía ser otra cosa que un bigote.

Me retiré un poco para contemplar mejor mi obra y quedé asombrada. La cara cambió totalmente: no se veía ridícula ni fea. Tenía al frente un caballero holandés, igual a esas pinturas flamencas, antiguas, que papá me ha mostrado en sus lindos libros de museos.

El retrato de un señor, y de un señor muy bien parecido. No cabía duda: si tía Melania se pintara un pequeño bigote, se vería mejor y más atrayente.

Buscaba entre los frascos de Nora líquido para borrar las dos líneas negras, cuando sentí voces al otro extremo del corredor, y como viera a Pergamino 2, di vuelta el retrato hacia la pared y entré a mi pieza, esperando borrar mi dibujo en un rato más.

Lo que sucedió después es difícil de relatar en pocas palabras. Fue una catástrofe. Sentí que Eduvigis llegaba hasta el final de la galería, sin duda curiosa de ver qué hacía yo en el trabajo de Nora; oí un grito de verdadero espanto, unos pasos precipitados..., luego voces..., en seguida una exclamación pavorosa y la puerta de mi pieza abierta de un golpe.

Me sentí acorralada, y creyendo que me iban a pegar, alcé la cabeza para defenderme, o al menos para morir en actitud heroica.

Miré hacia la puerta. Una cara congestionada, roja, creo que echaba fuego por los ojos, imagen de la rabia, era tía Melania. Otra cara, pálida, asombrada, con los ojos llenos de dulzura y compasión, imagen de la misericordia, era Nora. La última cara, transparente, azul, sin ojos, a fuerza de arrugar la frente, y me parece que con el pelo erizado, imagen del desprecio, era Eduvigis.

La rabia solamente tuvo palabra:

—Te quedarás encerrada en tu pieza para siempre, ¡no quiero verte nunca más!...

Como alguien cerró la puerta, no vi, pero sí oí una voz que decía:

—Trae el frasco de sales —y alguien que se caía al suelo.

¿Es posible una tragedia tan espantosa solamente por un par de bigotes?

Por un momento me sentí muy triste, pensando en mi hermana. Sin duda, se llevaría un disgusto grande con lo sucedido, y la causante era justamente yo, quien no deseaba otra cosa que verla contenta. Reflexionando en eso, fue que en un instante comprendí que todo esto había sucedido para mejor.

Al ordenarme encierro total en mi pieza, tía Melania me despejaba la única nube que oscurecía el horizonte de mi proyecto. Podía arrancarme tranquila.

En estos momentos, mientras Nora está en el comedor con la tía, entre plato y plato que me trae la Tránsito a mi pieza, estoy arreglando todo lo que necesito, pues he decidido hacer mi viaje mañana mismo.

El micro sale a las ocho de la plaza de Olmué, y el tren pasa a las nueve y media por Limache. Esto es lo más urgente. Junté toda la plata que tenía; no es mucho, pero me alcanzará para el boleto. Una vez en Santiago, no importa, Marcelo hará lo demás.

Antes de que viniera Nora escribí la siguiente carta para ella, la que recibirá mañana:

“Hermanita: Hay una cosa que yo no puedo soportar y ésa es verte sufrir. Cuando te vi llorar el otro día, me hice el firme propósito de tratar de arreglar tu asunto, y es por eso que hoy día me voy a Santiago para hablar personalmente con Miguel.

“No te enojés, Perfecta, y no temas por mí. Llevo la dirección de Marcelo, y él me ayudará; en caso de que él no esté en Santiago, me iré a casa, almorzaré con Isidoro, y me volveré al momento en el tren de las dos de la tarde; quiere decir que perdí el viaje; y estaré aquí de nuevo, en mi pieza, algo así como a las seis o seis y media.

“En caso de encontrar a Marcelo, tomaré el tren de un cuarto para las seis, y como llegaré tarde, cuando esté oscuro, seguramente tendré un miedo pánico de entrar por donde salí; en ese caso, golpearé a la casa de Juanito y volveré por ese lado, saltando la tapia, que me es tan conocida.

“Por el momento, mi plan es éste: me arrancaré por la ventana de mi pieza, así nadie sabrá nada. Pondré la escala de Pedro en la tapia del fondo, y si me animo salto para el otro lado; si no me atrevo, pasaré la escala y la dejaré allá, en el suelo, para que me sirva a mi regreso. Capitán se encargará de que nadie utilice la escala y quiera entrarse a la quinta.

“Una vez libre, frente al inmenso mundo, buscaré el callejón que sale a la calle, allí preguntaré por dónde pasa el micro, y llegaré volando a la estación.

“¿Ves como está todo estudiado concienzudamente? Ahora viene la parte tuya. Cuando leas ésta, correrás a mi pieza, verás mi camita vacía y la ventana abierta, es decir, el pájaro volado, y comprenderás que es verdad y no una de mis tantas jugarretas. No te quedará otra cosa, entonces, que seguir mis instrucciones. Cuando traigan mi desayuno, tú lo recibes y te lo tomas; muy bien te hará comer harto para resistir un día entero de zozobras. A la hora de almuerzo, cierra con llave mi puerta y la tuya, para que nadie pueda entrar, y tú anuncias a Eduvigis que yo no quiero comer nada, porque estoy tan afectada con lo que hice, que se me fue el apetito.

“A la hora del té, recíbelo y te lo tomas tú, porque, por muy grande que sea mi arrepentimiento, nadie me creerá capaz de pasar un día completo con sólo el desayuno. Si no he llegado para la hora de la comida, di que me quedé dormida de pena y de fatiga.

"Y ahora..., a esperar confiada que todo resulte bien. Perfecta, te quiero tanto, que deseo verte contenta, y por eso hago esto, pidiéndote que no te enojés.

"Distráete y riéte. Enmienda lo que yo hice y borra esos bigotes que han sido mi salvación, pues, gracias a ellos, ahora puedo hacer algo por ti.

"Yo que tú pintaba otro retrato a tía Melania y dejaba éste así, como recuerdo perdurable del amor. Porque en el fondo de todo este asunto anda metido el amor en diferentes formas. Tuyo por Miguel, tía Melania por ella misma, de Eduvigis por su patrona, mío para ti.

"Termino, porque ya vas a venir tú y no quiero que sospeches nada. Buenas noches, Perfe; más bien será buenos días cuando leas ésta.

"TU PATRICIA".

Doblé la carta y la metí en un sobre, con el nombre de Nora. Di cuerda al despertador, muy poquita, para que suene suavemente a las siete; abrí la *Imitación de Cristo* y leí las siguientes líneas: "Nada te arredre en el servicio de Dios".

No quiero detenerme o pensar si lo que voy a hacer es del servicio de Dios; será mejor que no siga leyendo.

Voy a meterme a la cama antes que venga Nora; es más conveniente que me crea dormida, así no me preguntará nada.

.....

Sábado 25.

Doce de la noche.

He puesto una línea de puntos, porque me hace la impresión de que de ayer a hoy han pasado muchos años.

Domingo 26.

No puedo escribir nada hoy.

Lunes 27.

¡Gracias, Dios mío! Estoy tan feliz.

Martes 28.

Trataré de proceder con orden, tengo tanto que contar. ¡Me parece un sueño todo lo sucedido! Comenzaré desde mi despertada el sábado temprano.

Me levanté muy despacito para que Nora no me sintiera. Una vez que estuve lista, puse el despertador con toda la cuerda a las ocho, y lo coloqué sobre la carta dirigida a mi hermana, junto a la puerta de comunicación con la pieza de ella.

En seguida, con todo tino, salté al huerto por la ventana de mi pieza. La mañana estaba preciosa; parecía que todos los pájaros cantaban a la vez. Capitán salió a encontrarme, deseando jugar, pero yo avancé sigilosamente hasta encontrar la escala de Pedro, que llevé y afirmé contra la tapia del fondo.

Antes de subir hablé con el perro, explicándole del mejor modo que pude que no debía ladrar cuando me viera arriba de la tapia; que debía quedarse por ahí cuidando el huerto hasta mi regreso, y que a mi vuelta, sobre todo, no cometiera la perrunada de meter un alboroto.

Me subí a la tapia; una vez arriba, tomé la escala y la pasé para el otro lado. No fue que no me atreviera a saltar, pero, afortunadamente, pensé que bien podía romperme el vestido o las medias al caer, y entonces se complicaban las cosas.

Le tiré un beso a Capitán, que me miraba extraño, pero que parecía haber comprendido muy bien mi discurso anterior, y desaparecí. Coloqué la escala en el suelo, bien pegada al muro y me fui hasta el callejón, dos quintas más allá de la nuestra.

No se veía alma viviente, pero ¡cómo tener miedo con tanta luz y tanto sol! El callejón tenía el mismo largo que nuestra quinta. Una vez en la calle, no me atreví a tomar el camino que hemos hecho con Nicolás, porque tenía que pasar por delante de la casa, ¿y si me veía alguno de los Pergaminos?

En ese momento de angustia vi avanzar a una viejecita por el callejón. Me acerqué y le pregunté por dónde pasaban los micros, y me indicó la calle paralela a la nuestra.

Seguí hacia allá, y como a los diez minutos apareció el micro, que me llevó a la estación. Allí me hice lustrar los zapatos y sacudir el abrigo, que tenía todo el polvo de la tapia; compré unos bizcochuelos, porque tenía un hambre inmensa, y cuando llegó el tren me subí encantada, riéndome sola al pensar qué estaría haciendo Nora en esos momentos.

Hoy en la tarde escribí a papá la siguiente carta:

“Olmué, enero 28.

“Mi Daddy querido:

“Recién me he convertido en heroína, pero de verdad. No te creas que es invención; tú mismo vas a juzgar y te pido que sea con toda la ternura y bondad que tienes para mí. Por circunstancias que te contaré cuando te vea, era necesario que Nora tuviera una explicación con Miguel. Tú lo conoces y sabes quién es. Después de pensar de qué modo podrían verse, no encontré otra solución que ir yo misma a Santiago y hablar con él y con Marcelo.

“Tú me dirás: ¿por qué no fue Nora? Pero, papá querido, ¿te olvidas de que Perfecta es tipo cordero? No lo habría hecho nunca. En fin, no vamos a discutir eso; lo principal es que yo fui y me resultó a la maravilla. Quiero contarte todo el viaje. Me arranque por la ventana de mi pieza al huerto, y

de allí, con la ayuda de una escala, que dejé al lado de la callejuela de atrás, me salí al mundo libre y espacioso. No te calientes la cabeza tratando de explicarte por qué no abrí la puerta que toda casa tiene para entrar y salir. Esa explicación tomaría un volumen completo de doscientas cuarenta y cinco páginas en letra tipo pulga.

“Así que no averigües más. Lo interesante es que llegué a la estación de Limache para tomar el tren que llega a Santiago después de las doce del día.

“El tren llevaba bastantes pasajeros.

“Me fui mirando el paisaje y dándote las gracias por la feliz idea que tuviste en darme a Marcelo como padrino. Estoy completamente convencida de que toda mujer, sobre todo durante sus años de joven, necesita un verdadero amigo y protector tal como Marcelo.

“Tú me dirás que teniendo un papá es suficiente, pero yo te probaré que no es así. Fíjate bien en este asunto mío del viaje. Si te digo a ti, me habrías dicho que no; si a mamá, también me dice lo mismo. Hay muchas circunstancias en la vida en que una mujer necesita el consejo de un hombre que la quiere de veras. Un corazón en quien confiarse plenamente y que la escuche con paciencia.

“No sé por qué será, pero los hombres tienen más paciencia que las mujeres en materia de oírlas. Comparo entre tú y mamá. Mamá, al poco rato que me escucha, habla ella, y tengo que oírla yo; tú te quedas callado hasta el final. ¿Por qué es eso?

“En fin, lo cierto es que soy feliz teniendo a Marcelo. Eso no quiere decir que a ti te quiera menos. Es otra cosa diferente, papacito, que no te la sé describir, pero que tú, que sabes tanta cosa, seguramente te la puedes explicar.

“Bueno, Dad, en medio de todas estas reflexiones, el tren corría a más no poder y llegábamos a Mapocho. Yo había pensado muy bien mi plan.

“Bajé del tren y en la puerta de la estación pregunté dónde había teléfono. Llamé a casa de Marcelo y me contestó Raimundo. ¿Te acuerdas, Dad, del viejito que tiene Marcelo para cuidar los perros? Casi se quedó mudo de la sorpresa al darse cuenta de que era yo. Me dijo que su patrón había ido al centro a buscar un rollo de alambres de púas para colocar en la tapia de atrás, porque... aquí era un cuento interminable de conejos que se pasaban, de gallinas que se perdían, de...; al fin tuve que interrumpirlo para que me explicara cómo llegaba yo hasta allá. Me dio instrucciones de irme en un bus y dónde tomarlo, y que él y su patrón me esperarían en la puerta de la quinta.

“Y ahí me hubieras visto, papacito, arriba del bus y con un hambre de fiera. Pude darme cuenta de qué grande es Santiago; parecía que no llegábamos nunca a Macul.

“Cuando me bajé y llegué a la puerta de la quinta, vi solamente a Raimundo. Marcelo no había llegado; alcanzó a darme un salto el corazón: ¿si a este hombre se le hubiera ocurrido almorzar en el centro?

“Entonces me fui al teléfono. Me sentía conspiradora. Hice que Raimundo llamara a Miguel para que en su casa no sintieran mi voz. Cuando contestó Miguel, le expliqué del modo más tranquilo y mejor que pude la situación. Que se viniera lo más luego posible a la casa de Marcelo, porque el asunto a tratar era de suma urgencia y de suma importancia.

“Poco después sentí la bocina del auto de Marcelo; entonces salí a recibirlo, rodeada de todos los perros hechos unos locos de gusto.

“Marcelo sólo tuvo un gesto: abrió sus brazos muy grandes y allí me tuvo abrazada. Luego, moviendo su cabeza con ese modo tan especial que tiene para hablarme, me dijo:

“Patricia, y...

“Yo sé que ese “y” significa cuándo tengo que contarle algo, así que comencé.

“Todo fue maravilloso. Me escuchó hasta el final, sin interrumpirme ni una sola vez; entonces me dijo:

—“Primero que todo, almorzaremos. ¿Verdad que tienes hambre?”

“—Mucha —contesté—, pero antes quiero ver mi pieza.

“Me llevó él mismo. Si vieras qué bonita es; al ver allí tanta cosa mía de niñita me dieron unos deseos grandes de llorar. Una radio minúscula, tan linda que parece juguete. Fotografías de Nora y mías, mis muñecas desteñidas, las que tenía en casa de Marcelo desde chica.

“Los ojos se me llenaron de lágrimas y sólo atiné a abrazar a Marcelo.

“—Quisiera quedarme contigo —dije—; no me dejes volver allá; traeremos a Nora. Di que sí, di que me dejarás aquí.

“Y me puse a llorar. ¿Has visto, Dad, que soy tonta? Tan bien que sé cuando las lágrimas vienen caminando, muy encantadas de salirse de los ojos, y entonces uno les dice: ‘Para adentro, rápido, ¿quién les ha dado permiso para salir?’ Entonces se vuelven a su pieza y nadie sabe que alcanzaron a asomarse a la calle.

“Pero en ese momento no me explico cómo se salieron sin permiso y sin que yo me diera cuenta de su mala intención.

“¿Has visto tú a un hombre grandazo como Marcelo, con unas manos enormes, tratando de ser suave y consolar a una chiquilla? Es tan divertido, Daddy, que terminé riéndome de buenas ganas. Quiso lavarme la cara y parecía que iba a darme una ducha con la esponja; quería decirme que no llorara y me decía un enredo del alambre de púas y de la Diana y de tía Melania; intentó peinarme y parecía que estuviera escobillando al ternero nuevo que nació la semana pasada.

“Vagamente comprendí que un hombre emocionado se pone torpe; entonces traté de facilitarle la tarea. Yo misma me lavé la cara, me peiné y sonriendo le dije:

“—Ya estoy contenta otra vez, Marcelo. Soy tan feliz sabiendo que tú me quieres. Abrazame así, bien fuerte, para darte las gracias por la pieza

linda. Y no te creas que me puse a llorar por esto ni por lo otro. Lloré de hambre, ¿sabes?, de pura hambre, igual que los niños chicos cuando se demoran con la mamadera.

“Raimundo había preparado una mesa para nosotros dos debajo del parrón. ¡Qué rato más delicioso, Daddy! Me acordaba de ti cuando te lanzabas en una discusión con Marcelo sobre algún pajarraco nuevo de tus experimentos, y yo, sentada entre los dos, en el suelo, los escuchaba atenta, interesándome en esa ciencia. Tengo el recuerdo clarísimo, cuando era más chiquita, de haberme quedado dormida muchas veces apretando una mano tuya entre las mías y con mi cabeza recostada en las rodillas de Marcelo.

“Yo hablaba, comía y me reía, pero mi gran amigo estaba serio. Cuando concluimos de almorzar me llevó debajo de unos árboles muy sombríos, donde tiene un sofá colgante, de esos donde tú te tiendes y quisieras no moverte nunca más.

“Entonces me dijo con un tono de autoridad que no le conocía:

“—Voy a explicarte lo que vamos a hacer. No te volverás sola, eso no lo permitiré, porque tu padre no lo habría permitido. Yo te iré a dejar en auto y en el camino veremos de qué modo entrarás a la quinta. Trataré de que Miguel vaya con nosotros para que pueda hablar personalmente con tu hermana y ver manera de arreglar esta situación. Tomo toda la responsabilidad de ustedes dos en ausencia de sus padres, seguro de la confianza de ellos. Pero

tú me obedecerás en todo, Patricia, necesito que me lo prometas.

“—Te lo prometo —contesté.

“—Bien. Lo primero que voy a pedirte es que nunca más, por ningún motivo, grábatelo bien, por ningún motivo, vuelvas a escaparte de la casa de tía Melania. Si necesitas cualquier cosa, si te ves en apuro, en una aflicción como ahora, llámame, ponme un telegrama, haz que me telefonen, escribe; tienes a la señora vecina, a la mamá de Juanito, que es tan buena con ustedes, según me has dicho. Ella te ayudará, pero no vuelvas a repetir esta arrancada. ¿Me lo prometes?

“—Te lo prometo —dije—, pero hartito que me cuesta, porque estoy tan feliz contigo, que te viniera a ver todas las semanas.

“En ese momento nos avisaron que había llegado Miguel. Marcelo, apenas me dejó saludarlo, me ordenó quedarme allí, bajo los árboles, y se llevó a Miguel a la casa. Hablaron más de una hora; a mí me parecía que no iban a terminar nunca una conferencia tan sencilla. ¿Qué tenían que discutir tanto?

“Mira, papacito, yo le habría dicho así:

“—Miguel, ¿usted quiere a mi hermana?

“—Sí —contestaría él.

“—¿Estaría dispuesto a robársela?

“—Sí, estaría dispuesto.

“—Entonces, tome su sombrero y véngase conmigo al momento.

“Y nada más.

“Marcelo me llamó para decirme que Miguel se iba con nosotros a Limache, que lo pasaríamos a buscar a su casa en un rato más.

“Miré a Miguel; tenía una cara preocupada.

“—Y usted —le dije yo—, ni siquiera me da las gracias por lo que he hecho.

“— ¡Patricia! —exclamó mientras me abrazaba con verdadero cariño—, no me hables así, si soy tu hermano, si te quiero mucho, si te agradezco tanto lo que haces; pero es que ahora, tal vez tú no comprendas bien, sólo pensaba en Nora.

“—Así veo —contesté riéndome.

“Hacía más de dos años que no veía a Miguel. Encuentro como que ha crecido. Es tan alto como Marcelo, tiene muy bonitos ojos castaños y una cabeza como la tuya, Dad; qué dan deseos de despeinarla toda.

“Cuando Marcelo comenzó a arreglar una maleta diciéndome que pensaba quedarse en Limache unos dos días, no te puedo describir el ataque de felicidad que me dio. Porque, en realidad, fue un ataque. Hay personas a quienes les da ataques de nervios, de llanto, de rabia; pues a mí me dio ataque de dicha.

“¿Quieres saber, papá, en qué consiste? Te puedes dar una idea pensando en un terremoto. Salté, brinqué, bailé, me subí arriba del escritorio de Marcelo cantando, mientras todos los perros me coreaban, ladrando desde afuera.

“Marcelo, muerto de la risa, apareció con el cordón de su bata de levantarse diciéndome que si no me sosegaba tendría que amarrarme, y que

ahora se daba cuenta exacta de la conducta de tía Melania.

“A las cuatro de la tarde salíamos en el coche de Marcelo; ahora tiene uno nuevo, azul. Pasamos a recoger a Miguel, que nos esperaba listo, y en seguida tomamos el camino a Valparaíso.

“Nunca había hecho ese recorrido, papá, y lo encontré lindo. De repente el auto está subiendo, tú no sabes cómo, y te encuentras entre cerros y cerros; después aparece un pueblo y de nuevo te metes en el camino con cerros a los dos lados. Hicimos un viaje delicioso. Miguel y Marcelo me llevaron chocolates y fueron muy cariñosos conmigo. Se reían a morir con los cuentos sobre tía Melania y Eduvigis.

“Llegamos a Valparaíso, y de ahí seguimos a Limache. Qué lindo está todo el campo, Daddy, y a esa hora en que el sol se pone dan deseos de quedarse tendida sobre el pasto hasta que llegue la noche.

“El camino de autos desemboca en la plaza de Limache. Como es verano, se veía mucha gente paseándose. Nos detuvimos un rato mientras Marcelo se bajó para averiguar si había hotel en Olmué. Como le dijeran que había uno muy bueno allá mismo, continuamos viaje y llegamos a los alrededores de tía Melania poco antes de las ocho de la noche.

“Ya habíamos discutido el plan muchas veces. Marcelo detuvo su coche frente a la puerta de reja, mientras Miguel y yo corríamos a la callejuela solitaria de atrás. Con él no tenía pizca de miedo.

“Estaba oscuro ya, Daddy, pero nada adverso había sucedido. Encontramos la escala de Pedro que yo dejé en el suelo. Miguel la sujetó contra la tapia y yo me subí. Por más que traté de que Miguel me siguiera, fue inútil; me dijo que primero tenía que saber Nora que él estaba allí. Entonces salté al huerto en los momentos que Capitán llegaba corriendo a lamerme las manos.

“Sigilosamente avancé a mi pieza. La ventana me esperaba abierta, me subí, y en dos minutos estaba en cama.

“Papacito, no quiero alargar más esta carta. Quiero que sepas que Miguel y Nora se quieren, y que es preciso que tú y todos los ayuden. Parece que Marcelo te escribirá, lo mismo a mamá, explicándoles la situación, y que si tú no puedes venir al matrimonio, él te reemplazará.

“Que dicha más grande es procurar a otros la felicidad. Lo he comprendido al ver a Nora y a Miguel.

“Hasta muy pronto, Daddy. Te voy a hacer una perchita encantadora para tus llaves con las herramientas de pirograbado que me mandaste para Pascua.

“Te besa tu

“PATRICIA”.

Miércoles 29.

Nora fue a la Caja de Ahorros en el coche de Nicolás; iba Eduvigis también, así que no me entusiasmó la idea de ir; además tengo mucho que escribir. Estoy atrasada.

La noche del sábado, cuando me sentí en mi pieza dentro de la cama, me pareció que todo lo sucedido era un sueño. Los minutos que pasaban se me hacían siglos, y ya me parecía que a Marcelo le había ido mal por su lado, cuando sentí los pasos de Nora y luego sus dos brazos que me rodeaban.

—Patricia, Patricia, ¿qué has hecho?

Y yo que siempre tengo tanta palabra no podía decirle nada.

—Vístete —siguió ella—, arréglate bien, mira que tía Melania te llama.



—¿Tía Melania?

—Tenemos mucho que hablar, pero lo más apurado es que te están esperando. Marcelo tocó la campanilla y pidió entrar a saludar a tía Melania y a nosotras. Cuando vino Eduvigis a llamarme, no te diré cómo llegué hasta allá; creía que a ti te había sucedido algo para que Marcelo hubiera venido. Me temblaban las piernas. Al entrar a la salita de la tía, Marcelo se adelantó a abrazarme y alcanzó a decirme bajito: “Patricia está en su pieza, no te alarmes”.

—Sigue contándome.

—Con mucha ceremonia explicó Marcelo que había tenido que venir por estos lados a visitar una mina, y acordándose de nosotras, pasó a saludar a tía Melania y a pedirle permiso para vernos. Por eso es que me llamaron y ahora te esperan a ti.

—Pero... ¿y el castigo?

—No sé, ella te mandó llamar.

Me vestí, me puse un traje bonito y me fui con Nora a la salita de tía Melania.

El muy pícaro de Marcelo le decía en ese momento:

—Usted se conserva muy bien; ¿se acuerda cuando la conocí hace años en Santiago, en casa de los Valdés?

Pergamino 1 movía la cabeza en señal de aprobación y contento.

Corrí donde Marcelo y, después de abrazarlo, me di vuelta hacia tía Melania, y dije con tono muy conveniente:

—Quiero pedirle perdón por el disgusto que le di ayer; estoy muy arrepentida y le agradezco mucho que me haya dejado venir a ver a Marcelo.

—Por lo que oigo —dijo mi gran amigo—, te has portado mal. No quiero saber qué has hecho ni en qué consistía el castigo. Yo pido perdón para ti y permiso para que entre todos nos comamos estos dulces que traje para Melania, siempre que ella nos convide.

Y le hizo un saludo tan gracioso a Pergamino 1, que ésta pareció halagada y contestó:

—Bien, por esta vez queda todo perdonado, y si a Nora le parece bien, convidaré a Marcelo a comer con nosotras.

—Me convido yo solo —dijo él—, y mientras ustedes se ponen bien bonitas, averiguaré sobre el hotel y vuelvo en seguida.

—Muchas gracias, tía Melania —dijimos las dos con Nora, y salimos juntas, casi corriendo.

Al llegar al final del corredor le dije a Nora:

—Sígueme y no hables.

Perfecta me siguió muda, y cuando nos encontramos junto a la tapia del fondo me abracé a mi hermana.

—Estoy tan contenta —dije—; ¿a que no sabes qué sorpresa te tengo? ¿Quién crees tú que está al otro lado?

Y antes que ella pudiera ni suspirar, llamé:

—¡Miguel!...

—Aquí estoy —contestó.

—Súbete, no hay cuidado. Aquí te tengo a Nora.

Y en un instante vimos aparecer en lo alto de la tapia la figura de un hombre. Era de lo más romántico a la luz de la luna. Por un instante pensé que el héroe podía quebrarse una pierna, así que le dije:

—Pasa la escala, Miguel, es mejor.

Subió la escala, y en seguida bajó hacia nosotras.

Capitán, a todo esto, vigilaba atento, pero no ladraba.

¡Dios mío!, todos los sustos que pasé, todas las dificultades que vencí, todo lo que me costó hacer lo que había hecho, me parecieron nada al contemplar la felicidad de esos dos seres que se abrazaron con un cariño tan grande. Yo los miré con un ojo, mientras a mi vez abrazaba a Capitán, temiendo que pudiera armar alboroto.

Los enamorados son muy especiales, no hay duda. Yo creí que Nora y Miguel tenían tanto que decirse, que les faltaría tiempo para hablar, y, sin embargo, ahí se quedaron los dos mirándose en silencio.

Le dije a Perfecta que yo me iría a vigilar que no vinieran Pergamino 2 ni la Tránsito, y que cuando sintiera llegar a Marcelo de vuelta del hotel se fuera a la casa. Le propuse a Miguel que le traería algo de comer si quería quedarse allí escondido y después ver otra vez a Nora. Pero ambos se opusieron. Quedó convenido en que Miguel se iría a comer al hotel, y no se verían hasta el día siguiente, pues, seguramente, Marcelo tendría pensado un plan.

Me llevé a Capitán, y habría andado tres pasos cuando me volví.

—Oye, Miguel —dije—, seguramente que le vas a dar un beso a Nora. Bésame a mí también. Nunca me ha besado un hombre de noche, así, a la luz de la luna, y quisiera saber cómo es.

El y Nora me abrazaron a un tiempo y me besaron los dos, mientras Miguel me decía emocionado:

— ¡Gracias, Patricia!

Me fui a la casa. Me peiné cuidadosamente y me senté en la pieza de Perfecta. Después de un rato sonó la campanilla de la calle, y poco después entró mi hermana. Me levanté al verla, y con ella de la mano fuimos frente al espejo.

—Mírate, Nora, mírate bien y mírame a mí. Eso quería saber y ya lo sé. Miguel me besó y estoy igual; en cambio, ¡tú! Mira tus ojos, Perfecta, cómo brillan, parecen estrellas. Dime, ¿qué se siente cuando se quiere?

—No puedo explicártelo —me contestó—; sólo sé decirte que esta felicidad que siento, a ti te la debo.

La comida fue muy alegre. Marcelo se encargó de alabar todo: el servicio, el caldo, el postre, la salud de tía Melania, y a Eduvigis le dijo también unas cuantas frases amables.

Resultado que, al despedirse, pidió permiso a tía Melania para llevarnos al otro día a almorzar con él al hotel, después de dar una vuelta en auto, y, por último, venir él a comer con nosotras otra vez.

Y como se inclinara a besar la mano de tía Melania, ésta le dijo amablemente:

—Mejor será que venga a buscarlas más temprano y las lleve a misa. Creo que yo me levantaré tarde mañana. Además, pueden demorarse en el paseo, así que se las confío por todo el día, Marcelo. Déjelas a comer con usted también y las viene a dejar después. Puede venirse a almorzar con nosotras al otro día si no regresa temprano a Santiago.

—Aceptado —contestó Marcelo—, y muy buenas noches a todas.

—Eres un ángel —dije al oído de mi amigo, mientras me despedía.

Esa noche Nora quiso que le contara todo mi viaje con todos sus pormenores, así que nos dormimos muy tarde, pero las dos muy contentas.

El domingo siguiente fue maravilloso. Poco antes de las once sonaba la bocina del auto. Entramos a despedirnos de tía Melania, y yo temblando hasta el último momento de miedo que cambiara de idea y no nos dejara salir.

Una vez dentro del auto, Marcelo me tapó la boca.

—Sé que deseas dar un grito, un solo grito de felicidad, pero no puedes darlo aquí; espérate que estemos lejos.

Inútilmente busqué a Juanito y a su mamá en la iglesia, pero no pude verlos.

El hotel donde están Marcelo y Miguel es de lo más simpático. Almorzamos bajo los árboles, y quien nos vio diría que éramos los seres más felices de la tierra.

Después de almuerzo, Perfe y Miguel se quedaron conversando, y Marcelo y yo nos fuimos andando hacia el cerro. El me contó lo que iba a hacer: escribir inmediatamente a mamá que venga para que Nora se case cuanto antes, y así mi hermana me lleve a su casa, mientras regresa el papá o ella.

Fuimos a Quilpué, al “Retiro”, a tomar el té. Qué lindo es. Yo no lo conocía. Tanto nos gustó que Marcelo propuso que nos quedáramos a comer ahí. Así lo hicimos.

Miguel dijo que ya había arreglado todo con Nora, y que apenas se casaran, si papá y mamá no regresaban todavía, él me llevaría a vivir con ellos.

—Yo quisiera irme a vivir con Marcelo y todos sus perros —dije—; él está solito, en cambio ustedes no necesitarán compañía. ¿Me quieres llevar?

—Cómo quisiera tenerte conmigo siempre —contestó Marcelo—, pero yo soy un viejo lleno de mañas.

—A mí no me importan tus mañas.

—Bueno, eso lo veremos —terminó él.

El regreso a Limache fue delicioso. Yo adelante con Marcelo y atrás los novios.

Vuelvo a insistir en que los enamorados son muy raros. A mí se me ocurre que yo le hablaría fuerte al hombre que quisiera para que todos oyeran lo que le digo y todos supieran que lo quería; creo que cantaría de gusto, qué sé yo.

Nora y Miguel no hablaban, o si hablaban era en sordina, no se les oía nada. En fin, ellos sabrán mejor.

Eran cerca de las once de la noche cuando llegamos a casa. Eduvigis nos esperaba. Nos dijo que tía Melania ya se había dormido, de modo que seguimos de largo a nuestras piezas.

Todo el día fue tan extraordinario, que aún me parece un cuento. Antes de acostarnos conversamos mucho con Perfecta.

Al día siguiente pasó Marcelo a preguntar por la salud de tía Melania y a despedirse de todas, porque se iba inmediatamente. Eduvigis nos dejó acompañar a Marcelo hasta el auto, que estaba en la esquina ex profeso, con Miguel adentro para que Nora pudiera decirle adiós.

—Ven a vernos otra vez, Marcelo —le grité cuando ya el auto partía.

No oí qué me contestó; sólo vi una mano que se agitaba cariñosa.

Jueves 30.

Perfecta está conmovida con lo que he hecho por ella. Me ha dicho que lo que han tratado Miguel y ella sólo podían haberlo hablado; por escrito habría sido poco menos que imposible.

Hoy día mi hermana ha pasado escribiendo largas cartas a papá y mamá.

Yo me siento feliz de haber contribuido a la felicidad de Nora.

Viernes 31.

Fui a ver a Juanito y pasamos un rato muy divertido bañando a un perrito chico que tiene ahora y que se llama Trompito. Le estamos enseñando a recoger la pelota. Cuando Juanito la tira lejos, Trompito corre y se la trae en el hocico. Tuvimos un repaso de música de organillo, y, a pesar de lo desafinado y de las notas que se pegan y que de repente salen todas juntas, nos entretiene muchísimo.

Febrero — Sábado 1º.

No tengo deseos de escribir. ¡Hace un calor!...

Domingo 2.

Esta mañana Pergamino 1 mandó llamar a Nora para decirle que podíamos ir a misa las dos con Eduvigis, siempre que yo le prometiera portarme bien.

Cuando estuve lista para salir, Perfe me dijo muy seria:

—No lo tomes a mal, Patricia, pero el único medio de que tú no hables es cerrarte la boca. Ya lo tengo pensado. Le diré a Eduvigis que te diste un golpe y que te partiste el labio. Yo te voy a poner una tira de tela adhesiva; no grites..., si es

un pedazo chiquito..., que te mantenga los dos labios juntos sin abrirlos.

—Te crees tú... —alcancé a decir.

—Sí, me creo —siguió Nora tranquila y serena—. Te conozco demasiado. No será una, serán cien las palabras que se te ocurrirá decirles a Nicolás, a Eduvigis, al camino, al coche, a los perros, a los árboles, a cuanto ser encuentres.

—Es que...

—Sí, comprendo; pero es el único modo de ir, a no ser que prefieras quedarte. Y a mí me gustaría mucho que vinieras conmigo a la iglesia. Tenemos tanto que rezar las dos.

Esas palabras de Nora y el tono con que las dijo eran suficientes para provocar la rendición de un ogro.

—Oyeme, Nora —supliqué—, te prometo formalmente no hablar palabra, ni una sola, desde que salga hasta que regrese. Me vendaré la mano derecha y colgaré mi brazo para recordarme todo el tiempo de mi promesa; pero, te lo ruego, no me pongas ese parche.

—¿Me lo prometes de veras? —preguntó Nora algo dudosa.

—Sí —dije—, te lo prometo de veras.

Entonces vendé mi mano y la colgué de un pañuelo.

Al poco rato salimos y subimos al coche, que partió al momento. ¡Qué razón tenía mi hermana! Jamás en mi vida había tenido más deseos de hablar. Empezando por Nicolás, que se había puesto una manta nueva de todos colores, pero tan cortita,

que apenas le tapaba los hombros. Cuando me vio me saludó asustado:

—¿Qué le pasa a la señorita?

Por respuesta, la explicación de Perfecta sobre un golpe, una herida, etc.

Luego Eduvigis, enfundada en sus hábitos negros, se sentó frente a nosotras.

En el camino encontramos un piño de ovejitas; la lengua me daba vueltas y vueltas dentro de la boca: ¡qué martirio! Quería gritarles alguna cosa, porque me gustan tanto las ovejas.

Llegamos a la plazoleta de Olmué y al lado afuera de la iglesia había un grupo de jinetes; tres o cuatro niñas en traje de montar y una media docena de muchachos bien "cacharpeados". Altas botas de charol negro con colgajos de cuero, pañuelo de seda de color, chaquetita corta blanca con doble hilera de botoncitos en la espalda; encima, una manta de tejido fino a rayas de colores vivos y el sombrero de paño de ala tiesa con sus borlas de lana multicolor cayendo graciosas a un lado.

Se sacaban las espuelas, lindas rodajas de plata brillante; lo mismo hacían todos los otros "huasos" que venían a misa de los campos y alrededores. Señal de respeto al templo. Uno de los muchachos, al verme pasar por su lado, dejó sus espuelas y me miró. Vi unos grandes ojos oscuros llenos de asombro, fijos en mi brazo vendado. Instintivamente puse cara de dolor para significar que tenía el brazo quebrado.

A la salida de la iglesia estaban todos afuera. El joven que me miró volvió a buscarme, y ¡era tan simpática su expresión de lástima!

Como yo me detuviera un momento y Nora desde adentro del coche me tomara de un brazo, él se sonrió amablemente y de un modo muy gentil me hizo un saludo con su bonito sombrero de borlas multicolores.

Seguramente que irá a misa este otro domingo; entonces lo volveré a ver.

Cuando ya de regreso en casa me saqué la venda, le dije a Nora:

—Sólo por ti fui capaz de esto, pero nunca más.

Nora me abrazó.

Lunes 3 — Martes 4 — Miércoles 5.

Tres días presa de una flojera indecible. Incapaz de nada. ¡Y un calor! Creo que el sol se ha dedicado a quemar este pueblecito poco a poco.

Jueves 6.

En el almuerzo de hoy, tía Melania anunció que el próximo domingo iríamos a Limache a la fiesta de la Virgen de las 40 horas.

—Pero yo tengo que ir a la parroquia de Olmué —dijo.

—¿Tengo?... —contestó Pergamino 1—; en esta casa se hace lo que yo mando.

—Eso ya lo sé —contesté— y...

—Patricia —interrumpió Nora—. No le has mostrado a tía Melania tu linda colección de sellos... Papá le compró los álbumes y son preciosos. Yo creo que le gustaría verlos —terminó dirigiéndose a Pergamino 1.

¡Oh Dios mío! Si no fuera por Nora..., tiene un tino para nombrarme a papá o mamá en los momentos más difíciles, y así consigue que me refrene y me calle. A mi grandísimo estupor, tía Melania habló así:

—Ciertamente que me gustaría verlos. Es lo único que me ha gustado siempre, porque Juan era muy aficionado a los sellos. Tengo guardada su colección. Algún día, si te portas muy bien, te la mostraré, Patricia.

—Muchas gracias —contestó Nora—. A mí también me gustaría verla.

Y mi hermana me miró fijamente. Y en sus ojos leí lo que sigue: "Por favor, Patricia, da las gracias".

Entonces yo sonreí con la sonrisa que tenía ensayada y guardaba para el muchacho de los ojos negros y de las espuelas de plata y dije con mi voz más amable:

—Tía Melania, le doy las gracias por su ofrecimiento y le prometo portarme muy bien para merecerlo.

En ese instante Nora se servía el postre, y, pasándome su plato, me dijo:

—Toma también mi postre, Patricia, yo he comido mucho hoy día.

Comprendí perfectamente que no sabía de qué modo agradecerme que hubiera sido tan gentil.

En la tarde, solas las dos en mi pieza, Nora, riéndose con ganas, me dijo:

—Chiquilla insoportable. Tuve que decirle a tía Melania que yo también quería ver la colección, porque si te dejo sola, capaz eres de comerte los sellos de Juan para hacerla rabiar.

¿Cómo es que Nora me conoce tan bien?...

Sábado 8.

Día de la ropa. Llegada de la lavandera y palabreo con Eduvigis. Toda nuestra ropa estaba muy ordenada sobre el sofá en la pieza de Nora. Mi hermana acompañaba a tía Melania; entonces pensé darle una sorpresa guardando yo toda la ropa. Pero sucedió algo tremendo. Apenas vi las sábanas blancas, mis camisas de noche, las de Perfecta, mis lindos pañuelitos, todo aquello limpio, doblado, hermoso, no sé qué espíritu de maldad se apoderó de mí y comencé a disparar por toda la pieza, a uno y otro lado y una por una todas las prendas de ropa.

Luego quedó todo sembrado, en un tremendo y conmovedor desorden.

Sentí los pasos de Nora y luego la vi detenerse en el umbral, muda de asombro. Yo la miré desafiante. Por un instante contempló la pieza, y,

abriendo sus brazos, dijo muy suave, como en un suspiro:

—Ven, Patricia.

Corrí donde ella. Yo esperaba que me hubiera dicho cualquier cosa, menos ese llamado.

Me estrechó un rato contra su pecho, hablándome al oído:

—Anda a ver a Juanito, llévale unas rosas blancas y unos duraznos de esos grandes, bonitos. Quédate allá un rato largo. ¿Por qué no lo paseas tú en su coche nuevo? Dile que tú harás de caballito.

Así lo hice. Jugué mucho con el niño. Lo llevé por toda la quinta y por el potrero vecino tirándolo en su cochecito. El manejaba las riendas gritando de gusto.

Volví a casa rendida. ¿Sería eso lo que deseaba Perfecta? Seguramente, porque apenas concluí de comer me acosté y me dormí. Ella había guardado toda la ropa y no volvimos a hablar del asunto.

Lunes 10.

Ayer no pude escribir porque llegamos tarde y yo muy cansada. ¡Fue un día tan distinto! Desde las nueve de la mañana estaba Nicolás con su coche esperando.

—Mira —dije a Nora antes de salir—, no necesitas hoy recomendarme buena conducta. Amanecí santa, completamente santa; pero eso sí que sin mérito propio; no hablaré nada, no por sacrificio

ni por convicción; no hablaré nada más que porque no tengo ganas.

—Bien —contestó Nora—, lo celebro mucho.

A pesar de su tono serio, tenía los ojos risueños y pícaros.

Tía Melania y Nora se sentaron atrás en el coche, al frente yo y Eduvigis, y junto al cochero, Pedro, el jardinero. Al verlo tan elegante con su traje de día domingo, me dieron deseos de hablarle y en eso me acordé de que había dicho yo misma que no quería hablar.

El coche tomó el camino de Limache. A medida que nos acercábamos al pueblo, notábamos un gran movimiento. Carretelas llenas de gente, familias enteras a caballo, coches de todos los estilos posibles y muchos hombres y mujeres a pie hacia el mismo destino.

La plaza del pueblo de Limache estaba ya completamente llena. Por los cuatro costados circulaban los vehículos depositando sus pasajeros frente a la iglesia, que tenía sus tres puertas totalmente abiertas.

¡Qué aire de fiesta! Al lado de la pobre iglesia de Olmué, la de Limache parecía una catedral.

En las gradas de la entrada, hacia un costado, había un grupo de “huasos” y “huasas” auténticos. Me detuve a mirarlos con gusto y entonces contemplé el entusiasmo de todo un pueblo por la Santa Virgen de su devoción.

Llegaban y llegaban coches, micros, automóviles, carretelas, caballos; todo un conjunto de colores alegres, de brillo de metal, de cuero relustra-

do, de cuentas de rosarios; un ondear de faldas sobre los zapatos nuevos de charol, un moverse de blusas almidonadas, de camisas limpias y cuellos de hombres, que se usan muy raras veces; colorido de las mantas nuevecitas para la ocasión; brochazos de color, rumor de vocerío distinto al de todos los días.

Me hubiera gustado quedarme afuera mirando, pero ya tía Melania entraba a la iglesia.

Me sobrecogió entonces la fe de toda esa gente. El templo era una ofrenda de flores: guirnaldas blancas colgaban a lo largo de sus columnas, y el altar mayor estaba cubierto de albos pétalos. Hacia el lado derecho, sobre unas andas, listas para la procesión de la tarde, descansaba la imagen venerada.

La estatua, de 1,20 metro más o menos de altura, es de madera, y está revestida con ropas bordadas con hilo de oro. Tiene dulzura en su rostro y las manos en actitud de acariciar.

En el suelo, al frente de la imagen, había una caja enorme como un baúl, con una ranura en la tapa, donde los fieles depositaban sus limosnas.

Comenzó la romería de los que venían a pagar sus “mandas”, la mayoría de todo un año. Dos carabineros al lado de la imagen conservaban el orden.

Muchas mujeres entraban descalzas y dejaban su ofrenda al pie de la estatua, mientras sus labios repetían una plegaria ferviente. Hombres con sus niños en brazos se acercaban a la imagen y se hincaban con devoción. Vi entrar una enferma acos-

tada sobre una camilla. Tenía en su rostro pálido la luz de esa fe que transporta las montañas.

Yo recé con fervor por papá y mamá, y por Nora y Miguel.

A la salida de misa casi me caí de emoción. Mi "huasito" del domingo pasado estaba con el mismo grupo que el otro día. ¡Qué bien se veía con su manta de colores y su sombrero de borlas! Aprovechando el gentío, me aparté del lado de Nora y pasé junto al muchacho de los ojos negros y de las espuelas de plata. En ese momento me di cuenta de que toda la semana sólo había pensado en él y sólo había deseado volverlo a ver.

Pasé junto a él, que me miró fijamente. Pero fue cosa de un segundo; dio vuelta la cabeza y se puso a hablar con una chiquilla que se me antojó la más antipática de la tierra.

Fui donde Nora y le dije casi en secreto:

—Te suplico por lo que más quieras, ven conmigo un momento.

Mi hermana convenció a tía Melania de que tomara asiento en un banco de la plaza, y se alejó tomada de mi mano.

—Perfe, no sabes lo que me pasa; pero ¿ves ese grupo allí a ese lado?... mira ese muchacho que se ríe, sí..., ése; pues, ven conmigo, quiero cerciorarme de si se acuerda de mí.

—Pero ¿dónde lo conociste? —preguntó Nora.

—El domingo pasado en Olmué a la salida de misa, él se rió y...

—No seas loca, Patricia, tú...

Pero ya estábamos cerca. Volví a pasar junto a él. Se montaba a caballo en ese momento. Miró hacia nosotras como si nunca nos hubiera visto.

—Mira —dije a Nora, mientras la arrastraba para otro lado—, ¿te das cuenta de la inconstancia de los hombres?

Perfecta soltó la risa:

—Inconstancia de los hombres —repitió—; pero ¡qué dices, criatura!

—Tienes razón, Perfe, ahora me doy cuenta de lo que le llamó la atención. Yo me sentí feliz porque creí que era a mí a quien había mirado el domingo y que me encontraba simpática, pero... ahora veo que fue mi brazo vendado. ¿Qué puedo hacer, hermanita? Me gustaría que alguien se fijara en mí. ¿Es que tengo que vendarme otra vez?

—No hay necesidad —contestó Nora—, ya verás: desde ahora puedes hablar...; ahora sé por qué no querías decir palabra.

Encontramos que tía Melania y Eduvigis conversaban amigablemente con el doctor don Diego. Este trataba de convencerla de que nos quedáramos todas a almorzar con él en Limache. Tía Melania resistía, pero al fin cedió. Yo di un brinco de alegría y detuve a un hombre que pasaba llevando una jaula con un loro de esos que sacan papelitos con la suerte.

—Déme cuatro para señoritas y uno para caballero.

Don Diego se reía y recibió su papelito de color amarillo.

Les di uno a tía Melania, a Eduvigis y a Nora. Eduvigis lo rompió diciendo:

—Qué tontería más grande.

Nora abrió el suyo y leyó fuerte:

“Muy pronto serás feliz; has pasado por una época de mucha preocupación, pero todo terminará bien. Ya viene tu jinete adorado a rescatarte y coronarte como su princesa. Te llevará lejos y te rodeará de amor”.

—Yo quiero leer el mío —dijo don Diego—: “Eres un hombre de mucha suerte. Te aman tres mujeres diferentes, pero no te casarás con ninguna; las tres morirán de amor por ti. Harás un largo viaje y a tu regreso te casarás con una morena y tendrás un hijo que será famoso”.

—El mío, el mío —dije abriendo mi papelito verde—: “Te amenaza un grave peligro. Manos tenebrosas tejen a tu alrededor intrigas horribles. Serás valiente; cual nueva Judith, cortarás la cabeza a tu enemigo y recobrarás la libertad. Un hombre te quiere desde lejos y vendrá a salvarte. No temas, encontrarás un tesoro oculto y tendrás mucho dinero”.

Al leer la frase “cual nueva Judith”, dirigí una mirada a Eduvigis, pero ya la mano de Perfecta se apoyaba cariñosamente en mi hombro.

—Lea el suyo, Melania —insinuó don Diego. Y a nuestro gran asombro, ella pasó su papelito a Nora.

—Léelo tú —dijo.

Y mi hermana leyó:

“Su vida ha sido llena de vicisitudes y sobresaltos, pero ahora reina una gran calma a su alrededor. Se casará pronto y tendrá catorce hijos. Pero no se descuide; alguien a su lado teje planes de desolación y muerte; alguien que no la quiere bien; tiene piel de cordero y corazón de tigre. Sin embargo usted triunfa de todas esas maquinaciones y se reúne con el único amor de su vida”.

—¡Qué lindo!... —grité—; tía Melania nunca nos ha contado de sus catorce hijos.

Creí que Pergamino 1 se enojaría, pero, cosa asombrosa, me contestó:

—Tampoco tú me has dicho quién es ese señor afortunado que vendrá a salvarte.

—Ya no vendrá nadie —repondí—; acabo de palpar la cruel inconstancia de los hombres y no me casaré nunca. El único amor de mi vida me ha sido infiel.

Don Diego rió de buenas ganas y sentándose al lado de tía Melania dijo:

—Ustedes dos, niñas, vayan a dar una vuelta por la plaza, vale la pena ver esto. Yo me encargo de buscar a Nicolás y decirle que se quede en el pueblo hasta la tarde.

Nora y yo nos alejamos entre la multitud. Era un espectáculo curioso. Puestos de frutas al lado de otros que vendían rosarios e imágenes. Un turco vociferaba cerca de la fuente del centro gritando su mercadería: desde cordones para zapatos hasta corbatas.

En cada banco había alguna familia instalada para quedarse allí todo el día. Venían de muy lejos

algunas; tal vez es el único viaje que hacen al pueblo en todo el año. La mujer se nota que está incómoda dentro de la falda más larga que la acostumbrada, con su blusa reluciente de almidón. A su lado los niños que miran todo con asombro y un gran canasto donde han traído el almuerzo. El hombre, de pie, importante dentro de sus "aperos" de domingo, se siente "alguien". El también ha traído a su familia a la fiesta y todos están felices. La plata le ha alcanzado para todo; la mujer tiene un prendedor nuevo de piedras enormes, rojas; los niños, globos y remolinos de papel; él se ha comprado un pañuelo de color y en el bolsillo lleva para su madre, la viejita que se quedó en el rancho, allá detrás de los cerros, una imagen de la Virgen bendita.

Las dos hemos presenciado todas esas compras y hemos gozado de sentir la satisfacción del hombre.

Y ahí hay muchos grupos; gentes sencillas, campesinas, con una gran fe en la Santa Virgen que se venera en Limache, a quien recurren en todas sus aflicciones y a quien vienen a ver fielmente una vez al año a pagar la promesa que han hecho pidiendo su protección.

Nos encaminamos a la casa de don Diego, que queda a dos cuadras de la plaza.

La casa es bien simpática. La quinta es chica, pero bien tenida.

—A ver —dije al entrar—, muéstrenos el retrato del hijo famoso que dijo el papelito de la suerte.

—Ojalá lo tuviera —me contestó—. No me casé nunca, sólo tengo sobrinos.

—A mí también me pasará lo mismo —dije mirando a Nora—. Estoy desengañada de los hombres.

El almuerzo fue muy agradable; descansamos bajo el parrón hasta que sentimos las campanas de la iglesia llamando para la procesión de la tarde.

Volvimos a la plaza, que estaba de nuevo repleta de gente. La procesión fue de mucho recogimiento. Hombres y mujeres cantaban himnos religiosos. Yo también me uní a ellos cantando con todas mis fuerzas. Cuando pasó cerca de nosotras la imagen de la Virgen, Nora y yo le arrojamos rosas y jazmines que habíamos cortado del jardín de don Diego. El dulce rostro de la estatua parecía sonreírnos.

Al poco rato tía Melania dijo que había que regresar antes que se hiciera muy tarde.

—Has cantado muy bien, Patricia —me dijo.

—Gracias, tía Melania —contesté—, cuando quiera le canto.

—Dios nos libre —refunfuñó Eduvigis.

—De usted nos libraré, amén —exclamé.

Y al subirnos al coche, Nora me dijo bajito:

—Por favor, Patricia, pórtate bien.

La tarde estaba preciosa, el verde de los campos parecía pintado; al pasar el puente que comunica los dos pueblos de Limache, era tan fresco el aire y tan hermosa la luz jugando en la agüita del estero, que me dieron unos deseos locos de correr, de ser libre.

—Tía Melania —dije con tono muy respetuoso—, yo le hice una manda a la Virgen de Limache.

—Me parece bien, pero ¿en qué consiste esa manda?

—Le prometí venir a pie a su santuario dos veces por semana durante todo el tiempo que este-mos en Olmué.

En realidad se me ocurrió en ese momento y solamente porque me pareció ser el único medio de poder salir de mi encierro. Pero las tías parece que saben mucho, porque Pergamino 1 me contestó en seguida:

—Esa manda no podrás cumplirla, porque yo no te dejaré hacerla; así es que harías bien en cambiarla por otra.

Me eché para atrás en el coche y cerré los ojos, porque si los llevo abiertos no sé lo que habría hecho. Todo en el camino parecía llamarme. Los árboles me hablaban para que me bajara del coche; los cerros, que se habían teñido de azul oscuro, me conversaban cosas que yo no más entiendo; el polvo que levantaban los caballos era como una nube que me hiciera señas, y el cielo, tan hermoso, me convidaba, me convidaba...

Esa noche me acosté apenas comimos y Nora se sentó a mi lado hasta que me dormí.

Martes 11.

No ha sucedido nada.

Miércoles 12.

Hoy día se murió un pollo.

Jueves 13.

Después de almuerzo llegó una carta por vía aérea, de la mamá para Perfecta. Ella se encerró a leerla y después de un rato me llamó a su lado.

La carta de mamá es muy cariñosa. Dice que recibió la de Marcelo y la de Nora, que comprende perfectamente la situación y que ella está de acuerdo; le ha enviado una carta aérea al papá a Suecia, preguntándole si puede regresar; que de todos modos comenzará a ocuparse del ajuar de Nora y ella misma lo traerá de Buenos Aires; que estará de vuelta en Chile a fines de marzo para que el matrimonio sea en abril; que por este mismo correo les escribe a Miguel y a Marcelo; que nosotras nos ocupemos de la ropa de cama si podemos; en caso contrario, que le avisemos para hacerlo ella.

Son buenas noticias; sin embargo, al concluir de leer la carta, Perfecta me abrazó, porque debe haber sentido que mi corazón latía tan fuerte y que algo me cosquilleaba los ojos.

Viernes 14.

Nora le contó a tía Melania lo que mandaba decir la mamá y le pidió autorización para ir a Valparaíso a comprar género para las sábanas y mandarlas bordar. Ella accedió a todo, así que hoy fue Nora con Eduvigis al pueblo a la Caja de Ahorros. Aproveché para escribirle al papá.

“Querido Daddy:

“Ya sabrás por carta de Nora todo lo sucedido ahora último. Acabamos de recibir contestación de mamá y se muestra muy gustosa de que el matrimonio de Nora y Miguel se efectúe luego. Espero que a ti te parezca bien y puedas venir.

“No puedo dejar de escribirte, porque tengo mucha pena. Cuando se case Perfe, ¿qué va a ser de mí? ¿Lo has pensado, Daddy? Supongo que me iré con mamá, si es que tú no puedes regresar todavía. Me da frío sólo de imaginarme que me dejen sola aquí. Pero eso no lo harán, ¿verdad?

“Te contaré mi primera experiencia de amor. Vi a un muchacho muy simpático, de ojos negros relucientes, y me sentí cautivada, creí que él se había enamorado de mí, así, al momento, de esos amores fulminantes a primera vista; me duró el amor una semana, porque tuve que convencerme de que los hombres son infieles e inconstantes. Ya te contaré cuando te vea. Tráeme un novio de Europa, si puedes.

“Te abraza y te besa 50.000.000.000 de veces

“PATRICIA”.

Sábado 15.

Tía Melania amaneció algo resfriada y no se levantó. Perfecta fue a hacerle compañía. Y sucedió que durante un rato que Nora y Eduvigis estaban con la tía se me ocurrió investigar por qué una puerta que queda al lado de la salita de tía Melania siempre está cerrada.

Me deslicé a la cocina y le pregunté a la Tránsito con todo disimulo si esa pieza era para alojados.

—No, señorita Patricia —me dijo—, esa es la pieza sagrada; era el dormitorio del señor don Juan y la señora lo conserva con todas sus cosas tal como él las dejó.

Esta noticia me ha llenado de misterio. ¿Qué habrá allí? ¿Cómo poder entrar? ¿Quién tendrá las llaves?

Domingo 16.

No hubo misa hoy, porque a la perla de Eduvigis le dolía un pie.

Pasé toda la tarde con Juanito tocando el organillo.

Martes 18.

Ayer lunes fuimos con Nora a Valparaíso en un tren de la mañana. Compramos género de hilo

para sábanas y fundas, y las mandamos bordar. Elegimos unos diseños bien sencillos, pero de lindo efecto.

Almorzamos en un restaurante nuevo que hay en la estación del Puerto. Yo me sentía feliz. ¡Qué alegría salir así con mi hermana sin los Pergaminos!

Después volvimos a las tiendas. Yo compré material para bordarle unos pañuelitos a Nora.

Tomamos el tren de regreso cargadas de paquetes. También traíamos unas mermeladas para tía Melania.

Cuando se las dimos, se demostró muy complacida y le dijo a Perfecta que ella autorizaba que viniera a verla Miguel algún domingo el próximo mes.

Nora no supo qué decirle; a mí me dio tanto gusto, que me adelanté y le di un abrazo a tía Melania.

—Muchas gracias —le dije—, es usted muy buena.

En ese momento entraba Eduvigis y murmuró entre dientes:

—¿A qué?..., a la señora no le gustan esas demostraciones.

—Usted se calla —le dije enfurecida, saliendo de la pieza.

Miércoles 19.

Hoy muy temprano llegó una carta de papá, vía aérea. Dice que contesta a Nora al momento,

que aprueba con mucho gusto su matrimonio, instándola a esperar unos dos meses más, hasta su regreso, pues, dado el carácter científico de tan alto interés de las clases a que asiste y de las conferencias que él mismo tiene que dar, le es completamente imposible adelantar su viaje de vuelta. Viene un párrafo para mí: "Dile a Patricia que me hace mucha falta en estos momentos. Mi ayudante ha quebrado dos tubos de ensayo en un trabajo igual al que hicimos los dos en mi laboratorio el año pasado. Cuéntale que al fin resolví el asunto del famoso bacilo que a ella le causaba tanto horror".

Qué gusto sentí al leer estas líneas. ¡Cómo me gustaría estar trabajando con el papá!

Mi resolución de hoy será: coleccionar insectos para descubrir un veneno rapidísimo capaz de causar la muerte instantánea de Pergamino 2.

Jueves 20.

Le encargué a Pedro una tablita de madera bien cepillada y le di las dimensiones. Quiero hacer una repisa para libros con mis instrumentos de pirograbar; será mi regalo a Miguel.

Viernes 21.

Nora ha cosido todo el día y yo he pasado leyendo sentada a sus pies. De vez en cuando la miraba para decirle:

—Te quiero mucho, Perfe.

Ella me besaba sin decirme nada y las dos nos reíamos.

Sábado 22.

Encontré en el túnel una cartita de Juanito que dice: “¿Por qué no has venido estos días? Estoy tan solito”.

Inmediatamente salté la tapia y lo busqué. Lo habían llevado a otro lado, donde hay más sombra.

Me abrazó y besó con tanto cariño, que sentí pena de no haber ido a verlo todos los días.

—Creí que estabas enferma, Patricia —me dijo.

—¡No!, Juanito, es que tengo que contarte una cosa. Mi hermana se va a casar y estamos cosiendo unas ropas lindas y...

—Oye..., ¿y tú te vas a casar también?

—Sí —contesté riéndome—, me voy a casar contigo, Juanito; esperaré que estés grande y te mejores. A no ser que yo esté muy vieja y tú no me quieras.

—Yo te querré siempre, Patricia.

Y en vez de decirme esto en son de broma, la voz del niño estaba llena de emoción y sus ojitos llenos de lágrimas.

—Ahora mismo nos vamos a casar —dije, para hacerlo reír—. Voy a cortar un ramo de flores para la novia.

En ese momento venía la mamá del niño y él le dijo:

—Mamacita, me voy a casar con Patricia, porque su hermana se va a casar luego, y yo quiero que ella se quede conmigo...; aunque quién sabe si nunca me voy a mejorar...

—Las cosas tuyas, Juanito —le interrumpí—; si supieras lo que me mandó decir mi papá en una carta; yo te voy a recortar el pedazo y te lo mando para que tú mismo lo leas.

—¿De veras? —gritó el niño, batiendo sus manitas.

La señora me miró con tanta dulzura, comprendiendo todo.

Me he puesto a escribir con todo cuidado, con una letra diferente a la mía, lo siguiente:

“Lo que me cuentas de tu amiguito es sólo una enfermedad pasajera, seguramente debida a debilidad general. No hay cuidado ninguno, es cuestión de tener paciencia por unos meses. Yo llevaré a mi regreso a Chile un remedio excelente, que recién se conoce aquí en Europa y que cura esas debilidades infantiles.

“Dile en mi nombre que antes de dos meses, tomando este remedio que yo le llevo, podrá levantarse, andar y correr como cualquier niño.

“Como tú me dices que está haciendo un álbum de estampillas, le mando estas dos de Noruega, que son muy valiosas”.

La hoja de papel, cortada en la mitad, como si la carta continuara, la coloqué en el túnel.

Domingo 23.

Después de almuerzo fui al túnel y encontré la siguiente carta:

"Hijita querida: Dios premie su buen corazón y la alegría que ha causado a mi hijito con el párrafo de la carta hecha por usted. Como no he podido hablar con usted a solas por temor de que Juanito se intranquilece más, usted no sabe cuán triste estoy y cuán preocupada con la salud del niño.

"El médico estuvo la semana pasada, y, sin encontrarlo peor, se nota que no ve la mejoría que esperaba. En cambio me advirtió que el niño estaba sumamente sensible y había que evitarle todo aquello que le causara la menor preocupación y tratar de distraerlo y rodearlo de excesivo cariño y cuidado.

"Por eso le agradezco tanto lo que usted hace por mi Juanito y la llamo así, hijita, para demostrarle qué gratitud y amor guarda para usted el corazón de esta desgraciada madre.

"Ahora él está muy contento con lo que dice la carta y se demuestra confiado sólo en la llegada de su padre, con el remedio anunciado.

"Le abraza con todo cariño la

"MAMÁ DE JUANITO".

Le leí esta carta a Nora y las dos resolvimos no dejar pasar un sólo día sin ir o al menos sin colocar algún mensaje en el túnel para el niño.

Jueves 27.

Ayer le llevé a Juanito un cuaderno nuevo muy bonito que yo tenía para mí. Es especial para los sellos de Chile.

Me costó mucho decidirme a dárselo, me gustaba tanto, pero, ¡cosa bien rara!, cuando vi su carita iluminada de alegría, se me olvidó todo el sacrificio que hacía y me sentí feliz yo también.

Resultado, que en la tarde me trepé al peral y reflexioné sobre lo sucedido, sacando por consecuencia que aquello que se hace con sacrificio procura mayor dicha. Por lo tanto, la muerte de Pergamino 2 no sería para mí motivo alguno de alegría, puesto que no me costaría nada procurársela.

Final: dejaremos que siga viviendo en paz.

Hoy pegamos diez sellos en el álbum de Juanito.



Viernes 28.

Día de calor horrible. Día de cartas. Una para mí, de Marcelo; otra para Nora, de Miguel. No quiero escribir más.

Esto de estar de novios es muy divertido. Ayer me fijé que Nora leyó la carta de Miguel y se quedó muda, mirando lejos, con esas miradas vagas que no miran nada.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Suspiró sin contestar.

—Te has quedado como una estatua. ¿Que ya no te quiere Miguel?

—Sí me quiere.

—Entonces...

—¿Entonces qué?

—Que te quedas ahí sin decir nada, como si hubieras leído una noticia triste.

—Es que tú no entiendes, Patricia. Una carta de amor..., bueno, no sé explicarte bien. Cuando tú recibas una carta así me vas a comprender.

—Qué te voy a comprender, Perfe. Lo que es ahora eres una copia exacta de esas heroínas de la Edad Media. A ver, sé buena conmigo, súbete arriba de la cama.

Nora obedeció, entonces continué:

—Guarda silencio, no digas nada, acércate aquí hacia los pies, afirma tu cabeza en la mano derecha. Yo voy a convertir esto en una torre.

En dos minutos rodeé a Nora de almohadas y cojines, le coloqué sobre la cabeza una camisa de dormir celeste como si fuera un velo flotante.

Traje una sábana de baño y la puse sobre dos sillas y me monté encima después de haber enmarañado mi pelo y de haberme arreglado unos pantalones cortos con mi falda azul.

—Rosalinda —exclamé con tono enronquecido—, baja de esa torre lúgubre, aquí estoy yo para llevarte en mi corcel veloz.

Nora, siguiendo la farsa, alargó una mano mientras decía gimiendo:

—Siete perros y siete cadenas me aprisionan, gentil caballero.

Las dos hablábamos fuerte, de modo que ninguna oyó que golpeaban la puerta, y como yo tengo una estrella tan especial que me hace hacer y decir cosas justamente cuando no debo, se abrió la puerta de golpe en el momento que yo daba un salto formidable en mi corcel, blandiendo en alto un quitasol cerrado y exclamando con ira incontenible.

—Mueran los perros y...

La punta del quitasol se detuvo a milímetro y medio de la nariz de Pergamino 2, que entraba en la pieza.

No dijo nada, no pudo, creo que no le salió la voz. Antes de que nos diéramos bien cuenta de lo que pasaba, había desaparecido. Minutos después decía desde afuera:

—La señora las espera.

Sumisa, me tomé de la mano de Nora y fuimos a la salita de tía Melania.

—Ya esto no tiene nombre —comenzó a decir irritada—. Eduvigis me ha dicho que esta criatura la ha tratado de perro.

Nora colocó su mano sobre mi boca muy a tiempo, porque ya la tenía abierta para contestar unas cuantas cosas bien dichas.

—Yo le explicaré, tía Melania —dijo—, pero antes permita que Patricia vaya a mi pieza a ordenar unas cosas que dejó en el suelo.

Tía Melania asintió con la cabeza, mientras Nora me empujaba con dulzura, pero con firmeza, hacia la puerta.

No me fui a la pieza, me fui al huerto y me subí a mi querido peral y desde allí le pregunté a Dios si una de las plagas de Egipto era Eduvigis.

Luego me puse a reflexionar de qué modo podría yo permanecer completamente quietecita, porque, honradamente, deseo ser buena en el sentido de bondad de ambos Pergaminos, que consiste en no hacer nada, nada. Llego a creer que esas dos ni respiran.

Encontré una solución; entonces me bajé del árbol y me fui a la pieza de Nora, ordené todo y me senté a esperarla.

Poco después llegó; traía la carita lacre y los ojos..., bueno, es difícil explicar, pero con esa mirada de cuando se llora para adentro.

—Dímelo todo —dije—, dímelo.

—Por primera vez —me contestó— me siento desanimada. Te juzgan tan mal, hermanita, no te comprenden.

Y aunque hacía esfuerzos enormes, dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

No sé de dónde saqué serenidad para decirle:

—Por favor, no llores, Pefecta, porque es lo único que yo no puedo soportar. No te aflijas; ya estuve en mi torre, donde me inspiró de ideas maravillosas, y desde el lunes nadie tendrá nada que decir de mí. Además, ahora mismo iré a pedirle perdón a tía Melania; no sé de qué tengo que hacerme perdonar, pero...

— ¡Patricia! —exclamó Nora.

—Es que por ti soy capaz de dejarme comer viva.

Y antes que ella pudiera sujetarme, ya iba en camino a la salita de Pergamino I. Golpeé la puerta y entré. En un rincón alcancé a divisar a Eduvigis que doblaba unas piezas de ropa.

Tomé un piso bajo, lo acerqué al sillón donde estaba la tía, que me miraba como si fuera yo un fantasma de verdad, me senté y dije muy pausadamente:

—Tía Melania, vengo a pedirle perdón por lo que sucedió esta tarde. Yo quiero que usted sepa que nunca he tenido ni tendré deseos de molestarla; lo que sucede es que yo tengo mala suerte para todo. Mi hermana ya le habrá explicado que estábamos jugando las dos cuando entró Eduvigis.

—No veo qué necesidad tienes de jugar a tu edad. Jamás he visto criatura como tú; un verdadero torbellino.

—Tía Melania —interrumpí—, es que nunca ha conocido usted ninguna otra criatura; las hay mucho más torbellinos que yo, verdaderos huracanes.

—¡Dios nos libre! —exclamó Eduvigis.

Al oír esa voz, la parte guerrera de mi ser se rebeló y continué:

—Además, tía Melania, quién le manda creerse perro a Eduvigis...

—Te prohíbo que hables así —dijo Pergamino 1.

—Tiene usted razón, tía, discúlpeme; he venido a probarle que deseo ser buena y le prometo que desde el lunes me convertiré en una momia. Quería también preguntarle qué hacía usted cuando tenía mi edad.

—¡Y a ti qué te importa!

—Me importa muchísimo, para seguir su ejemplo. Porque, piénselo bien, Dios me ha dado piernas y brazos para moverlos, ojos para mirar, boca y lengua para hablar y cantar, y ¿qué hago con todo eso, entonces?

—No digas tonterías.

Entonces me quedé callada mirando la alfombra que tenía unos dibujos de flores muy grandes.

Pasaron unos minutos y tía Melania dijo:

—¿Qué haces ahí que no te vas?

—¿Usted quiere que me vaya?

—Sí.

—Bien.

Me levanté con toda calma, coloqué el piso donde estaba y salí.

Domingo 2 de marzo.

Ayer, después de almuerzo, me trasladé donde Juanito y pasamos muy contentos. El había pegado otros sellos en el álbum. A pesar de que el niño se reía, lo encontré más pálido que otras veces y no quiso que lo paseara en su cochecito.

Es tarde ya, pero no le he pedido permiso a Nora para escribir antes de acostarme lo que sucedió hoy.

Esta mañana temprano di una última mirada a mi pieza, a mis cosas, a mi osito, a mi perro de felpa, a mi Pelusa, y me dirigí al huerto. Después de escoger un sitio apropiado, bien al fondo, cerca de la tapia, comencé a cavar un hoyo en el suelo.

Iba decidida a cumplir mi promesa de convertirme en momia enterrándome yo misma. Me pareció que sería más confortable reposar acostada que de pie, así que cavé un hoyo a lo largo, lo suficiente para mi estatura.

Una vez listo, me tendí dentro y comencé a taparme desde los pies hacia arriba con la misma tierra sacada. Sólo dejé libre mi cara y una mano para espantarme las moscas si venían. Mi idea era encerrarme así todos los días hasta la hora de almuerzo y después toda la tarde.

Por un rato me entretuve mirando unos pájaros que saltaban de una rama a otra en el árbol que tenía encima. Después sentí mucho frío en las piernas y calor en la cara, porque el sol me pegaba fuerte. Entonces me tapé la cabeza y la cara con una chupalla de paja que había llevado para el ob-

jeto, metí debajo de la tierra la mano libre y así me quedé completamente inmóvil.

Y no me acuerdo más. Parece que me quedé dormida.

Desperté con unos arañazos sobre las piernas, y al abrir los ojos vi a Nora a mi lado, arrodillada.

—¿Qué pasa? —exclamé, sin darme bien cuenta de lo que realmente pasaba.

Por toda respuesta mi hermana me besó. Entonces vi: Capitán removía la tierra encima de mí con verdadera furia y Nora le ayudaba.

Traté de pararme, pero no sentía las piernas y me caí.

Detrás de Perfecta vi a Pedro, que contemplaba la escena estupefacto.

—Ayúdame, Pedro —dijo Nora.

Puse un brazo sobre el hombro de mi hermana y el otro sobre el del viejo. Al poco rato ya sentía las piernas firmes y pude andar.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las dos de la tarde —contestó Perfecta.

—¡Qué horror! —dije—. ¿Por qué es que todo me sale al revés? Ahora me doy cuenta de que me quedé dormida.

Entonces Nora me contó que cuando llamaron para almorzar y yo no aparecí, ella me esperó un rato y luego se intranquilizó. Eduvigis salió a buscarme y regresó diciendo que yo no estaba por ningún lado, así que seguramente habría escapado a la calle.

Tía Melania se indignó: las dos hablaban a un tiempo. Nora se vino al huerto y se pasó donde

Juanito, creyendo que podía estar allá; convencida de que no era así, me buscó por los árboles, fue con Pedro a la pieza de las herramientas: nada. Entonces se le ocurrió una idea: llamó a Capitán y comenzó a nombrarme. El fiel amigo salió como flecha hacia el fondo del huerto, y cuando Nora lo alcanzó, estaba afanado removiendo la tierra que me sepultaba. Perfecta levantó la chupalla y me encontró dormida.

¡Pobre hermanita, se llevó un susto!

Inmediatamente me preparó un baño caliente y me metió a la cama y ella se fue a explicarle a tía Melania que yo me había quedado dormida en el huerto, sin decirle la verdad.

Nora no habló más del asunto, pero a cada momento venía a mi lado y me hacía cariño, y como parece que yo he nacido para que me acaricien, me acurrucaba en sus brazos y me sentía dichosa. Comprendo que no es el estado de momia el que me conviene, así que ahora, al darle las buenas noches, le dije:

—Lo hice por mejor, Perfecta, pero ya no será nunca más. ¿Así lo quieres?

—Sí —me contestó—; así lo quiero.

Sábado 8.

No he tenido en toda la semana un rato para escribir. Comencé a trabajar en mi regalo para Miguel. Pedro me trajo las tablitas. Calqué un bo-

nito dibujo y he principiado mi obra de pirograbado.

¡Qué entretenido es! Tengo que estar atenta a la lamparita de bencina y a la aguja candente que va quemando la madera. Al principio la mano no estaba muy firme, pero ahora me queda de lo más bien.

Trabajo junto a Perfecta, que hace linduras de bordados en unas sedas preciosas.

Un día le dije que tenía unos deseos locos de pirograbar a Eduvigis; entonces Nora me contestó que cuando sintiera esos ímpetus, corriera donde ella, de modo que a ratos interrumpo mi trabajo y corro donde mi hermana y las dos nos reímos de cualquier cosa.

He pasado, también, muy preocupada de Juanito. Encontré el martes un papelito en el túnel donde me decía que no lo habían dejado levantarse.

Toda la semana le he puesto una cartita, encontrando de respuestas algunas líneas de la mamá, diciéndome que ha estado malito, con algo de fiebre, que apenas el doctor lo permita me avisará para que vaya a verlo, pues él me llama siempre.

Domingo 9.

Hoy hubo misa con tía Melania, Eduvigis, coche, Nicolás, etc. Me porté tan bien que yo misma estoy asustada. Pero tengo que confesar una cosa: llevaba una secreta esperanza de volver a divisar al

muchacho de los ojos negros y de las espuelas de plata. No me importan nada ni él, ni sus ojos, ni sus espuelas, ni su caballo, pero me habría gustado divisarlo.

Por si acaso me vestí con un traje nuevo de seda blanca que aún no me había puesto.

Pero fue inútil. No había ningún jinete; solamente un "huaso" viejo al lado de un caballo más viejo que él. En la iglesia hay muy poca gente; se ve ya que las familias veraneantes en este pueblo se han ido. Tampoco había nadie de la casa de Juanito.

Comencé a leer el libro *El camino de la dicha*, que me regaló el papá.

En la tarde, después que Nora estuvo acompañando a tía Melania, la convidé al fondo del huerto para que cantáramos. Perfecta tiene una linda voz y yo la sigo sin dificultad. Cuando agotamos todo nuestro repertorio, ya era la hora de comer.

Martes 11.

Ayer y hoy hemos pasado muy tristes, porque Juanito no está bien. Encontré un recado de la mamá en el túnel, donde me pedía lo fuese a ver, si podía. Apenas almorcé salté la tapia y no encontré a nadie en el jardín; me acerqué hasta la casa. La mamá de Juanito me abrazó sumamente emocionada; me dijo que el niño me llamaba tanto, que el doctor consintió en mi visita. Ha tenido un atraso, parece, producido por una gripe con mucha fiebre.

Entré a la pieza del niño. Al verme, me tendió sus bracitos. Tuve que hacer un esfuerzo grande para no ponerme a llorar. Se veía tan demacrado, tan débil, tan flaquito en su camita blanca.

—Te he echado tanto de menos —murmuró.

—Yo lo mismo —dije—, pero ya vas a mejorarte luego. Fíjate que no he pegado ni un solo sello hasta que tú no lo hagas conmigo.

—¡Patricia! —llamó suavemente.

—¿Qué quieres, Juanito? Dime lo que quieres.

—Quisiera que me cantaras una canción bien bonita.

Tenía los ojos brillantes con la fiebre y las manitas ardientes.

Me senté a su lado y comencé a cantarle. Al poco rato se había quedado dormido. La mamá me hizo señas de que saliera, pero, al querer retirar mi mano de las suyas, sentí que me la apretaba y retenía. Me quedé allí, mirándolo dormir como a un ángel.

A la hora despertó, y al verme se sonrió, diciéndome:

—Me gusta verte aquí conmigo, ¿te pido otra cosa?

—Todo lo que quieras, Juanito.

—Reza conmigo.

Me arrodillé a su lado, y juntando sus manos entre las mías, dije:

—Niñito Jesús, yo te quiero mucho; hazme la gracia de mejorarme luego, para que mi papá y mi mamá estén contentos y Patricia también...

El iba repitiendo con su voz que parecía un hilo que ya se cortaba.

Le trajeron algo de comer y quiso que yo se lo diera. Cuando tuve que dejarlo se puso triste. Le prometí volver mañana, sin falta.

Al lado afuera la mamá no concluía nunca de darme las gracias. ¿Por qué me agradece, cuando yo también quiero tanto al niño? Dios mío, ¿cuándo llegará papá para que lo mejore!

Miércoles 12.

Visita a Juanito. Amaneció bastante mejor, así que jugamos un rato con unos palos para armar casas. La señora me dijo que apenas estuviera bien se lo llevaría a Viña, porque el médico necesitaba tenerlo más cerca para vigilar mejor un tratamiento nuevo.

¡Pobre criatura!

Jueves 13.

Nora recibió una larga carta vía aérea de papá. Dice que ojalá pudiera alcanzar a llegar a tiempo para el matrimonio. Deja entrever los deseos que tiene de que lo esperen.

Yo no le dije nada a Nora, pero, en realidad, encuentro que bien podían esperar un poquito más para que él esté presente.

Y de pronto se me ocurrió una cosa.

—Perfe —dije—, ¿sabe tía Melania que te vas a casar el próximo mes?

—No —contestó—; nadie se lo ha dicho.

—Bien; ahí tienes tú que al fin es a mí, cabecita loca, criatura insoportable, horrendo torbellino, conjunto de calamidades, a quien se le ocurre algo sensato y cuerdo. ¿Cómo te vas a ir de aquí así no más, sin que tía Melania sepa?

Nora se echó a reír.

—Tienes razón; no lo había pensado.

—Ya es tiempo de que lo pienses —contesté, paséandome por la pieza, con aire napoleónico.

—No sé cómo decírselo.

—Yo se lo diré si me dejas.

—¡Patricia!, ni soñarlo.

—Entonces, arréglatelas tú sola, yo no te ayudaré.

Nora, comprendiendo que mi aire superior era de broma, se tapó la cara con las manos, fingiendo una desesperación sin límites.

—Haré un esfuerzo —continué—, y trataré de solucionar tu problema.

Me dirigí a la puerta y de allí, en veloz carrera, a mi querido peral. No sé qué influencia magnífica tiene la altura para mí. En un instante todo lo veo claro y se me ocurren las cosas más extraordinarias. Al poco rato llegué de nuevo donde Nora y le dije, radiante:

—Mira, Perfe, ¿qué te parece si le escribo a Marcelo que venga lo más luego posible, y él arregle todo con tía Melania?

—Me parece sencillamente maravilloso.

Escribí al momento lo siguiente:

“Querido Marcelo: Antes de que termines de leer esta carta, prepara el coche y vente. Te necesitamos de una manera terrible. Si puedes, tráete a Miguel y le darás una sorpresa a Nora; pero tú ven lo más luego que te sea posible, con un regalito a tía Melania, pues se trata de endulzarle una píldora que tú mismo se la vas a dar. Te abraza 53 veces tu

“PATRICIA”.

Sábado 15.

¡Aleluya! En la mañana, llegada de un telegrama, anunciando la venida de Marcelo y Miguel.

En la tarde, como a las seis, sentimos la bocina del auto. No escribo más hoy día.

Lunes 17.

El sábado no seguí escribiendo de puro fastidio, y ayer porque no tuve tiempo. ¿Para qué existirán los salones, los sofás y las sillas de respaldo y los trajes planchados y las caras rígidas y las palabras tontas?

He tenido mucho tema para meditar.

Los novios son los seres más encantadores y, al mismo tiempo, los seres más absurdos.

Miguel me pareció a mí el muchacho más adorable que conozco. ¡Cuando pienso que fui a buscarlo yo misma y lo traje, que entró a la casa por encima de la tapia del fondo, que abrazó a mi hermana a la luz de una luna magnífica, que me besó a mí también..., que parecía un héroe de romance!...

Y el sábado, otra persona enteramente distinta. Entró a la casa con Marcelo, serio como un libro de Lógica. Con su ropa irreprochable, muy peinado, muy correcto.

Nora y yo salimos a encontrarlos. Vi que Miguel le daba la mano a mi hermana; yo alcé mi cara para que me besara y no me hizo caso. Entramos todos a la salita de tía Melania, y se hicieron las presentaciones y todos se sentaron en círculo, muy tranquilos y formales.

Yo no podía más. Me fui a la puerta, y desde allí le hice señas a Marcelo, quien luego se acercó a mí, pidiendo permiso a tía Melania para ir a ver su jardín.

Una vez afuera, le dije a mi amigo:

—¿Me explicarás esa actitud estúpida? Cuando Miguel entra por la tapia, puede abrazarnos a Nora y a mí, y cuando entra por la reja, parece soldado con uniforme nuevo, y tú también con cara de circunstancias.

Marcelo me contestó riéndose:

—Es difícil explicarte, Patricia, pero lo que tú llamas actitud estúpida es la máscara que tenemos puesta siempre, porque, como todos llevamos más-

cara, las necesitamos. Los que no la soportan, como tú, son felices mientras viven entre otros que tampoco la usan, pero a la fuerza tienen que ponérsela, porque hay que vivir. Qué delicia inmensa es respirar sin ella, como ahora contigo, lleno de franqueza y alegría, porque tú no usas máscara, Patricia; y ojalá no necesitaras usarla nunca. Mira, yo observé tu disgusto cuando saliste a recibirnos, sonriéndonos, dichosa, y ninguno de nosotros te saludó como tú esperabas. Al entrar, Miguel y yo nos colocamos las máscaras de que yo te hablo. Si tía Melania o Eduvigis hubieran visto que te besábamos, no les habría parecido bien, y, en este caso, nuestra obligación es evitar disgusto.

—Pero ¿qué tiene eso? —interrumpí.

—Nada, Patricia; ojalá el mundo estuviera hecho como tu corazón, puro y bueno, sin dobleces ni mentiras; sería el Paraíso. Bueno, ya no hablemos más de estas cosas; ¿para qué me necesitas?

Entonces le expliqué a Marcelo que esperábamos de él anunciara a tía Melania que el matrimonio de esta pareja sería el próximo mes, y que nosotras nos iríamos a Santiago apenas llegara mamá.

—Sin embargo —agregué— ¿no crees tú que sería mejor esperar que regrese papá?; él lo da a entender en su carta.

Marcelo se quedó un rato en silencio.

—Me parece mejor no esperar —me dijo al fin—. Los padres de Miguel han dado su consentimiento y... quién sabe si después se desdicen.

¿Por qué? ¿Qué quería decir Marcelo?... ¿Acaso él pensaba que la situación de papá y mamá no llegaría a un arreglo?

Y, por primera vez en mi vida, no dije lo que quería; no pregunté nada. Miré fijamente a Marcelo, diciéndole:

—Creo que empiezo a comprender el cuento de tu máscara y el momento de usarla.

Vi brillar sus ojos mientras me miraba sin decirme nada.

El día terminó bien. Ellos dos comieron con nosotras, y tía Melania se demostró muy complacida de que se le hubieran comunicado los planes del matrimonio.

Ayer domingo también almorzaron con nosotras, y partieron de regreso después de tomar el té. Yo me porté muy bien. No sé lo que me sucedió, pero algo adentro me dolía en el corazón, algo relacionado con lo que me dijo Marcelo, algo que no comprendo bien, pero que me hizo sufrir.

Pedí permiso a tía Melania, corté un ramo de las flores más lindas y se las di a Miguel para su mamá. Nora estaba feliz de que la visita hubiera resultado sin contratiempos.

Después de comer, tía Melania nos llamó a su pieza, y allí se desarrolló una escena digna de Shakespeare. Trataré de describirla:

Se corre la cortina.

En un sillón antiguo, dignamente sentada, la tía, con su aspecto de autoridad severa, sosteniendo sobre sus rodillas un cofre de bronce cincelado, con preciosas incrustaciones de miniaturas.

A cada lado de ella, Nora y yo, silenciosas y en actitud de misterio.

Tía Melania. —Estoy muy contenta con tu matrimonio, Nora. El joven me pareció muy correcto y caballero, simpático, además, y bien parecido.

Yo. —A mí también me parece lo mismo.

Tía Melania. —Tú te callas, nadie te lo pregunta.

Yo (con tono suavizado). —Disculpe, tía.

Tía Melania. —Deseo hacerte un regalo, Nora, y como yo no salgo a ninguna parte, quiero que escojas lo que más te guste de estas alhajas mías. Si no se usan como están, puedes mandarlas transformar a tu gusto.

Dos voces simultáneas.

Yo. — ¡Oh!

Nora. —Mucho le agradezco, tía.

Movimiento de las manos de tía Melania, y abertura del misterioso cofre. Cuatro ojos vivos muy abiertos, fijos en el contenido de perlas, corales, oro y plata; otros dos ojos cansados, algo tristes, mirando también.

Tía Melania. —Escoge lo que quieras. Este collar fue lo primero que yo usé cuando cumplí los dieciocho años.

Yo. —¿Usted tuvo dieciocho años?

Mirada suplicante de Nora.

Tía Melania. —Si no te sosiegas, te vas a acostar.

Nora. —Me gustaría más, tía, que me regalara lo que usted quiera. Elija usted misma.

El cofre se dio vuelta sobre la falda negra de su dueña. A la luz de la lámpara brilló desafiante un enorme *pendantif* de pedrerías; a su lado se enrollaba, seguro de su belleza, un lindo collar de aguas marinas, color ámbar. Recostado en él, con gesto de timidez, un camafeo de colores pálidos. Ancha pulsera de plata, cincelada, y en su interior, el montoncito pintoresco de unos aros de topacio, un anillo de rubíes, otro de amatista y una cadena como rosario, con cuentas de perlas y eslabones de filigrana.

Brillo lustroso y sin igual de un gran azabache, junto a la nota alegre y bonita de una gargantilla de coral. Y salpicando el conjunto de un relojito de oro con esmeraldas y de dos prendedores de oro macizo, como gotas de pintura infantil, por lo delicado y lo sencillo, las otras piezas del juego de coral: pulsera, aros, anillos y prendedor.

Nora y yo, al unísono. — ¡Qué lindo!

Tía Melania. — Son todas joyas de mi tiempo. Ahora no se usa nada de esto.

Yo. — Por favor, déjeme decirle una cosa. A mí lo que más me gusta es el juego de corales. ¡Si es precioso!

Tía Melania. — Tienes el gusto de Juan. El me los regaló.

Nora. — Entonces, tía, si usted quiere, dímelo en recuerdo de él.

Tía Melania. — No, porque es lo de menos valor. Voy a darte este anillo de rubíes, porque... — silencio en la sala... Se oía el tictac del reloj antiguo

que está sobre la cómoda. Nora y yo en suspenso. Hondo y profundo suspiro de tía Melania—: Porque..., en fin, les contaré mejor. Este anillo me lo regaló tu abuelo, el padre de tu madre, cuando yo estuve de novia.

Abertura de mi boca, pero nada más. Con una precisión digna de un matemático, la mano de Nora se posó firme y autoritaria sobre mi hombro.

Silencio angustioso de dos minutos.

Tía Melania. — Sí, a los dieciocho años estuve de novia, pero aquello no siguió adelante. Cuando quise devolver los obsequios que me habían dado con ese motivo, como era costumbre en ese tiempo cuando se deshacía un compromiso, tu abuelo no quiso recibirlo, y aun insistió en que lo guardara como recuerdo. Por eso creo que tú podrás lucirlo bien, Nora. Además, quiero darte esta pulsera. La usé mucho cuando era de tu edad.

Nora. — Le agradezco mucho, tía Melania, su cariño. Las dos cosas son preciosas.

Yo. — No se enoje, tía, pero ¿por qué no me da el collarcito de coral? Me gusta tanto.

Mirada furibunda de la señora sentada. Algo así como un relámpago o rayo fulminante, que, ¡cosa inaudita!, duró poco; igual que el relámpago, se deshizo en un ruido como trueno; un mascullar palabras que no se entendieron, y luego... la calma total.

Tía Melania (dirigiéndose a Nora). — Me alegro de que te gusten. Tómalas, y ahora se van a acostar, que es muy tarde.

Nora (poniéndose de pie). —Déjeme abrazarla, tía. Usted es muy cariñosa. También quisiera pedirle, como le dijo Miguel, que esperamos pueda usted asistir a nuestro matrimonio.

Tía Melania. —Eso creo que no se podrá.

Nora. —Antes de cerrar su lindo cofre, ¿por qué no deja afuera el azabache? Úselo en su blusa, es tan bonito. Usted se lo puso sobre el cuello de encajes para el retrato. ¿Ve que le queda muy bien?

Tres pares de ojos que se dieron vuelta buscando la pintura de Nora, que se luce magnífica. Bochorno pronunciado sobre mis mejillas al recuerdo nefasto de los bigotes. Carraspera cavernosa de tía Melania.

Nora. —Déjeme ponérselo, úselo siempre, así se acordará de mí.

Tía Melania. —Bueno, ya que insistes. Te echaré mucho de menos, eres una buena compañía.

Alargamiento del cuello de la señora sentada en un gesto cómico de víctima resignada al sacrificio, y colocación del azabache. Silencio.

Yo. —Si usted quisiera, yo también la abrazaría, tía Melania; ha sido tan buena con mi hermana.

Tía Melania. —No hay necesidad.

La escena va a terminar. Desde la puerta, dos cabezas que se inclinan. Se oye un "Buenas noches, tía".

Y se corrió la cortina.

.....

Una vez en mi pieza, le dije a Nora:

—¿Te habrías soñado? ¡Tía Melania tuvo un novio!, y regalos y ropa linda, seguramente, y...

Tengo idea de haberle oído a mamá la historia esa. Creo que el novio murió trágicamente; tal vez por eso tiene algunas cosas raras.

—¡Algunas! —exclamé—. Todo lo de ella es raro. En fin, lo cierto es que ha sido muy cariñosa contigo, y antes de acostarme, dime, Perfe, todo el mundo te quiere, y a mí, ¿por qué es que nadie me quiere?

—¡Cómo nadie! Y yo, y papá y mamá, y Marcelo, y no acabaría nunca.

También es cierto que me basta con eso.

Pero una vez sola en mi cama me desvelé pensando qué sería de mí si tengo que seguir viviendo aquí sin mi hermana; pero esta angustia no debe saberla nadie.

Sábado 22.

Toda la semana muy trabajadora. Terminé el soporte de libros para Miguel; me quedó bien bonito.

Visita diaria de media hora donde Juanito. Hoy volvió a levantarse por un rato. Hemos pegado veintisiete sellos.

Lunes 24.

Estuve muy de mañana en mi torre, no de marfil, sino de peral, y bajé llena de ideas luminosas. Después de almuerzo es la hora cuando Nora se instala al lado de tía Melania, le lee, conversa con ella y la acompaña a tejer. Es la hora de gran libertad mía, cuando hago mis escapadas donde Juanito. Hoy puse un recadito y una página llena de dibujos en el túnel, y me fui a la pieza de Pergamino 1.

Al entrar, los ojos de Nora me dijeron: "A qué vienes a meterte aquí", pero yo no les hice caso.

—Tía Melania —dije, con el tono más suave que pude encontrar—, quería decirle que he escrito tres cartas a diferentes partes del mundo para recibir sellos bien raros en la contestación.

A la palabra "sellos", Pergamino 1 levantó la cabeza, animada, y, tal como yo esperaba, habló sensatamente.

—¿Se podría saber de qué ciudades?

—Véalas usted misma —contesté, pasándole las cartas.

Tía Melania leyó fuerte:

—"Señor Jefe de las Prisiones. Guayana Francesa. Para entregar al reo más antiguo". "Reo de la celda Nº 3. Cárcel de Melbourne, Australia". "Legionario Nº 27 del Primer Regimiento Extranjero, Africa".

—¿Esta gente es amiga tuya? —preguntó Pergamino 1, presa de intenso pánico.

—No —contesté—; no los conozco.

—¿Entonces?

—Yo le explicaré, tía. He pensado que hay que dirigirse a gentes así, con pocos días de vida o desesperados en una cárcel, porque entonces contestan al momento, con la esperanza de volver a recibir una carta. ¿Nunca ha estado presa usted, tía Melania?

—¿Yo?... ¡Cómo se te ocurre!

Por un momento me creí perdida, pero me armé de valor y continué:

—Verá como resulta, no se preocupe. ¿Quiere que le muestre las estampillas que yo tengo?

—Bueno, tráelas.

Fui a mi pieza y traje los álbumes nuevos que me regaló papá.

Pergamino 1 los examinó con ojo entendido.

—Eres cuidadosa y ordenada —dijo—; otro día te mostraré la colección de Juan; es enorme.

—¿Y por qué no ahora? —pregunté.

Parece que tía Melania encontró que había sido amable por mucho rato conmigo y me contestó lo más golpeado que pudo.

—Porque no quiero.

Yo recogí mis cartas para mandarlas al correo, y me fui al jardín. Mi pretensión era que Pergamino 1 me mostrara las estampillas misteriosas, porque así se abriría la puerta de esa pieza sagrada, pero no me resultó; sin embargo estoy contenta pensando que al menos ya encontré algo que parece interesarle.

Me río sola ahora acordándome de las cartas. Decían así:

"Compañero de infortunio: Estoy sumida, igual que usted, en una prisión sin esperanzas de salir; por eso le escribo, para alegrar sus días sin sol y sus noches sin luna. Una ventaja tengo sobre usted, y es que puedo andar y hasta correr, pues me dejan libre en un jardín. Correré una pequeña maratón en recuerdo suyo, para estirar sus piernas, ¿qué le parece?"

"Contésteme luego y cuénteme de su vida. Yo vivo muy lejos de usted, en un país muy hermoso, pero, desgraciadamente, estoy prisionera. Usted deseará saber qué delito horrendo he cometido. Se lo contaré para otra ocasión.

"Tenga esperanzas; a lo mejor viene un terremoto, se cae la cárcel y usted se encuentra libre.

"Reciba un saludo amistoso de

"PATRICIA VALDÉS (ALIAS "TORBELLINO")."

Dos de esas cartas iban escritas en francés y la otra en inglés.

Martes 25.

Se murió una gallina castellana. ¿De qué se morirán las gallinas?

Miércoles 26.

Llegó cable de mamá. Nos anuncia su viaje para la combinación del 30. Gran revuelo y planes atropellados. Primero pensamos con Nora irnos ese mismo día; luego cambiamos de idea: hay que irse antes y tener arreglada y lista la casa. Nora escribió inmediatamente a Isidoro, que se quedó cuidando la casa, para que llame a los empleados de mamá y avisarles que nosotras llegaremos allá el 29. Escribió a Marcelo y, naturalmente, a Miguel, que aún está en el sur.

Perfecta piensa en todo. Yo solamente atino a correr por la quinta, presa de una felicidad loca.

Jueves 27.

Viajé a Valparaíso a mediodía, con Perfe. Recogimos todos los bordados y costuras que le tenían listos.

Viernes 28.

Me parece vivir años en minutos. Arreglo ropa en la maleta, la vuelvo a sacar y poner, salgo al jardín, entro, abrazo a Perfe, y, resultado, que no hago nada útil. No sé qué tengo.

Después de almuerzo me pasé donde Juanito. Ya se levanta y tiene mejor color.

—Tengo que darte una gran noticia, Juanito.

Mañana nos vamos con Nora a Santiago, porque llega mi mamá.

—¿Cuándo vuelves? —me preguntó, mirándome con sus ojos enormes.

Entonces me di cuenta de que para él nuestro viaje no encerraba toda la dicha que era para nosotras. ¿Cuándo vuelvo? Nunca más, ya que mamá está de vuelta.

—Mira —dije al niño—, no vuelvo más a Olmué, pero como tú también te vas luego, te iré a ver a Viña. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta.

Le regalé una cajita de madera pirograbada por mí, otro cuaderno con estampillas para que él las ordene, y unos cuantos “tesoros de niño”. Carretillas, tapones quemados, alambres de varios gruesos y unas tijeras chicas de podar. Todas estas cosas me las había dado Pedro, sacadas de la pieza de herramientas, y yo las guardaba para mi amiguito.

Cuando ya se acercó la hora de decirle adiós, me dio una pena tan grande que salí un momento para afuera. Allí la mamá me dijo que no me olvidara de su hijito, porque él me quería tanto; que si seguía bien, se lo llevaría a Viña, en unos pocos días, esperanzada en el nuevo régimen propuesto por el médico.

Volví donde Juanito y nos abrazamos un largo rato.

—Patricia —me dijo—, ¿cuándo llega tu papá?

—Aún no lo sé, pero te prometo que la primera persona a quien iré a ver será a ti, Juanito.

Y... hablamos de otras cosas, sobre sus juguetes, sobre el organillo, porque no sabía cómo dejarlo contento.

Me costó desprenderme de sus bracitos delgados, pero que son como una firme cadena para mí, tanto quiero a este niño que ha sido mi buen compañero en estos meses de destierro. ¡Dios te bendiga, amiguito, por todo el cariño que me faltaba y que tú me diste!

Toda la tarde hemos arreglado maletas con Nora. Ella se lleva todas sus cosas. Yo solamente mi ropa. El baúl que encontré aquí al llegar me lo mandarán después. Como partiremos muy temprano, nos fuimos a despedir de tía Melania después de comer.

Perfecta le dio las gracias por todo a nombre de las dos. Yo le dije con mi voz suavecita:

—Le pido que me disculpe por todos los disgustos que le he ocasionado, y le ruego que si llegan las contestaciones de las estampillas me las haga mandar a Santiago. Yo me olvidé y escribí la dirección de aquí. A no ser que usted quiera esos sellos, se los regalo.

Tía Melania dirigió una mirada a Nora, y no sé si me equívoco, pero me pareció que ambas me ocultaban algo. De todos modos, no he querido preguntar nada a mi hermana. Ella no debe pensar sino en cosas agradables.

Dijimos otras palabras amables a Pergamino 1 y nos hemos venido a acostar. Es mi última noche aquí.

Santiago — Sábado 29.

Estoy rendida de sueño. No tengo fuerzas ni para escribir.

Lunes 31.

¡Qué dicha más grande! Mamacita está con nosotras.

Abril — Martes 10.

Hoy sí que me pondré al día. Con tantas impresiones estaba como atontada. El sábado muy temprano pasó Nicolás con su coche para llevarnos a la estación. Dijimos adiós a Eduvigis y a Tránsito. Yo abracé a Capitán y partimos. Casi, casi le digo algo que se merecía Pergamino 2, pero la vecindad de Nora me sujetó la lengua. Tomamos el mismo tren del día de mi aventura, y sin novedad llegamos a Santiago. Naturalmente, Marcelo nos esperaba en la estación, y en el camino nos propuso llevarnos al día siguiente a esperar a mamá a Los Andes. ¡Marcelo es un amor! No sé como expresar mi felicidad al volver a casa. Todo me pareció nuevo, brillante, esplendoroso; mi pieza, algo nunca visto.

Toda la tarde transcurrió en arreglos y limpiezas; llenamos la casa de flores.

El domingo, en el tren de mediodía, nos fuimos con Marcelo a Los Andes, y allí esperamos la combinación trasandina. Cuando llegó el tren, parece que hubiera dado un grito más fuerte que el pitazo de la máquina. Mamá nos vio antes de bajarse. Venía más linda que nunca. Las dos nos atropellamos por abrazarla, y ella no nos soltaba, mientras decía a Marcelo:

—Cuánto te agradezco que las hayas traído. No me lo esperaba.

Una vez instaladas en el coche que nos traería directamente a Santiago, no acababan nunca las preguntas. Ella nos enumeraba las cosas lindas que traía para “la novia”, las fiestas a que había asistido; nosotras le contábamos nuestra vida en Olmué, los dos Pergaminos, Juanito; en fin, era una ensalada de cosas.

Marcelo nos contemplaba con su cara de hombre bueno y sonreía al grupo de estas tres mujeres bulliciosas y felices.

Esa noche nos acostamos muy tarde, porque mamá insistió en mostrarnos algo de lo que traía para Nora. ¡Qué preciosuras de ropa! Unas telas, unos encajes que parecen hechos de espuma.

No sé qué es, pero solamente yo celebraba. Perfecta encontraba todo muy lindo y daba las gracias a mamá, pero se me ocurre que tenía una cosa como pena adentro. Había tristeza en sus ojos.

Cuando al fin nos fuimos a dormir, le pregunté a Nora qué tenía, y me dijo, abrazándome:

—Es que no puedo dejar de pensar en papá. Debería estar aquí, ver estas cosas lindas junto a nosotras, llevarme al altar.

No pude decirle nada. Yo pensaba lo mismo.

Miércoles 2.

Mamá invitó a comer a los padres de Miguel. Son gente muy simpática y parecen querer a Perfecta. Mamá le traía a la señora un bonito recuerdo de Buenos Aires. Después de comida se trató del matrimonio, y quedó fijado para el sábado 26. Miguel vuelve la semana próxima.

Jueves 3.

Hemos ido donde una modista para el traje de Nora y el mío. Mamá eligió las hechuras. Para mí un traje largo, de estilo color celeste; llevaré un ramito de pequeñas rosas y nomeolvides. Estoy encantada.

Sábado 5.

Llegaron procedentes de Olmué unas postales de papá desde Suecia.

Domingo 6.

He tenido hoy un rato más largo para poder escribir. Mi vida de tranquilidad en el campo se ha transformado de repente en una carrera loca. La casa se llena de gente que viene a saludar a mamá; salgo a compras, a pruebas, escribo las invitaciones y no alcanzo a pensar en nada. ¿Qué diría Pergamino 1 en esta confusión?

Martes 8.

Hoy llegó Miguel. Fuimos a esperarlo a la estación y se vino a comer a casa. Mamá estuvo muy cariñosa con él y le hizo entrega de una preciosa maleta *nécessaire*, igual a la de Nora, pero más grande. Le dijo que papá le había escrito insistiendo que, además del regalo que les hacía a sus hijos para la casa, quería que tuvieran ése para que donde fueran llevaran su recuerdo. Todos nos sentimos emocionados, y entonces yo me fui al piano a cantar para que Nora no esté triste. Bien sé que cuando se tiene pena, ni todas las bandas militares tocando juntas son capaces de enmudecer esa vocecita que llora dentro del corazón, pero de todos modos hago lo posible.

Sábado 12.

Estoy tan contenta, pues me he convertido en un personaje, verdadero personaje. Salgo con mamá

a los trajines del matrimonio; ella me consulta y doy mi opinión. Hemos elegido muebles, cortinas, alfombras. Mamá ha insistido en arreglar en casa un departamento para los novios. La pieza de Nora, la mía y nuestra pieza de *toilette* se han pintado y se amueblan de nuevo para ellos.

Yo me he ido al otro lado de la pieza de mamá, así que quedarán para los recién casados un dormitorio bien grande y un saloncito.

Nora me ha dicho que ella nos confía todo a mí y a mamá, de modo que las dos ordenamos y combinamos colores. No estamos quietas ni un minuto. Mamá es admirable, no se cansa nunca. Se ríe conmigo de todo lo que yo me río. Esto de que me tomen en cuenta de un modo tan notorio me halaga mucho.

Nora se preocupa de sus cosas, pero no hace exclamaciones ni se mueve como yo. ¡Será que al ser novia una cambia y se pone más reposada!

Domingo 13.

Escribí a Juanito una carta en verso para que se ría. Tres sobrinitas de Miguel, muy monas, que asistirán al matrimonio como pajecitos, vinieron para ensayar conmigo la entrada a la iglesia. Mamá quería que unas cuatro o seis amigas de Nora fueran también, pero ella le ha pedido que solamente vayamos yo y esas chiquitinas de la familia de Miguel. Perfecta le ha dicho a mamá que ojalá el matrimonio se hubiera hecho muy privado, porque

no estando papá presente ella no puede sentirse completamente feliz. Al oír esto, mamá se ha puesto muy seria, y por primera vez la hemos visto molesta. Contestó que trataría de darle gusto a Nora en lo que pudiera, pero que no podía consentir en que el matrimonio fuera privado. Era una ocasión para lucir a sus hijas que no debía perderse.

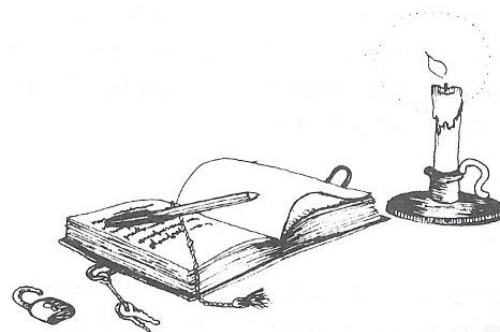
En la noche, una vez acostada, llamé a Nora a mi cama y le pregunté:

—¿Por qué te disgusta que haya fiesta para tu matrimonio? Mamá tiene razón, hay que lucirte. Te verás tan linda. Ninguna novia como tú.

Mi hermana no me contestó nada.

—Le encuentro toda la...

—No sigas —me interrumpió Perfecta—, que me das pena. Tú no comprendes. Para mí y Miguel nos da lo mismo que el matrimonio sea con fiesta o no; los dos nos casamos por cariño y eso basta y sobra. Yo no me opongo a lo que quiera mamá, pero no puedo dejar de pensar en papá todo el tiempo.



—Mira, Perfe. Yo también pienso en él, pero encuentro que una fiesta debe ser algo grandioso. Como no he ido nunca a un matrimonio, no sé cómo será. Cuando se casó el tío Pedro, yo tenía tres años.

—Sí, es muy bonita una fiesta, Patricia, pero en nuestro caso no debería ser. No estando papá es como si estuviéramos de luto.

—¡Nora!, si papá no se ha muerto.

—Por lo mismo. En fin, es algo difícil que comprendas. Los verdaderos amigos no necesitan demostraciones exageradas ni atenciones especiales. El pan de todos los días es sabroso compartido. Cuando se cree que la dicha está detrás de la gente que se divierte y se ríe, encontramos que esa dicha ficticia envuelve muchas envidias, muchos rencores, muchas intrigas y a veces muchas lágrimas.

Y como Nora viera que yo me quedaba muda, escuchándola, siguió:

—No pongas esa cara, no te preocupes. De todos modos será un día muy lindo, y tienes que estar muy contenta para que yo lo esté. ¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo —dije, riéndome.

Nora se fue a su pieza y yo me quedé desvelada largo rato pensando y pensando en muchas cosas que no entiendo bien.

Miércoles 16.

Trajeron los trajes. El de Nora es algo maravilloso; el velo parece que fuera hecho de aire, ¡tan

diáfano es! El mío quedó precioso. Mamá está muy complacida.

Todos estos días ha sido una procesión de regalos. La casa está pareciendo tienda. Yo formo un verdadero alboroto con cada paquete que llega y mamá estudia la colocación de todos ellos. ¡Qué lindo es casarse! Todo el mundo manda regalos de todas clases, y de repente, de la noche a la mañana, cuando no se tenía nada, se tiene de todo.

Sábado 19.

Hoy ha llegado el regalo de Marcelo para Nora. Un escritorio de marquetería precioso. Es tan lindo, que dan deseos de escribir allí por días y meses enteros. Mi admiración ha sido tan grande, que Marcelo me ha prometido otro cuando me case.

Lunes 21.

El departamento de los novios está listo. Mamá ha ordenado que en esas piezas se pongan los regalos. ¡Estoy como aturdida!

Viernes 25.

Es tarde ya, pero no puedo dejar de escribir unas líneas. Me había acostado y apagado la luz;

toda la casa está en silencio pero no puedo dormir. ¡Es la última noche de Nora en esta casa! Porque, aunque vuelva después, ya no será la misma, estará con Miguel. Con todos los trajines y preparativos de la fiesta de mañana parece que estaba como atontada, y no me daba exacta cuenta de lo que significa para mí el matrimonio de Perfecta. Hemos sido tan felices juntas, nos hemos querido tanto, ha tenido ella tan gran paciencia conmigo. ¡Hermanita! Parece que sólo hoy, ahora, en esta noche, comprendo de un golpe todo lo inmenso de mi cariño por ti.

Después de comida mamá nos llamó a su pieza y nos pidió que no hiciéramos alusión a la ausencia de papá, que para ella era sumamente penosa la situación, de modo que el hecho se reducía solamente a que, deseando adelantar el matrimonio a causa del trabajo de Miguel en el sur, no se pudo esperar el regreso de papá, a quien le era imposible abandonar sus clases, estudios y conferencias.

Luego las tres rezamos. En seguida mamá, muy emocionada, bendijo a Nora, en nombre de papá, y la abrazó por largo rato. Después fuimos a la pieza de Perfe y mamá insistió en desvestirla ella misma, tal como cuando era chiquita. Las dos lloraban y yo también, calladita, en un rincón.

Cuando mamá se fue, comprendí que si yo me acercaba a Nora, el llanto continuaría más copioso todavía; así que comencé a decir disparates, hasta conseguir que Perfecta se riera.

Ella me llamó, y al decir “¡Patricia!”, algo se me rompió dentro del pecho.

Por un largo rato no nos dijimos nada. De pronto, al mirar yo la ropa preciosa que Nora se pondrá mañana, y que mamá personalmente arregló sobre el diván, le dije:

—¿Te acuerdas, Perfe, que cuando cumplí catorce años y mamá me regaló mi primer par de medias de seda, al ponérmelas me sentí la muchacha más feliz de la tierra y creí que sería lo primero que me mirarían Marcelo y el tío Pedro cuando vinieran en la tarde, y resultó que ninguno de los dos se dio cuenta y yo corrí donde ti llorando de pena y de desengaño, y fuiste la única que supo de mi sufrir?

—Sí me acuerdo —contestó Nora—, y yo te dije, para consolarte, que cómo se te ocurría que alguien iba a mirarte las medias de seda, cuando era mejor mirarte los ojos azules, tan azules como bolitas de cristal.

—¿Y una vez, cuando era bien chica y se me quebró el lecherito del juego de té para las muñecas y tú me diste un jarrito de porcelana que querías mucho para que yo me consolara?

—Sí me acuerdo.

—¿Y cuando a ti te regalaron un vestido blanco de seda, y yo también quise uno, y mamá dijo que yo era muy niñita todavía y tú insististe en que se me hiciera otro igual, para darme gusto?

—Sí me acuerdo.

—¿Y cuando Marcelo nos trajo un perrito a cada una? El tuyo era café y el mío negro, con una mancha blanca, y yo no sé dónde había leído que

el café era más fino, y sólo con pedirte tú me lo cambiaste.

—Sí me acuerdo.

—¿Y cuando el tío Pedro te dio un collar de cuentas rosadas, y tú dijiste que era muy largo y me regalaste la mitad? Tú misma ensartaste las cuentas, mientras yo te miraba trémula de dicha.

—Sí me acuerdo.

—Perfecta —continué, abrazándola—, toda tu vida ha sido un pensar en mí y un quererme. Y yo nunca te he dado las gracias.

—Patricia —dijo Nora—, ¿es que te he querido tanto!...

Me desprendí de sus brazos y vine a mi pieza a buscar el regalo que le tenía a mi hermana.

Volví donde ella y le pasé la pequeña caja envuelta. Al abrirla, Nora dio una exclamación de sorpresa y me dijo:

—¿Qué significa esto, Patricia?

—Significa —contesté— que no he sabido cómo expresarte mi cariño. Junté todos mis ahorros y mandé hacer este anillo con la pretensión de que lo uses siempre. Ahora que he visto las joyas lindas que te han regalado, esto me parece lo más sencillo, pero ¿lo usarás, Perfecta?

—Para mí es el más valioso, porque te representa a ti, Patricia, y al momento comprendí tu idea. Las dos perlas juntas somos las dos, ¿verdad?, ¿que nadie separará nunca!

—No te había querido decir nada, porque te lo tenía para esta noche. Te diré la verdad: mamá

me ayudó un poco para el engaste, porque no alcanzó lo que yo tenía.

—Pónmelo tú misma —dijo Nora, pasando sus manos—. Quiero llevarlo mañana; el tuyo y el de Miguel.

Y la argolla de platino con las dos perlas se veía preciosa en la mano de Nora.

—Muchas gracias —dijo—; ¡mira qué lindo se ve! Ahora tú vas a aceptarme lo que yo tenía para ti. Quiero darte el anillo que me regaló papá cuando cumplí dieciocho años, y que he llevado siempre, hasta reemplazarlo por el anillo de compromiso. Hemos tenido la misma idea.

Abrió el cajón de su velador y sacó un paquetito. Encima decía: "En recuerdo mío".

—Te lo iba a dejar mañana..., mejor te lo doy ahora.

Me quedé mirándola, sin poder hablar.

—No pongas esa cara —siguió—, no quiero verte triste. Me siento tan feliz, sólo me hace falta papá. Tú te ocuparás de arreglar todos nuestros regalos, nuestra ropa y tenernos todo listo, que Miguel me ha prometido regresar apenas se lo permita el trabajo del fundo.

Siguió Nora dándome otros encargos, y, por último, me dijo:

—Ahora, a dormir y a soñar cosas lindas.

—Nora —exclamé, besándola—, no puedo explicarlo, pero ¿lo sabes tú?... ¿Lo sientes tú?

—Sí —me contestó, con la voz como suspiro—, lo siento y lo sé. Doy gracias a Dios por habernos dado tantos años felices, y le pido que nos conserve

siempre unidas, tal como estas dos perlas de tu anillo.

Nos dimos las buenas noches sin decir una palabra más, porque ambas sentíamos la necesidad de reprimir nuestra emoción. Salí de la pieza de Nora sin mirarla, como siempre, desde la puerta; no quise que ella viera mis ojos nublados.

¡Dios mío, bendice a mi hermana y dale la dicha que tanto merece!...

Lunes 28.

Acabo de enviar a papá la siguiente carta:

"Daddy tan querido: Te escribo en la pieza que Marcelo arregló para nosotras en su quinta nueva. He venido a pasar todo el día con él, con la idea de estar bien tranquila y poder escribirte largo, contándote el matrimonio de Nora con todos sus detalles, porque me imagino que estarás ansioso. Ella me encargó mucho que así lo hiciera bien pronto.

"Empezaré por decirte que la casa parecía un sueño de flores. Marcelo podó, se puede decir, su jardín y lo mandó a casa, además de la cantidad de canastillos preciosos que llegaron de regalo.

"Muy temprano, en la mañana, nos fuimos a la iglesia, los cuatro, mamá conmigo y los novios.

"De vuelta a casa nos esperaban ya la peinadora y la señora que hizo el traje de la novia. Le estaban colocando el velo cuando llegó tu cable. Nora misma lo abrió, y se le llenaron los ojos de

lágrimas. Después lo dobló y lo colocó en su maletín de viaje. Parecía que hubieras adivinado el momento para enviarle tu bendición antes de salir de casa.

"Podrás imaginarte, Dad, lo preciosa que se veía Perfecta. El traje era lindo, un adorno de perlas le sujetaba el velo y llevaba en las manos un gracioso ramillete de rosas blancas naturales.

"A las doce en punto nos fuimos con mamá y las chiquitinas. Mamá iba toda de negro, con un traje largo de terciopelo, y por único adorno el broche de brillantes que tú le regalaste. Estaba tan linda que tuve que decírselo.

"En la puerta de la iglesia nos esperaban Miguel y sus padres y Marcelo. Diez minutos más tarde llegaba Nora con el tío Pedro. Te diré, Daddy, que yo había metido mi cuchara diciendo que Marcelo debía llevar a Nora al altar en ausencia tuya; pero mamá dijo que lo correcto era que en reemplazo tuyo fuera tu hermano.

"Tío Pedro es tan simpático y buen mozo, pero tú sabes mi debilidad por Marcelo.

"A pesar de que la iglesia de la Merced es bien grande, te diré que se veía llena de gente. El arreglo que tenía era bien original. Solamente rosas y claveles rosado pálido. Cuando resonó el órgano y comenzamos a entrar, yo iba más emocionada que la novia. Durante la ceremonia y durante la misa cantó el coro "Amalia Errázuriz".

"A la salida, mientras los novios se iban a casa, me quedé con mamá, tío Pedro y los padres

de Miguel, saludando y agradeciendo a los invitados.

“Al volver a casa iba tan cansada. Nos dimos un abrazo con Nora y con Miguel como no te figuras. ¡Se veían tan felices!

“La pieza que era mía y la de Perfecta son ahora de ellos, así que estaban arregladas con sus muebles nuevos y repartidos en el dormitorio, y en el saloncito se habían colocado todos los regalos. Fue una gran idea de mamá, pues se lucían mucho. Aparte te mando una lista de los regalos, que así me pidió Nora.

“La casa estaba llena de invitados, todos muy cariñosos con los novios.

“Miguel nos regaló a mí y a sus tres sobrinitas unos lindos prendedores.

“Apenas Nora partió la torta, a pedido suyo dejé aparte una cajita para ti, otra para tía Melania y otra para Juanito. Ya las mandé; la tuya irá en este correo.

“Rato más tarde, Nora salió del comedor con disimulo y me llamó a su pieza. Ahí me dijo que la ayudara a cambiarse de ropa, bien calladita, porque deseaba salir escondida, sin que nadie la viera, y no quería despedirse otra vez de mamá para llevarse el recuerdo de ella contenta, porque si volvía a decirle adiós, seguramente las dos se pondrían a llorar, y no quería dejarla afligida.

“Ya me había puesto de acuerdo con Marcelo para que me llevara a la estación a dejar a los novios. Así lo hicimos. Poco antes de las siete y media Nora estaba lista en su traje de viaje; luego

llegó Miguel a buscarla. Y salimos con todo sigilo por el garaje.

“La pareja se fue al sur, cerca de Osorno, donde está trabajando Miguel.

“Cuando el tren partió, tuve que reunir todas mis fuerzas para sonreír a Nora y a Miguel, que agitaban sus manos diciéndome adiós.

“—Ahora te tengo para mí solo —oí, como en sueños, la voz de Marcelo, que me abrazaba conmovido en plena estación Alameda.

“¡Cómo le agradecí su cariño! Gracias a Dios estaba tan rendida que esa noche, luego que se fueron los invitados, me dormí como una piedra, eso sí que después de mandarte mi beso de siempre, Daddy.

“Al otro día desperté tarde y me fui al dormitorio de mamá. ¿Seré algún día como ella? ¡Qué linda es! ¿La has mirado bien tú en las mañanas cuando despierta, como una flor? ¡Qué feliz eres, papá, de tener una mujer así, para ti!

“Todo el día pasamos haciendo comentarios de la fiesta, guardando y ordenando los regalos.

“Oye, Dad, tráeme un abrigo corto de piel cuando te vengas, ¿quieres? Tengo tantos deseos de tener uno.

“Y a propósito de viaje, ¿cuándo te vuelves? Te echo de menos una inmensidad, aunque ahora me será menos penosa esta separación, ya que estoy en casa con mamá. Te contaré un secreto, y es que me propongo enseñar el orden a mamá; ese orden y puntualidad que tú deseas; no soy la persona más indicada, porque no poseo esas cualida-

des, pero trataré; cosa que cuando tú llegues encuentres a mamá muy cambiada.

“Ella vendrá a buscarme esta tarde. He pasado un día de campo. Ayudé a Marcelo a dar la comida a las gallinas y a los pájaros, monté un rato a Zarina, corrí con los perros hasta cansarme, y por último, al final del almuerzo, volví a decirle a mi gran amigo que se case conmigo. ¿No crees, papá, que seríamos una pareja ideal? Yo lo quiero tanto, y él a mí. ¿Entonces?

“Por respuesta le ha dado un ataque de risa. No veo el motivo. Dice él que es como si fueras tú, mi papá, pero eso es lo que yo quiero: un hombre que me cuide y me proteja y me deje hacer todo lo que se me antoje.

“Concluyo aquí, porque siento la bocina del auto de mamá que viene a buscarme.

“Un abrazo y miles de besos de tu

“PATRICIA”.

Martes 29.

Mamá me llevó al teatro. ¡Estoy feliz!

Miércoles 30.

Fui a pasar la tarde donde María Angélica Díaz. Su hermana mayor pertenece a una sociedad que cose para los niños pobres; así que nos dio

costura, y ella nos dirigía. Había otras amigas de María Angélica, de modo que nos reímos mucho y pasamos muy contentas.

Mayo – Jueves 10.

Llegó carta de Nora, ¡qué alegría de saberla tan feliz!

Otra vez fuimos al teatro con mamá.

Viernes 2.

No sé con qué palabras voy a escribir lo siguiente, tales son el dolor y la rebelión que siento, pero hay que hacerlo; se lo he prometido a papá.

Llegó correo de avión para mamá. Yo estaba con ella cuando recibió las cartas. Inmediatamente que las leyó, me dijo que tenía que regresar a Buenos Aires, lo más luego posible; que ella había dejado organizada una fiesta, pero le avisaban que sin ella no resultaría, que la esperaban impacientes.

—¿Me llevas contigo? —pregunté.

—No —me contestó—, es mejor que no. Te iré a dejar a Olmué de nuevo, donde tía Melania.

—¡Mamá! —exclamé—, por favor, no me lleves allá.

Me habló durante un largo rato dándome mil razones, pero yo no la escuchaba. Tenía la mente y los ojos fijos en un solo punto: tía Melania.

En este momento que escribo es ya de noche, y acabo de rezar mucho, pidiendo al Señor que me dé sumisión y paciencia, que yo le ofrezco todo lo que sufro por mis padres.

Al principio me sublevé, como tengo costumbre; encontré indigno el que se me mandara a Olmué; poco a poco me fui calmando, me acordaba de unas frases de la madre Vergara, una vez que nos explicaba cómo los hijos debían obedecer a sus padres, aunque fuera contra su voluntad. ¡Pero tengo tanta..., tanta pena!

Olmué — Viernes 9.

Aquí estoy de nuevo. No tengo valor para escribir.

Sábado 10.

Mamá se fue en avión a Buenos Aires ayer muy temprano. Marcelo y yo fuimos a despedirla. Estaba muy emocionada y le pidió otra vez a mi gran amigo que me trajera él donde tía Melania. Yo no podría decir si sufría o no; estaba como inconsciente, como paralizada, me llevaban de un lado a otro como se lleva a una "cosa", no una persona. En el tren del mediodía me trajo Marcelo a Olmué y se quedó unas horas, las necesarias para regresar ayer mismo a Santiago. Tía Melania aceptó mi vuelta como algo que esperaba. Eduvigis está más fea que nunca.

Marcelo me prometió venir a verme de vez en cuando. Al cerrar la reja detrás de él, sentí un dolor agudo. ¡Qué terriblemente sola me encuentro! ¡Perfecta, papá y mamá tan lejos!

Lunes 12.

La otra noche no pude seguir escribiendo. Lloré tanto. No pude sujetarme más. Para mayor tristeza, el huerto está pelado. Ni una hoja en los árboles, y mi peral, escuálido y seco; el jardín sin flores. Salté para el lado de Juanito y no encontré a nadie. Llegué hasta la casa. En la pieza que fue del niño estaba el organillo arrumbado en un rincón. Me lo hubiera querido traer, pero no lo puedo pasar sola por la tapia. Todo está lleno de polvo y envuelto en soledad, que es la más triste de las envolturas.

Martes 13.

Tía Melania amaneció enferma. Estuve acechando un momento que Pergamino 2 salió de la pieza para entrar yo. Me acerqué a la cama y le pregunté si le gustaría que la acompañara un rato.

A mi gran asombro, me dijo que bueno, de modo que fui a buscar mi tejido y me senté al lado suyo sin hablar palabra.

Me empecé a tentar de risa, porque era tan divertido. Nadie hablaba, y, sin embargo, se sentía

vivir; me imaginé miles de enanitos jugando, riendo y correteando por toda la pieza.

Sonaba el tictac del reloj, el pimplán de mis palillos, y al término de cada hilera, una tos de tía Melania. De vez en cuando una carraspera de Pergamino 2 semejaba el ogro del cuento que aterriza y causa pavor a los ágiles duendecitos del bosque: mis palillos.

En eso el reloj dio las cuatro con cuatro campanitas.

— ¡Oh!... —alcancé a decir y me contuve. Estaba tan absorta en la historia de mi imaginación. El castillo abría sus puertas al son de esas cuatro campanitas. Dentro estaba la princesa; el caballero llegaba rodeado de todos sus enanitos, y el ogro iba a perecer.

— ¿Qué le pasa? —dijo Pergamino 2.

— Nada —contesté—. Estaba abriendo la puerta del castillo y era tan lindo...

Eduvigis no habló nada más. Mejor así, pero la mirada que me dirigió fue de un desprecio mezclado con lástima.

Viernes 16.

Estos días han sido interminables. Tía Melania siguió en cama hasta hoy. Todas las tardes he ido a hacerle compañía, y he tomado el té con ella. El martes no hablamos nada; el miércoles, cuatro palabras; el jueves, ocho, y hoy me ha dicho:

— Estoy asombrada de tu cambio, Patricia. No eres un torbellino como antes; ahora se te puede hablar.

— Gracias, tía Melania —contesté.

— Mañana te mostraré la colección de sellos de Juan.

“Asombrada de tu cambio”, me ha dicho, y yo también me lo repito. No hay duda de que estoy muy distinta.

Hasta Capitán debe extrañarse de mi inmovilidad, porque me busca y me invita a correr.

Sábado 17.

Amaneció un día glorioso de sol y todo se vio diferente. Salí al huerto y, como hacía frío, me dieron deseos de correr. En un instante tenía a Capitán a mi lado hecho un loco.

¡Dios mío!, qué carreras...; nos caímos varias veces, rompí mis medias, me reí como en los días cuando recién llegué aquí. Los ojos del perro ya se salían para expresarme su dicha de haber encontrado de nuevo a su camarada de juegos.

Después de almuerzo tuvo lugar la sesión solemne. Sobre una mesa colocó Eduvigis los libros de Juan.

Tía Melania abrió uno que decía “Italia”, y comenzó a mostrármelo. Realmente es maravilloso. Al llegar a estos últimos años, están las páginas en blanco.

—Voy a traer mi libro de consulta y los sellos que yo tengo —dije.

Casi me caí de espanto cuando vi a tía Melania animada y muy interesada con un lente grueso. Luego las dos nos pusimos a buscar los ejemplares más recientes.

—Tía Melania —exclamé—, aquí hay uno celebrando la exposición de Venecia. Mire, fondo azul con la góndola...

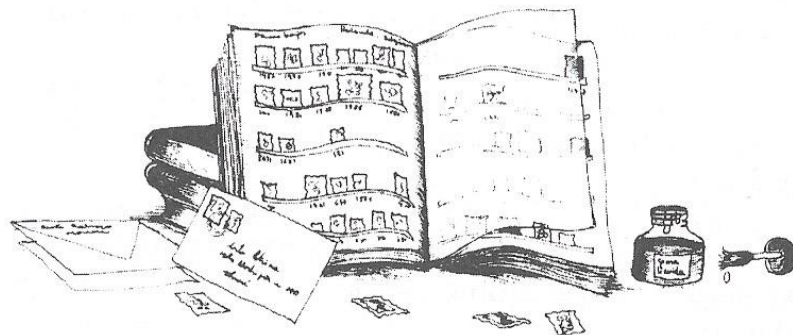
—No lo pegues todavía, Patricia.

Comprendí su sentimiento.

—Usted los pegará —contesté—, pero antes busquemos todos los que se puedan. ¡Qué linda colección es ésta! Fíjese en este sello alargado con el dentado disperejo. El catálogo dice que son rarísimos los ejemplares así.

Lo más estupendo fue cuando entró Pergamino 2, diciendo que la tarde estaba fría y que su señora debería acostarse. Y su señora le contestó que todavía no.

Y no se acostó hasta dos horas más tarde, después que hubimos ordenado y guardado todo.



Domingo 18.

Anoche soñé con tía Melania. La cara le crecía, le crecía y se transformaba en un sello enorme.

Fuimos a misa. El campo estaba muy triste y desolado.

En la tarde le pregunté a tía Melania si quería que le leyera un poco, y aceptó.

Lunes 19.

Una carta larguísima de mamá contándome cómo resultó la fiesta y lo que se recolectó en ella, pues era con fines caritativos, para un hogar de niños. También recibí otra carta, de Nora. Me cuenta de su nueva vida, cómo ayuda a Miguel y lo acompaña a caballo todas las mañanas a recorrer potreros y sembrados. “Más que nunca, ahora que te sé en Olmué trataré de ir a verte”, concluye. ¡Ojalá viniera!

Miércoles 21.

Primera lluvia. He pasado horas apoyada en la ventana de mi pieza que da al huerto mirando llover. Primero fue algo agradable, muy agradable. Respiré más hondo, el aire se aliviaba, se purificaba y los hilos de agua eran finos, graciosos; caían con suavidad, hermoando. Contemplé

mi "torre", el frondoso peral, ahora sin hojas; las gotitas de lluvia quedaban temblando en sus ramas secas.

Al cabo de una hora la fuerza de la lluvia aumentó; ya no eran hilos de agua graciosos, eran chorros pesados que aplastaban todo. Las yerbas y el pasto se doblaban bajo su peso. ¡Qué tristeza más grande!

El cielo más oscuro a cada momento y el agua cayendo y cayendo.

Jueves 22.

Me sé de memoria los dibujos de la alfombra de la galería. Con motivo de la lluvia he quedado presa en la casa. Tía Melania se acostó ayer muy temprano y hoy también. Me he paseado largos ratos por la galería. Hay ciento veintitrés dibujos azules a cada lado.

Viernes 23.

Amaneció de sol hermosísimo. Salí al huerto a correr. Capitán me sintió y luego éramos un par de zapatos y cuatro patitas que dejaban sus huellas en la tierra mojada. ¡Qué delicia! En una de esas carreras tropecé y caí. Capitán, sin control ninguno en su alegría, pescó firme en su hocico uno de mis zapatos y arrancó con él. Inútil llamarlo; desapareció.

Me fui a bañar, porque yo era un pedazo de barro desde el pelo a los pies. Después de un rato fui a saludar a tía Melania, y al entrar, ¿qué veo? Mi zapato embarrado al lado de Pergamino 1.

No alcancé a decir "buenos días", cuando ya tía Melania hablaba.

—Creí que estabas cambiada, Patricia; veo que me equivoqué. El perro me ha traído esto; ¿qué significa?

—No significa nada. Solamente que él me sacó el zapato y arrancó.

—Pero este zapato está todo embarrado, lo que quiere decir que has estado en el huerto. ¿Es que deseas pescarte una pulmonía?

Realmente yo no esperaba tal cosa. Había hecho tantos propósitos y tantos sacrificios y esfuerzos para que tía Melania se aviniera conmigo, que este enojo me impresionó. ¿Irás a terminarse esta era de paz?

Me pareció más prudente no decir nada. Pero ella dijo:

— ¡Qué te quedas allí como una estatua!...

—Disculpe, tía —contesté—, no lo haré más.

Recogí mi zapato sucio y me fui. Al lado afuera de mi pieza estaba Capitán. ¿Es que adivinó lo que había hecho? Se me acercó humildemente mirándome con sus ojos húmedos y algo tristes como pidiendo perdón.

Lo entré a mi pieza y me abracé a él por un rato. Unos cuantos lagrimones se me escaparon contra mi voluntad. ¡Parece que en esta casa sólo él me quiere!

Sábado 24.

Como un rayo de sol llegó para mí una carta de Juanito. Me da las gracias por la torta rica de Nora, y me cuenta que me echa mucho de menos. Al final, unas líneas de su mamá diciéndome que el niño se mejoró bien de la gripe, pero en lo demás sigue igual.

Sábado 31.

Toda una semana dedicada exclusivamente a ser gentil y amable con tía Melania. Hemos adelantado en las estampillas, hemos tejido juntas y le he leído. Un día el tejido tuvo lugar en la galería; fue el miércoles. Hacía calor y logré convencerla de que se sentara afuera a gozar del aire y de los primeros juncos que se abrían en el jardín. Consintió y pareció contenta, pero Pergamino 2 habló entre dientes no sé por cuanto rato. Lo más admirable es que tía Melania no le hizo caso.

Domingo 10 de junio.

He tenido como premio a mi buen comportamiento la alegría de ver a Marcelo. Llegó sin aviso poco antes de almorzar. Traía una cantidad de regalos. A tía Melania, pasteles santiaguinos riquísimos, una botella de jerez, galletas. A mí, chocola-

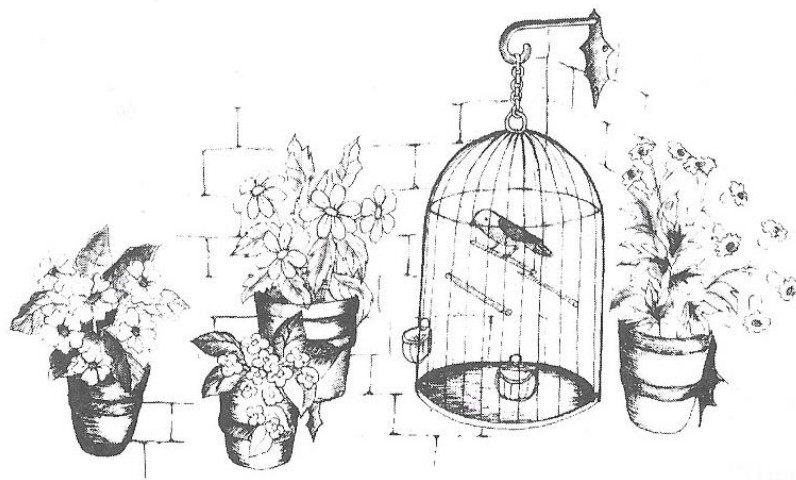
tes y un canarito vivo, cantor, amarillo como el oro, ¡tan precioso!

Hizo su entrada dentro de su jaulita, cantando como creo que no había cantado nunca. Al oírlo me acordé de que Pergamino 1 no soporta ruidos ni cantos; entonces, reuniendo todas mis fuerzas, hasta la última, hasta esa que se deja para cuando uno se está ahogando, hablé en tono conveniente:

—Gracias, Marcelo, pero me lo guardarás en tu quinta mejor. Tía Melania está delicada y le molestan los ruidos.

Ella y Marcelo me miraron fijamente, y ella habló:

—Creo que puedes dejarlo, Patricia, es muy bonito, en realidad; eso sí que ponlo al final de la galería, al lado de tu pieza, y tú lo cuidarás.



Fue tal la emoción que sentí que no atiné a nada. Algo se me atajó en la garganta, algo me cosquilleaba los ojos. Por suerte Marcelo salvó la situación tomando la jaula y dándome la otra mano.

—Con su permiso, Melania, vamos a colgar la casa del canario.

Una vez en mi pieza, me eché en los brazos de mi gran amigo y lloré.

—Esto te hace bien —me dijo.

Pero como el llanto continuara, agregó:

—Ahora ya no más. Mira que hay un sol magnífico y tenemos que aprovecharlo. Además, no podré contar que me mojé en la lluvia, porque tú me estás dejando hecho una compasión. A ver..., a ver..., déjame mirarte..., déjame abrazar a mi valiente Patricia. Estás ganando una batalla tan grande... No me hables nada, sé por qué lloras; sé todo lo que sientes.

—Marcelo —exclamé—, Dios te pague tu cariño, Dios te pague el haber venido ahora.

—Sí —me interrumpió—, a lavarse esa carita, a ponerse un lindo traje y a comer, que tengo un hambre canina.

El almuerzo fue de lo más alegre. Tía Melania celebraba todo lo que contaba Marcelo, y hasta le aceptó el dar “una vueltecita” en el auto.

Nunca había subido en automóvil, confesó, pero aceptaba ya que Marcelo se empeñaba tanto.

Yo no hablaba del susto que sentía al ver ese cambio en tía Melania.

Como a las tres de la tarde, ella, muy abrigada, salió de la casa apoyada en el brazo de Marcelo.

—Si quieres puedes venir tú —le dijo a Eduvigis.

Pero ésta contestó:

—¡Eso jamás, señora, subirme yo a esas máquinas del diablo!..., y si usted me hiciera caso no subiría tampoco. Ojalá se quedara, pero...

—No sigas, no sigas —concluyó tía Melania, sonriéndose.

Yo le abrigué bien las piernas con un gran chal y partimos despacio. Como a los diez minutos pidió que la fuéramos a dejar, diciendo que era suficiente para conocer aquello. No era malo, pero no se comparaba con el coche.

Una vez de regreso en la casa, Marcelo le pidió permiso para dar otra vuelta conmigo, y consintió gustosa, diciendo que a las cinco nos esperaba con el té.

El auto corrió hacia los cerros, y en una loma nos detuvimos. Nos bajamos y comenzamos a subir cantando y riéndonos. Aire fresco, un cielo limpio, un campo abierto. ¡Qué hermosura!

Al llegar arriba de la loma nos sentamos todo lo que nos permitió el tiempo, justo para bajar de nuevo casi corriendo y llegar unos pocos minutos después de las cinco, donde nos esperaba tía Melania con el té listo en su salita.

Marcelo nos enseñó un juego de naipes, un solitario, y se fue a las siete a Viña, para seguir mañana a Santiago.

Fue un día encantador.

Lunes 2.

Pasé toda la mañana preparando unos almá-cigos con Pedro.

Sábado 7.

Toda la semana ha sido más o menos así.

Mañana libre.

Mediodía: lectura a tía Melania; tejido; conversación; si el tiempo está bueno, cuatro o cinco paseos con ella por la galería; avance en el álbum de estampillas; té.

Tarde: juego de naipes.

A las siete: tía Melania se acuesta; ya quedo libre.

Sábado 14.

Al fin escribí a Nora una carta kilométrica; las otras habían sido más o menos, pero ésta me tomó dos días. Tenía tanto que contarle. No en acontecimientos, porque aquí nada sucede distinto, sino en experiencias. Tía Melania es otra persona; tiene momentos en que parece que deseara ser cariñosa conmigo.

Lo más curioso es que ya dos veces me ha dado la razón a mí contra y delante de Pergamino 2. ¿Qué dirá Nora a todo esto?

Martes 17.

Hoy amaneció lloviendo y a mediodía era un diluvio. Tía Melania estaba sumida en tristeza; entonces tuve la buena idea de leerle un capítulo del libro que me regaló papá: *El camino de la dicha*, que copio en seguida por los buenos resultados que tuvo su lectura:

“LA ALEGRÍA”

“Recuerdo haber leído, en 1919 ó 1918, un folleto de Camile Fiaux, titulado *Hacia la alegría*, que contenía cierta leyenda española, *El espejo del monje*. Ya no tengo presente la forma del cuento, pero el fondo se me ha grabado en la memoria y voy a tratar de reproducirlo lo mejor posible.

“En el siglo XV vivía en Valladolid un joven hidalgo, llamado don Quirico. Tenía el corazón fogoso y predispuesto al apego, un corazón de castellano. Tropezó el ardiente jovenzuelo con una encantadora jovenzuela de ojos de brasa, y al punto se quemó en ellos. Por su parte, la conquista complacióse en atizar la llama, y la atizó hasta el día maldito en que, cruzándose con un señor de más alta alcurnia, volvió la espalda sin hacer la menor reverencia.

“Tal despecho y tal pena concibió por ello don Quirico, que pensó seriamente en darse la muerte. Medió muy a propósito un amigo para impedírselo y persuadirle de que debía limitarse a morir para el mundo. Y el hidalgo se retiró al fon-

do de un claustro, el más silencioso y el mejor guardado de todas las Españas.

"En el aire confinado se apagó el brasero, y parecía volver la calma. Así lo comprobó don Quirico, quien experimentaba alivio con semejante cosa.

"Sin embargo, estaba triste, porque triste era todo alrededor suyo. No se encontraba más que con rostros austeros y miradas severas. Una tarde en que estaba más triste todavía que de ordinario y dejábase llevar de la desesperación, se le apareció un ángel radiante:

"—Tranquilízate, don Quirico —le dijo—. Puedes recobrar la alegría en la tierra y asegurártela en los cielos. Nada más fácil, puesto que en mis manos está el talismán que lo consigue. Prométeme sencillamente conformarte durante seis meses al precepto que te indicaré.

"—Hermoso ángel de Dios, te prometo de antemano cuanto quieras. Estoy seguro de mí, pues tengo la firme voluntad de hacer todo lo que se requiera para salir de este estado que ensombrece mi vida.

"El ángel le tendió un espejo.

"—Has de saber —le dijo— que este espejo es semejante al mundo, el cual también se limita a devolvernos la imagen que le presentamos. Te quejas de que el mundo te ponga cara triste. Mírate: ¿tienes gesto alegre y amable?... Sonríe, y el mundo te sonreirá.

"Sonrió el joven monje. El ángel continuó:

"—Vas a jurarme, don Quirico, sonreír así cada mañana, delante del espejo, conservando tu sonrisa a lo largo del día y provocándola a tu alrededor.

"Don Quirico prestó el juramento pedido y se durmió lleno de confianza.

"Al despuntar el alba se despertó con el alma bien dispuesta y cantó con los pájaros. Sus vecinos de celda no creían lo que escuchaban. ¿Quien osaba turbar así la paz austera del claustro?... Advertido de semejante ataque de disipación, bajó el prior y recordó al hermano las severas reglas del convento.

"—Padre —contestó don Quirico—, la alegría divina hincha mi corazón, y canto himnos al Señor, pues me siento dichoso de que me haya dado la vida.

"A partir de aquella hora, el joven monje mostró sin cesar rostro radiante. Durante los cortos momentos de libertad solazaba su alma gozosa entre los frailes. A través de sus relatos y de sus lecciones, les enseñaba siempre el aspecto amable y agradable de los seres y de las cosas que los rodeaban. Fue para ellos muy otra la existencia, y en el convento ingresó el buen humor.

"Un mes más tarde todo el monasterio exultaba, cantaba, se movía y expresaba la alegría desbordante... y virtuosa. Alarmado por esta exaltación creciente, el prior convocó a capítulo y declaró que era preciso desembarazarse de don Quirico. Por desgracia, se le hizo imposible precisar un agravio serio contra el joven monje, cuya piedad era sincera

y cuya docilidad, perfecta. Para obviar la dificultad, uno de los padres aconsejó enviarle al convento de Palencia; se trataba de un convento cuya reputación de austeridad superaba a la de los monasterios todos.

“—Allí —manifestó— don Quirico se verá obligado a calmarse.

“No habían contado con el poder contagioso de la alegría y de la risa. Don Quirico alegró el otro monasterio hasta el punto de que en poco estuvo que Palencia perdiera su renombre de adustez. Inquieto, el prior pidió consejo al gran inquisidor, de visita por allí entonces. Ese personaje cruel y sombrío hizo comparecer a don Quirico, reprochándole su jovialidad. El monje replicó que la religión de Jesucristo era una religión de amor, que el Hijo de Dios no había preconizado jamás la tristeza y que ofrecía tanta armonía de esplendor y de hermosura el espectáculo del mundo que, a no estar ciego, no podía por menos de sentirse transportado de admiración y de alegría al contemplarlo.

“El inquisidor, furioso, declaró que estas palabras constituían una blasfemia y que Dios no exigía sino actos de contrición. Fue condenado el monje como hereje y entregado al verdugo para quemarle vivo. Con objeto de impresionar a los demás religiosos, se los condujo al lugar del suplicio. Apareció don Quirico cantando a voz en cuello. El estado de felicidad que de su ser irradiaba se comunicó a los otros frailes, quienes unieron a los de él sus cánticos a coro. Cuando llameó la hogue-

ra, once de ellos se arrojaron a las llamas para liberar al “justo”, y perecieron los once.

“Experimentó una rabia tan profunda el inquisidor, que murió de ella en el acto. Llegó su alma al umbral del Paraíso, al propio tiempo que las de sus víctimas. Iba San Pedro a abrirle de par en par la puerta, pero el inquisidor se atrevió a protestar; en un tono y un ademán que no admitían réplica; intimó a los religiosos a dirigirse desde luego al infierno. San Pedro, impresionado por la alta personalidad del inquisidor, entreabrió para él solo la puerta celestial, mientras los doce monjes se encaminaban al lugar de las penas eternas. Encamináronse cantando, y cantaban aun después de franquear las puertas del antro donde hasta entonces no se oyeran sino lloros y rechinar de dientes.

“Los demonios los acogieron con miradas llenas de odio, y se aprestaron a torturarlos. Pero los suplicios infernales no surtieron otro resultado que hacerlos sonreír y cantar más. Su alegría paralizó la maldad de los demonios, a quienes hubo de ganar la hilaridad. Pronto las carcajadas de diablos y condenados reemplazaron los sollozos y gemidos. Monjes y demonios formaron una farándula gigantesca y gozosa, a la cual se mezclaron todos los condenados. Cesó el infierno de repercutir blasfemias para no resonar ya sino con aleluyas, tedéum, hosannas y magnificat. Sólo espumarajeaba de rabia Satán, el eterno maldito, viendo a sus presas escapárseles. Quiso oponerse a este delirio de alegría, pero, harto débil para resistir su número, no

tuvo otro recurso que emboscarse detrás de una de sus calderas, con la cabeza entre las manos para no ver ni oír nada; de no hacerlo así, acaso le ganara asimismo el contagio.

“Sorprendidos por estos sonos jubilosos que se elevaban de las profundidades del abismo infernal, desde la altura del Paraíso se asomaron los santos hacia afuera de la bóveda celeste. Tanto y tanto se asomaron, que buena parte de ellos, tomados de vértigo, cayeron en el infierno. ¡Y cuál no fue su asombro al ver que en el lugar maldito se volvía todo amor, júbilo y esplendor! Quedaron conmovidos de la cosa y volaron al Paraíso para suplicar a Dios que llamara a su seno a los huéspedes infernales tan dignos de las alegrías celestes y eternas.

“—Les perdono —adujo Dios—, porque la alegría y el amor los han purificado.

“Pero, encarándose con el gran inquisidor, repuso:

“—Por lo que a ti respecta, te condeno a residir con Satán, en soledad y en silencio frente a ese gran diablo negro, sarcástico, sin entrañas, y allí meditarás mis palabras. Pues en verdad te digo que la virtud es siempre amable y amante. Si a ella prefieren tantos hombres el vicio que, bajo atractivos risueños, no reporta sino pesar y miseria en fin de cuentas, es porque tú y tus semejantes queréis de continuo reprimir los gozosos ímpetus de la virtud y constreñirla a llevar una máscara lúgubre que oculte su verdadera fisonomía y la pureza de su sonrisa conquistadora. Y ten por seguro que el día

en que sobre la tierra reinen la alegría y el amor, habrá cesado de existir el mal”.

—¿Qué le parece, tía Melania?

—Muy interesante —me dijo.

—¿Verdad que es bueno reírse?

—Es que a tu edad todo se mira de un modo diferente. A mis años la alegría no existe. A ver, ¿de qué te alegrarías tú si tuvieras mi edad?

La miré por un instante. ¿Qué habría detrás de esos ojos hundidos?, ¿qué adentro de esa frente marchita?

—Creo que a su edad sería feliz con el recuerdo —contesté—. Seguramente que su vida ha tenido momentos de dicha y de felicidad. ¿Por qué no son esos recuerdos los que alegran su vejez? ¿Por qué no encuentra dulzura recordándolos?

No me dijo nada, pero se puso de pie y me hizo señas para que la siguiera. Abrió un cajón de su cómoda, tomó una llave y salió a la galería, deteniéndose frente a la puerta sagrada. Mi corazón latía como loco, ¿seré tonta?..., como si Juan en persona estuviera allí encerrado.

Abrió la puerta y entramos. Impresionante. Sobre una silla colgaba un uniforme de militar, la cama hecha, en la cómoda un juego de escobillas frente al espejo. Muchos libros, dos o tres en desorden en la mesa. Una caja de cigarrillos, fósforos, cenicero. Otro libro sobre el velador. Parecía que alguien vivía allí y luego regresaría. Tía Melania buscó un álbum de fotografías y comenzó a mostrármelo.

Niños, niños. El, encantador, risueño, de cabecita crespa; ella, de ojos grandes, bonita. Más allá él, de pantalón, seguramente sus primeros pantalones; ella, de rizos, con una muñeca. Después a caballo, en coche, jugando, estudiando. Vestido largo de fiesta, cabellos altos, linda joven; él, con uniforme, apuesto, arrogante. ¡Toda una vida!

—Eramos los dos solos —dijo tía Melania—, nos aveníamos mucho. El era muy bueno conmigo. Su recuerdo me hace sufrir.

—¿Por qué, tía? Debería recordar todos los momentos felices de su vida con él, y pensar que esta separación no es eterna. Usted se reunirá con él algún día, no lo olvide.

—Tú pareces tener mucha fe. Juan también creía como tú. Yo me he olvidado hasta de rezar.

—Por eso es que se desespera, tía Melania. ¿Por qué no reza? Dios siempre escucha nuestra oración. Mire, aquí encima hay un libro que seguramente leería su hermano; ábralo y lea.

Así lo hizo y leyó: “Dame paciencia, Señor, en este trance. Ayúdame, Dios mío, y no temeré por más atribulado que me vea. Y ahora entre estas congojas, ¿qué diré? Señor, hágase tu voluntad. Bien he merecido yo ser atribulado y angustiado”.

El Señor responde: “Yo soy el Señor que conforta en el día de la tribulación. Vengan a mí todos los que sufren”.

Tía Melania pronunciaba calmadamente. Cerró el libro con emoción.

—Llévalo a mi pieza —dijo—, leeremos de vez en cuando.

Abrí la primera página y vi que era la *Imitación de Cristo*. Tenía una dedicatoria: “A mi hijo Juan, recuerdo de su madre”.

¡Así que Juan había leído lo mismo que yo en mis momentos de prueba!...

Después de comida, al darle las buenas noches, tía Melania agregó:

—Gracias, Patricia.

—¿De qué me das las gracias, tía Melania? —pregunté extrañada.

—No sabría especificarlo, pero me has hecho mucho bien hoy día.

Y ahora que escribo antes de acostarme, siento dentro de mí algo muy dulce y reconfortante, una sensación de paz y de dicha.

He mirado el retrato de papá, y me he reído porque se me ocurrió que me decía frunciendo los ojos, con ese gesto tan suyo: —¿Ves, Patricia, que no es tan difícil... triunfar?... ¡Estás haciendo una buena obra..., adelante!

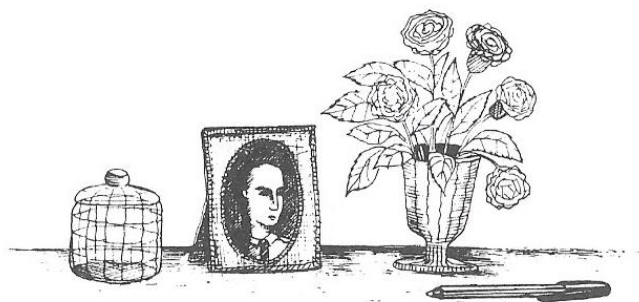
Miércoles 18.

Anoche dormí con el retrato de papá debajo de la almohada, para que me inspire valor. Porque, a decir verdad, y no se lo confieso a nadie, me cuesta enormemente amoldarme a la vida de tía Melania. Cuando estoy con ella mucho rato, salgo con cualquier pretexto y me voy al huerto a correr, a correr. Me muevo porque la inmovilidad me enferma.

Y he descubierto que este sistema concilia todo. Porque una vez que he corrido y cantado, puedo fácilmente permanecer quietecita otro par de horas.

Viernes 20.

Larga carta de papá. Se ha cruzado con la última mía. Le leí párrafos a tía Melania y pareció interesarle el trabajo de él. Me cuenta la emoción que sintió al dar su conferencia reciente en Berlín, delante de un público numeroso, compuesto de profesores y médicos. Lo primero que vio en el escenario, al entrar, fue la bandera chilena. Cree que para fines de agosto termina su gira, y en seguida piensa regresar.



Lunes 23.

Tía Melania amaneció resfriada y no se levantó. Ha pasado todo el día soñolienta y, a mi parecer, con algo de fiebre, pero Pergamino 2 no ha consentido que se le tome la temperatura. Me ha dicho que no hay termómetro en la casa.

Martes 24.

Mucho frío. No llueve, pero el sol debe estar enojado, porque hace días que ni se asoma. Tía Melania se queja de mucho dolor de cabeza. He insistido y vuelvo a insistir con Eduvigis en la necesidad de saber si tiene fiebre. Ella no quiere ni que me acerque a su patrona. Esperaré hasta mañana, y si amanece igual, llamaré al doctor.

Miércoles 25.

Tempranito me fui a ver a tía Melania, y le he dicho que me dé gusto y me permita llamar a don Diego. Como me contestara que bueno, mi primer movimiento fue decirle cuatro cosas, nada más que cuatro, a Pergamino 2; pero muy a tiempo comprendí que no estaría bien eso. Le hablé lo más suavecito que pude, diciéndole que llamaríamos al médico. Hablé todo el tiempo en plural, tratando de que ella se considere la primera más cercana a tía Melania.

Total, que se mandó a la Tránsito con recado a Nicolás de que fuera a Limache a buscar a don Diego.

Como a las dos horas volvió el coche con el doctor. Después que examinó bien a la enferma, escribió unas recetas y le dijo a tía Melania:

—Estos remedios hay que ir a buscarlos a Limache. Me llevo a Patricia para explicarle en el camino qué debe hacer.

Se me suspendió la respiración, pero la enferma contestó:

—Está bien, pero que Nicolás la traiga de vuelta al momento, antes que oscurezca.

—Soy yo quien cuidará a la señora —rezongó Eduvigis.

—Naturalmente —contesté—, usted la cuidará. Yo voy a comprar los remedios.

Miré a tía Melania, y, ¡cosa inaudita!, vi que me sonreía débilmente.

Una vez en el coche, don Diego me dijo:

—Pensé, criatura, que te haría bien una salida, ¿no es cierto?

—Muchas gracias —respondí—. Ahora dígame: ¿es grave lo que tiene la tía?

—No, una gripe fuerte no más, pero hay que cuidarla. Sigue bien estas indicaciones, y yo volveré mañana.

Gocé con el paseo, a pesar de que el campo está triste, sin sol. Dejé a don Diego en su casa. Compré todo lo indicado y regresé, diciéndole a Nicolás que se fuera lo más ligero posible.

Jueves 26.

Tía Melania pasó mejor noche; Eduvigis se queda con ella. Después de almuerzo vino don Diego, y encontró que la temperatura bajaba. En la tarde pasé un largo rato cosiendo sentada al lado de la cama de la enferma, pero sin hablarle; porque ella parece que desea silencio. En la noche, al acercarme a ella, la vi durmiendo; entonces me incliné y la besé en la frente. Nunca lo había hecho; ella misma me dijo una vez que no le gustaba, pero ahora la vi tan sola y enferma. Tal vez no dormía, porque al sentirme abrió los ojos; alcancé a retroceder asustada.

—Acércate, Patricia —dijo—, yo también quiero besarte.

Y rozó mi cabeza con sus labios.

Le sonreí, le arreglé la ropa, las almohadas, y dije a Eduvigis:

—Si usted quiere, duermo yo aquí esta noche. Así usted descansa mejor.

—No, Patricia —interrumpió tía Melania—, no hay necesidad. Anda a acostarte.

—¿Ve usted..., ve usted? —refunfuñó Pergamino 2—, la señora no quiere.

Miré a la enferma, y por segunda vez vi que me sonreía. Yo también le sonreí, y estoy segura de que nos hemos comprendido.

Sábado 28.

La enferma sigue mejor, habla de levantarse, pero habrá que esperar un día de sol; hace tanto frío. Hoy he podido entretenerla con algo. Llegó un sobre para mí con sellos de Melbourne... En mi entusiasmo me fui a la pieza de tía Melania sin abrir la carta y le dije:

— ¡Buenas noticias! Dos hermosos sellos de Australia. ¡Uno de los presos ha contestado!

Ella pareció animarse, y pidió que la sentáramos y le trajeran el álbum necesario.

— Lee la carta — me dijo.

Yo la abrí y, en un momento, me di cuenta de que no podía leérsela. Angustiada, miré el retrato de Juan para pedirle ayuda.

— ¿Por qué te callas?

— Es que estoy traduciendo, tía. Dice así: “Respetada señorita. Agradezco mucho su carta y las frases consoladoras que tiene para mí. Pronto le escribiré más largo contándole mi vida. La saluda con todo respeto”. Y aquí —concluí—, una firma muy enredada. Lo importante es que tenemos dos ejemplares rarísimos con timbres de la cárcel.

Más tarde, sola aquí en mi pieza, volví a leer la carta, que, en realidad, decía así:

“Bella desconocida: Le digo bella porque así debe serlo una mujer que se interesa en escribir unas líneas consoladoras a un infeliz presidiario. Gracias le doy por esto y le ruego vuelva a escribirme, como lo ofrece, contándome las causas de su prisión. ¿Es posible que esté presa, así, entre rejas,

a pan y agua? ¿Quién es ese monstruo sin entrañas que la priva de su libertad? Si yo fuera dueño de mí, iría a rescatarla; cuente con mis puños que saben matar. Me dice usted que puede pasear en un jardín. No comprendo muy bien, pero si así son las cárceles en su país, ¿quién pudiera estar preso allá! Si usted quiere más noticias mías, dígamelo; mientras tanto, reciba el respetuoso saludo de

“EL REO Nº 3”.

“¿Podría mandarme cigarrillos?”

¡Pobre hombre! Le mandaré lo que me pide, pero no pude leer su carta a tía Melania.

Domingo 29.

A mediodía ayudé a Eduvigis a levantar a la enferma. Se ve débil y cansada. La acostamos antes de las cuatro. A esa hora vino don Diego, y se quedó largo rato conversando. Recetó unas gotas para el corazón.

Yo extremo mis cuidados con ella. Me muevo despacito, le acomodo las almohadas, le doy los remedios, le leo un poquito cuando lo pide, rezo con ella, y hoy, delante de don Diego, le he puesto una inyección. Papá me enseñó el verano pasado y no pensé entonces que me iba a ser tan útil. Cuando el doctor dijo que había que ponerle una inyección todos los días, yo hice presente que sa-

bía hacerlo, pero que tal vez tía Melania preferiría una enfermera. Como ella contestara que no quería una enfermera, que lo hiciera yo, le supliqué a don Diego que se quedara, para que viera si yo lo hacía bien.

¡Tenía un miedo!... Antes de preparar la inyección fui a mi pieza y besé el retrato de papá. Entonces me serené pensando que tendría que hacerlo tal como si él me estuviera mirando. Todo salió maravillosamente. La enferma dijo que no le había dolido; el doctor, que se podía confiar en mí, y, ¡lo más inaudito! la sumisión inmediata de Pergamino 2. Me miraba con ojos saltados, y, desde ese momento, siento que se va rindiendo.

Julio — Sábado 5.

Aunque estoy bien cansada no puedo dejar pasar toda la semana sin escribir. Casi no tengo tiempo. ¡Pobre tía Melania!, está mejor, pero ha quedado débil y sin fuerzas. Hay que levantarla, darle de comer, ayudarla a andar. Quiere que esté con ella todo el tiempo y que yo le dé los remedios. Me acuesto rendida.

Para mayor tristeza, ha llovido casi toda la semana.

El jueves estaba yo silenciosa, tejiendo al lado de tía Melania, cuando ella habló:

—¿Por qué hace rato que estás tan callada?

—Escuchaba llover, tía. ¿Hasta cuándo no vendrán los días de sol?

—¿Te entristece la lluvia?

—Sí —contesté.

—A mí también, pero... yo no volveré a ver días de sol.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es la verdad. Y hago bien en recordarlo. Pásame el cofre de mis joyas, en el primer cajón de la cómoda.

Hice lo que me pedía. Abrió el cofre y sacó el collar y demás piezas del juego de corales y me lo pasó.

—Una vez dijiste que te gustaba; tómallo, Patricia. Bien te lo mereces; eres una buena niña.

—Muchas gracias, tía Melania —dije muy emocionada—; en realidad, es muy lindo.

Se detuvo un rato antes de seguir, se sacó el prendedor de azabache que le ponemos todos los días y se lo pasó a Eduvigis.

—Para ti —dijo—, en recuerdo mío.

—Pero, señora —balbuceó la pobre vieja—, yo...

—Póntelo ahora mismo y quiero que sepas una cosa. Cuando yo me muera...

—¿No diga eso! —contestamos en coro Eduvigis y yo.

—¡No!..., ¡no!, déjenme hablar ahora que tengo más ánimo. Yo no tengo a nadie en el mundo. Soy sola. Quiero que esta casa, con todo su terreno, sea para ti, Eduvigis; tú has sido mi fiel compañera por tantos años. A Patricia le dejo mi cofre y todo lo que le guste. ¿Respetarás mi voluntad?

Eduvigis lloraba.

—Sí, sí, señora —sollozó.

—¿Y tú, Patricia?

—Haré todo lo que usted quiera, tía, esté tranquila.

—Bien; ahora no hablemos más de esto; tengo un testamento hecho así a favor tuyo, Eduvigis. Creo que no habrá necesidad de hacer venir al notario para que tú respetes y cumplas mi voluntad en lo que te pido para Patricia.

—No, señora —volvió a sollozar Eduvigis—, se hará tal como usted ordene, pero no piense en eso.

—Es mejor pensarlo con tiempo. Mira, Patricia, ¿crees tú que vendría a verme el señor cura?

—Seguramente, tía.

—Entonces, me gustaría verlo mañana, tengo algo para sus pobres.

Así es que yo mandé a buscar a Nicolás y le entregué una tarjeta para el señor cura; allí le pido que venga a ver a tía Melania.

Domingo 6.

¡Gracias, Dios mío, por la dicha que he sentido! Después de almuerzo vino el señor cura. Un sacerdote de edad, de hablar reposado, de un mirar suave y tranquilo, que inspira confianza.

Tía Melania quiso que la dejaran sola con él, y, cuando volví donde ella, a su llamado, habían pasado más de dos horas.

El sacerdote se despedía diciéndole:

—Si usted quiere, vuelvo a verla.

—Sí, vuelva, señor cura —contestó ella—, yo le avisaré, y muchas gracias.

Una vez sola conmigo me dijo, mirándome con unos ojos tan serenos que nunca le había visto:

—Me siento tan tranquila y dichosa. A ti te debo esta paz; tú me has hecho volver a pensar en Dios. ¡Qué consolador es sentir el perdón del Señor cuando una reconoce sus faltas y sus errores! ¡Qué dulzura llena el corazón cuando El nos bendice! Siempre tuve miedo a la muerte, ahora no. Creo que allá comenzaré a ser feliz con los seres que amé aquí. Patricia, eres una niña todavía, pero ya tienes a tu favor la conquista de un corazón tan difícil como el mío.

—¡Tía!... —exclamé.

—No, no digas nada. Es la verdad. Fui muy dura contigo, hasta cruel, porque así lo era con todos a mi alrededor. Mi dolor no se había transformado en dulzura ni en suavidad; me hizo áspera y dura, porque yo creía más en el odio que en el amor. Ahora encontré mi verdadero camino.

Guardamos silencio un largo rato. Ella me tenía abrazada y yo no sabía que contestarle. Cuando entró Eduvigis, pidió que la acostáramos.

Más tarde, cuando ya quiso dormirse, yo le coloqué al cuello, pendiente de una cinta negra, un pequeño crucifijo que me regaló la madre Vergara en el colegio.

—Quisiera que guardara esto en recuerdo de hoy día —le dije.

Lo besó con fervor, y me sonrió con esa mirada apacible y serena que tiene ahora.

Lunes 7.

Anoche Capitán ladró mucho. Más que ladridos, eran como quejas en aullidos largos. Me tuvo desvelada. La gente del campo dice que cuando los perros aúllan así, es porque ven rondar la muerte.

Nunca he sido miedosa, pero anoche, seguramente serían mis nervios un poco sobreexcitados, ¡tenía una angustia, un susto!...

Hoy amaneció de sol. Saqué a mi canario al jardín y allí vi las primeras violetas. Recogí un ramito y lo puse en la bandeja del desayuno de tía Melania.

—Son las primeras —le dije, al entrar a su pieza—. Viera qué lindo día. Un sol precioso; ya luego vendrá la primavera.

—Sí, luego llegará —me contestó como hablando a solas.

En la tarde vino don Diego y no recetó nada nuevo. Jugamos naipes un rato entre los tres.

Lunes 14.

La enferma, más o menos toda la semana, un día con ánimo, otro, haciendo esfuerzos por no quejarse; pero hoy no ha querido levantarse y ha pasado dormitando todo el día.

Martes 15.

Tía Melania está con fiebre de nuevo y me ha dicho que le duele mucho la espalda. Mandé llamar a don Diego. Vino al momento. Después de haberla examinado, nos llamó afuera a Eduvigis y a mí, y nos dijo que se le había declarado una pulmonía. Nos dio todas las instrucciones del caso y quedó de volver mañana temprano.

Sábado 19.

Aprovecho un rato que tía Melania duerme tranquila para venir a mi pieza y escribir algo. Desde el martes duermo en la salita, al lado del dormitorio de la tía, para estar más a la mano si necesita algo; así ayudo mejor a Eduvigis. Entre las dos le hacemos los remedios. ¡Pobre tía Melania!; con qué paciencia soporta todo; sólo se queja cuando le ponemos las cataplasmas. Don Diego ha venido todos los días y dice que la enfermedad sigue su curso; pero que ella tiene dos puntos en su contra: sus años y su corazón débil; sin embargo cree que pasará la crisis.

Nunca me había tocado cuidar a un enfermo grave ni había visto a nadie así. ¡Es bien triste!; pero es tal lo que me absorbe el tratar de aliviar los dolores de la enferma, que no alcanzo a pensar si soy capaz o no. Me parece que soy otra persona. La Patricia alegre y locuela que brincaba arriba de los árboles, cantando y riendo, está encerrada dur-

miendo, y la reemplaza otra Patricia, seria, tranquila y formal, completamente dedicada a cumplir un deber, quizás superior a sus fuerzas. Pero estoy poniendo todo mi empeño.

Martes 22.

Carta ansiosa de Nora, extrañada de mi largo silencio. Le escribí unas líneas explicándole todo lo que sucede. Terminé diciéndole: "No temas por mí, estoy convertida en una joven modelo, sólo me hace falta tu compañía".

Miércoles 23.

¡Hemos pasado un susto tan grande! Tía Melania tuvo una fatiga esta mañana. Mientras la Tránsito corría a buscar a Nicolás para llamar a don Diego, Eduvigis me ayudaba a poner una inyección de alcanfor a la enferma. Después de un rato, volvió en sí y me tomó la mano.

—No me dejes, Patricia —murmuró.

—No, tía —le he dicho—, estoy aquí todo el tiempo.

Y me quedé allí, con su mano entre las mías, hasta que sentí el coche de Nicolás. Venía solo, trayéndome una carta de don Diego. Me decía que estaba enfermo en cama con fiebre, de modo que no se atrevía a levantarse. Me daba instrucciones en

caso de otra fatiga y me pedía que, si yo encontraba algún otro síntoma grave en la enferma, fuera yo misma a relatárselo, para darse más cuenta, y que lo tuviera al corriente del estado de tía Melania.

Viernes 25.

Un telegrama de Nora preguntando por la enferma y si podría ser útil. Le he contestado tranquilizándola, porque, en realidad, tía Melania tiene mejor aspecto. La fiebre baja y los dolores disminuyen. Me doy cuenta de que, a sus años, debe ser mucho más difícil vencer una enfermedad tan grave.

En la tarde vino el señor cura. Tía Melania se demostró muy contenta, y manifestó el deseo de comulgar mañana. Y así quedó convenido.

Sábado 26.

Anoche llovió, pero hoy está el cielo azul y brilla el sol. Son las tres de la tarde. La enferma duerme y he venido a mi pieza a escribir. Me levanté muy temprano hoy y recogí todas las flores que pude, para arreglar un pequeño altar sobre la cómoda, en la pieza de tía Melania. A las ocho y media llegó el sacerdote. Cuando se acercó a la cama de la enferma, la bendijo, y luego, al darle la Sagrada Hostia, ella pareció transfigurada. Yo podría descri-

bir su expresión como de completa paz. Daba agrado mirarla, tal serenidad y dulzura tenían sus ojos. Quedóse largo rato con las manos cruzadas, rezando a media voz.

Una vez que el sacerdote se fue, Eduvigis y yo nos sentamos a su lado y ella nos miró como pidiendo algo.

Yo comprendí. Abracé a Eduvigis mientras le decía a tía Melania:

—No se preocupe, ¿no ve que ahora somos buenas amigas?

Eduvigis se puso a llorar, y a tía Melania también se le llenaron los ojos de lágrimas.

¡Dios mío! Ahora que estoy aquí sola en mi pieza, pienso cómo puede un ser cambiar tanto... ¡Yo abrazando a Pergamino 2! Y lo hice sinceramente. La creía mi peor verdugo y ahora la considero una buena y abnegadísima mujer. Ya no podré llamarla más Pergamino 2. ¡Pobre vieja! Me he convencido de que no hay seres malos en la vida. Lo que pasa es que cada uno tiene su manera diferente de ser bueno. Al que es brusco le molesta la suavidad de los otros y los cree hipócritas; y al que es sencillo y suave le duele el modo duro y cortante de los que él cree con corazón de piedra. Debe ser algo así como tener la cabeza rubia o negra; el pelo es igual, el color es distinto.

Me siento cansada. Voy a aprovechar de dormir un ratito, hasta que Eduvigis me venga a llamar.

Lunes 28.

He mandado a Nicolás a saber de don Diego. Continúa enfermo. Tía Melania se adelgaza visiblemente, pero dice tener menos dolor. Hoy no ha querido comer nada, a pesar de todas mis súplicas.

Martes 29.

La enferma con un poco más de ánimo. Comió algo y estuvo con más fuerzas.

Jueves 31.

Eduvigis ha insistido en que me acueste un par de horas, pero antes de hacerlo quiero escribir un poco. Anoche nos quedamos las dos en pie toda la noche. Tía Melania tenía muy malo el pulso. En la tarde apenas habló, estaba desasosegada; con la inyección que le puse se tranquilizó, y por un rato estuvo repitiendo, despacito: "Señor mío, ten misericordia de mí", teniendo el crucifijo que yo le di, muy apretado, entre sus manos.

En un momento que la miraba con tanta lástima, se me ocurrió pensar en su vida tan sola y tan triste; entonces me incliné hasta besarla en la frente, mientras le decía:

—Tía Melania, yo la quiero mucho.

Vi lágrimas en sus ojos, y se las sequé con suavidad.

—Yo también te quiero mucho, Patricia —me contestó.

Después de eso no volvió a hablar en toda la noche. A ratos despertaba, pero no pedía nada. Hoy amaneció durmiendo más tranquila; por eso Eduvigis insistió en que yo me acueste un rato. Así lo haré.

Agosto — Viernes 10.

Me tiembla la mano al tratar de escribir. Hoy a las cinco de la mañana murió tía Melania. ¡Buen Jesús, recíbela en tus brazos!

Sábado 2.

Por unas tres o cuatro horas estaré sola con Eduvigis, y aunque se me ha pedido que descanse y que duerma, no he podido hacerlo. He sufrido una sacudida tan grande que me parece encontrar algo de alivio poniéndome a escribir. ¡Qué triste es la venida de la muerte y qué imponente es su tremenda soledad!

El jueves me acosté a insistencia de Eduvigis y dormí hasta la hora de almuerzo. La enferma parecía tranquila, no se quejaba y tenía los ojos cerrados.

Como a las dos de la tarde comenzó a llover con furia. Le propuse a Eduvigis llamar a Nicolás para ir yo donde el doctor, a ver si indicaba algo

más, pero ella se opuso, diciéndome que su patrona parecía dormir sosegada y que podía yo enfermarme si salía con ese frío. Y ahora debía cuidarme más que nunca. Me pareció razonable el argumento, pero no sé por qué hubiera deseado consultar a don Diego.

Toda la tarde la pasamos al lado de tía Melania, que no quiso comer nada. Si abría los ojos miraba a Eduvigis o me miraba a mí, y volvía a cerrarlos.

Como a las diez de la noche me acosté en la salita. No había pasado media hora cuando Eduvigis me llama. A tía Melania le había dado una fatiga. Preparé la inyección mientras ordenaba a la Tránsito que fuera en busca de Nicolás.

Las fricciones, bolsas calientes, café, aceite alcanforado, reanimaron un poco a la enferma. Apenas sentí el ruido del coche le dije a Eduvigis:

—No hay tiempo que perder; la Tránsito no puede ir, porque no sabría explicarle nada. Usted no debe moverse del lado de ella. Yo iré.

—Señorita Patricia —sollozó la pobre mujer—, no se vaya a enfermar con esta noche. ¡Qué hacemos, Dios mío!

—No me pasará nada; me abrigaré bien. No se olvide de estas gotas...; que la Tránsito se quede aquí también.

Fui a buscar mi abrigo grueso y salí. Llovía despiadadamente. Los dos faroles del coche arrojaban un simulacro de luz en el pavimento resbaloso.

—Buenas noches, Nicolás —dije—; lo más ligero que pueda a la casa de don Diego.

—¿Está muy mal la señora?

—Sí —contesté.

Y comenzamos un camino que no olvidaré en los días de mi vida. El viejo iba debajo de una manta de hule, por donde corría el agua como por un techo demasiado inclinado. Yo me acurruqué al fondo del asiento, protegida por la capota, pero aquel rincón oscuro me asustó de tal modo, que al cabo de un rato le pedí a Nicolás que se detuviera.

—No puedo ir sola allí dentro —dije—; déjeme aquí a su lado.

—¡Pero, señorita, por Dios, se va a empapar!

—No importa, Nicolás, pero allá me voy a poner a llorar, que es mucho peor.

Me hizo un sitio al lado suyo, tapándome las piernas con otro pedazo de hule. El chal que me dio Eduvigis para abrigarme me lo puse en la cabeza. Y así seguimos.

El cielo todo negro se cortaba a ratos con el filo de un relámpago. Rugía el trueno a lo lejos, silbaba el viento, ladraban los perros al paso del coche y caía y caía la lluvia.

—Tengo miedo, Nicolás —dije, en un momento en que tropezó uno de los caballos.

—No, señorita —me contestó—; noches peores he visto yo. Afírmese bien no más y cierre los ojos si puede, así no ve este aguacero que la asusta.

Pero no podía cerrar los ojos; al contrario, los abría más... Los árboles, mis buenos amigos los árboles, parecían enormes gigantes amenazadores; las

ramas se agitaban como brazos inmensos. Ni un ser por la calle, y en las casas no se divisaba ni una luz.

Todo cerrado, todo oscuro. Causaban pavor el trote de los caballos chorreando agua, el ladrido de los perros que corrían a las puertas al sentirnos pasar, y uno que otro bulto negro que se movía en los potreros. Algún animal buscando mejor refugio contra la tormenta.

“¡Con tal que lleguemos a tiempo!”, pensaba.

Al fin divisamos el puente que lleva a Lima-che. Al cruzarlo, un viento más helado nos azotó implacable. Del otro lado el pueblo tenía luces, y una que otra puerta dejaba escapar un chorro luminoso. Llegamos.

Ruido de llaves, cerrojos que se corren y el grito de la empleada del doctor:

—¡Jesús, señorita, a estas horas y cómo viene!

Ni le contesté. Le di mi abrigo y mi chal, y seguí hasta la pieza de don Diego. Al golpear sentí su voz angustiada.

—Entra, Patricia; ¿qué sucede?

—Tía Melania está muy mal —dije—; le ha dado otra fatiga; no tiene pulso; no sé qué hacer.

—¡Pobrecita! —oí que murmuraba—. Acércate, hijita; vas a tener ayuda al momento. Está aquí uno de mis sobrinos, Eduardo, que es médico, y ha venido a cuidarme al saber que yo estaba enfermo. El irá a verla.

Sólo entonces me di cuenta de que había otra persona en la habitación. Un joven alto, más o menos delgado, con una cara muy simpática, que me tendió la mano.

— ¡Pero usted está helada! —exclamó.

—Don Diego —dije, acercándome a él—; tengo tanto susto..., y ¿si se muere tía Melania?

—No, hijita, no se morirá. Ya ves, a mí también me ha dado pulmonía; por eso no pude seguir yendo a verla, pero ya pasó el peligro. Este niño me ha mejorado y también mejorará a tu enferma. Ten plena confianza en él, como si fuera yo.

Hizo algunas indicaciones al joven y terminó:

—Tú sabrás mejor..., lo esencial es esta criatura, ¿me comprendes? Está sola allá.

—Comprendo perfectamente, tío —contestó él—; quédese tranquilo; yo voy a sacar mi coche, así llegaremos más ligero.

—¿Y Nicolás? —pregunté.

—Nicolás se puede quedar aquí si quiere —dijo don Diego—; hasta mañana; mejor que tú te vayas con Eduardo lo más ligero posible.

Minutos después salíamos a la lluvia. Le dije a Nicolás el recado del doctor, y me contestó:

—Gracias, patroncita; pero ¿y mis caballos? No los puedo dejar toda la noche en esta lluvia. Prefiero volverme; un poco más de agua, pero nos cobijamos después.

—Es cierto, Nicolás —dije—; hasta luego entonces.

Lo oí que animaba sus caballos mientras el auto salía. Parecíamos ir cortando la lluvia; tan espesa se veía el agua delante de nosotros. Yo iba callada; lo sucedido desde que Eduvigis me llamó asustada eran una serie de acontecimientos tan inusitados y diversos que me parecía estar soñando.

Mi compañero, al notar mi preocupación, comenzó a hablarme. Me dijo que hacía una semana venía todos los días desde Valparaíso para atender a su tío Diego. El es médico del Hospital Alemán; el sábado pasado se quedó en Limache hasta el otro día, porque el enfermo estaba grave. Ya pasó todo peligro, pero hoy llovía tan fuerte, y por darle gusto a don Diego se quedó a pasar la noche, de lo cual se alegraba, ya que así podría ser útil a una paciente y amiga de tantos años de su tío.

—¿Así que estuvo grave don Diego?

—Bueno —contestó él—; lo que agrava en estos casos es la edad, porque no se tiene la misma resistencia.

—Me alegro tanto de que ya esté mejor; le tengo mucho cariño a su tío, porque fue tan cariñoso conmigo cuando estuve enferma una vez en el verano. Entonces no estaba sola, mi hermana vivía aquí también; ahora ella se casó y se fue al sur. Mi mamá está en Buenos Aires y mi papá en Europa.

—Mi tío me había hablado de ustedes —siguió él—; porque yo fui discípulo de su padre. Es un gran profesor.

Al oír esto salté de mi asiento.

—¿De verás? —pregunté—. ¿Qué tal es papá haciendo clases? Usted no sabe el gusto que me da contándole que lo conoce. Lo echo tanto de menos. Ahora está tan lejos.

—Yo guardo los mejores recuerdos de su padre. Es un sabio. ¿Qué noticias ha tenido de él?

Y así conversando del papá llegamos de vuelta a Olmué. En este viaje llovía lo mismo, pero yo no

tenía miedo. Sería que dentro del auto, sin mojar-me y no sintiendo los ruidos de afuera, se desvanecían por sí solas las causas que me asustaron a la ida.

Eduvigis, al sentirme entrar, me esperó allado afuera del dormitorio de la enferma.

—¿Cómo sigue? —pregunté, ansiosa.

—Lo mismo —contestó ella—; pero la busca a usted, porque dos veces ha mirado para todos lados y mueve los labios, pero no habla. ¡Gracias a Dios que está de vuelta!

—Traigo un médico, Eduvigis; sobrino de don Diego. Vamos a hacer lo que él diga:

Entramos a la pieza y Eduardo se acercó a la cama. Tomó el pulso largo rato, vio los medicamentos encima de la mesita y me dijo:

—Está bien lo que se ha hecho. Vamos a esperar un momento.

En pocos minutos me cambié de ropa, tomé algo caliente, porque en realidad me sentía helada, y me fui al lado de tía Melania.

En ese momento abría los ojos y los fijó en mí. Me inclinó, tomándole las manos.

—¿Quiere algo, tía? —pregunté.

Movió los labios solamente.

Eduardo se acercó a mí, diciéndome:

—¿No quiere descansar un rato? Yo me quedaré aquí toda la noche.

Entonces lo llamé afuera y le pedí que si encontraba muy mal a tía Melania me dijera la verdad y no me engañara.

—No —dijo—; no quiero engañarla, aunque es doloroso. Está muy mal, no creo que pase la noche.

—¡Dios mío! —exclamé—. No se vaya, por favor; con usted me siento más tranquila. Yo sola no sabría qué hacer.

—Por supuesto que me quedo; no tenga cuidado.

Y volvimos al lado de la enferma.

¡Qué horas de sufrir! Eduardo a un lado de tía Melania, atento a cualquier movimiento, dándole algunas gotitas, tomándole el pulso, mojándole los labios. Eduvigis y yo al otro lado, silenciosas. A ratos rezábamos los tres despacito. Yo sentía una angustia y desesperación atroces, y por un momento no pude reprimir los sollozos que me ahogaban. Sentí los brazos de Eduvigis que me rodeaban, mientras ella decía:

—Valor, señorita Patricia. Usted ha sido tan valiente hasta ahora; que la señora no la sienta llorar, porque eso la haría sufrir.

Al oír eso, hice un esfuerzo por serenarme, y le pregunté a Eduardo:

—¿Usted cree que sufre, que siente dolor?

—No, no sufre; el calmante la tiene sin dolores. Está como durmiendo.

La campana del reloj de tía Melania dio las dos; las tres; las cuatro... Hasta esa hora llovió sin parar. Luego cesó la lluvia y comenzaron a cantar los gallos. Amanecía.

Me acerqué a Eduardo, y le dije al oído:

—Por favor, ¿es que no se puede hacer nada más?

—No —me dijo—; pero ella está tan tranquila, ¿no lo ve? Es una linda muerte, se quedará dormida sin sufrir.

Me puse de rodillas de nuevo al lado de la cama y comenzamos a rezar. Tránsito también estaba con nosotros.

Tía Melania tenía apretado contra su pecho el crucifijo que yo le di. Inmóvil, parecía dormir con una expresión de suprema paz.

Daban las cinco en el reloj y yo concluía la oración a la Virgen:

—No me dejes, Madre Mía, en mi postrera agonía —cuando vi que Eduardo ponía su mano sobre los párpados de tía Melania, y me decía:

—Bésela por última vez. Ya descansa; ya está en el cielo.

No podría describir lo que me sucedió. Creí que iría a llorar, pero no fue así. Me incliné, besé a tía Melania y le hice una cruz en la frente. Luego abracé a Eduvigis, que sollozaba a los pies de la cama. Me fui a la cómoda de la tía donde había visto un medallón antiguo con el retrato de Juan; lo tomé, y con la ayuda de Eduardo se lo coloqué al cuello a tía Melania. Le cruzamos las manos sobre el pecho y debajo de ellas el crucifijo y el medallón.

Salí de la pieza y afuera en la galería vi a Capitán gimiendo. Al verme, saltó a mi lado. Seguí por la galería y al lado afuera de mi pieza me senté con el perro a mis pies. El jardín estaba envuelto como en una gasa transparente. Una luz difusa, sin relieves ni sombras, algo tan extraordinario que nunca

había visto. Yo lo llamaría la forma real de la tristeza: soledad, silencio, desamparo.

No sé cuánto rato me quedaría así, con los ojos fijos en eso que me rodeaba, plumizo, gris, con vapores de humedad abajo y vapores de neblina arriba. Sentí la voz de Eduardo que me decía:

—Usted prometió hacerme caso en todo. Venga.

Lo seguí obediente, sumisa, sin decir nada.

Me llevó a la salita de tía Melania, me hizo tenderme en el sofá y me dio a tomar algo en un vaso.

—Ahora se queda aquí, bien abrigada, y trate de dormir. Dígame una cosa no más: ¿a quién debo avisar?

—Hable por teléfono con Marcelo. El verá qué hay que hacer.

Y le di el número de mi gran amigo.

Un agradable cansancio se fue apoderando de mí y me quedé dormida.

Al despertar vi a mi lado a Eduardo.

—Estoy aquí —me dijo—, como se lo prometí. Se siente mejor, ¿no es cierto?

—Sí —contesté—. ¿He dormido mucho rato?

—Unas tres horas. Hablé a Santiago y...

—¿Qué dice Marcelo? —interrumpí.

—Que se viene al momento. Como a las once estará aquí. Son las nueve y media.

—Pero usted no se vaya —supliqué, tendiéndole la mano.

—No, por nada —contestó, estrechando mis manos en las suyas—. Ahora tengo otra enferma y muy regalona, ¿no es cierto?

—Sí —dije—. ¿Me deja ir a la pieza de tía Melania? Ahora me siento con fuerzas.

Fuimos allá. Reposaba en su cama con una dulce expresión de paz. Salí al jardín a recoger flores. Lucía el sol ahora hecho luz y color, pero también hacía mucho frío. Todo estaba mojado con la lluvia de la noche; sin embargo recogí lindas violetas, juncos y rosas. Hice un ramo y lo puse a los pies de tía Melania.

Eduvigis me contó que ella mandó a la Tránsito a buscar al párroco, quien había venido al momento. Esto pasó mientras yo dormía, y Eduardo no quiso que se me despertara.

Como a las once llegó el auto de Marcelo. Corrí a recibirlo, y al verlo que me tendía los brazos, fue como sentir a papá, a mamá y a Nora. Al minuto siguiente lloraba sin consuelo. Me hizo bien, porque se alivió esa cosa tirante que sentía dentro. Marcelo me llevó abrazada hasta mi pieza y se quedó allí conmigo, sentado a mi lado, hasta que me calmé. El mismo me secó los ojos.

—Mi Patricia —dijo—; ahora te quiero más que nunca. Te has portado como..., no sé cómo decírtelo, pero estoy orgulloso de ti. Ya no te dejo más. Te irás conmigo. Antes de venirme puse un telegrama a Nora.

Conté a Marcelo todo lo sucedido.

—¿Por qué no me llamaste, Patricia, al verla tan enferma?

—Es que no sabía; nunca había visto a nadie así. No creí que era tan grave.

—Vamos a verla —me dijo él.

Explicué a Marcelo que tía Melania me había dicho un día que ella deseaba que la enterraran en Valparaíso, junto a su hermano Juan, en la tumba de sus padres; que por nada la dejaran en Limache.

Marcelo pidió a Eduardo que arreglara por teléfono con una empresa fúnebre, pidiendo todo lo necesario y que el entierro sería al día siguiente, a las cuatro de la tarde.

Al regresar, Eduardo nos dijo que fue también a ver a su tío y le contó la triste noticia, y que él me pedía lo pasara a ver antes de irme a Santiago.

Unas dos horas después trajeron el cajón. El viejo Pedro hizo unas coronas que él mismo colocó al lado del ataúd. Estaba muy conmovido.

Llegó un telegrama de Nora, diciendo que se iba en el primer tren a Santiago.

Eduardo volvió en la tarde donde su tío, y en seguida regresó, diciendo que pasaría la noche con nosotros.

Daba pena ver a la pobre Eduvigis. Envejeció años en unas horas, y, en realidad, se veía como una cosita trunca, que le faltase la mitad de su ser.

Aunque hice esfuerzos por quedarme despierta, me dormí después de medianoche, sentada al lado de Marcelo. Al despertar me encontré acostada en el sofá, muy abrigada. Miré extrañada al principio, pero luego me di cuenta de todo lo ocurrido.

En la pieza del lado estaba el ataúd rodeado de flores y luces, acompañado de Eduvigis y de la Tránsito. En la galería fumaban Marcelo y Eduardo.

Busqué el reloj de tía Melania y vi que eran las cinco y media. Veinticuatro horas que había muerto. Me fui al lado de Eduvigis y rezamos.

—Antes de que se lleven a tía Melania —le dije—, quiero pedirle perdón por todos los malos ratos que le he dado.

—Señorita Patricia —exclamó ella—; no diga eso. ¡Si usted es un ángel, un verdadero ángel!

Tía Melania estaba muy blanca y con una suave expresión de reposo y de dicha. Confortaba mirarla.

No puedo escribir más ahora, me duele el brazo; además, siento que vienen de vuelta los que fueron a Valparaíso.

Santiago — Lunes 4.

Estoy en Santiago otra vez, en la quinta de Marcelo. Son las seis de la tarde. Acabamos de tomar el té, un té rico, con tostadas, de esas tostadas bien delgaditas, como papel, que me gustan a mí y que crujen al comerlas. Estamos en el living; la chimenea encendida; a un lado, Marcelo fuma su pipa y lee; al otro, Nora tejiendo. Yo un poco más lejos, en una mesita. He dicho que tengo que escribir y he traído mi *Diario*, mi fiel compañero.

Me siento tan reposada y con una sensación agradable de bienestar. Vengo saliendo de unos

días difíciles y llenos de tristeza y me encuentro de pronto en este ambiente como de sueño.

¡Olmué! Si me parece que he leído o me han contado todo lo que allí sucedió. Tía Melania ya descansa en paz, y qué consuelo siento dentro de mí al pensar que alegré sus últimos días, según ella le contó a Eduvigis.

El sábado a las dos de la tarde llegó el carro automóvil a buscar sus restos. Cuando cerraron el ataúd, yo puse un ramito de violetas junto a ella. Eduardo llevó en su auto al señor cura, y Marcelo llevó a Pedro y a Nicolás, que deseaban acompañar a su patrona.

Al sacar el ataúd me pareció que esa casa se concluía, que todo se iba con su dueña. Marcelo y Eduardo me pidieron que me recostara y descansara, mientras ellos volvían, pero yo me fui a mi pieza a escribir. Tenía tanto que contarle a mi *Diario*; además, de ese modo me obligaba a pensar en otra cosa.

Cuando ellos llegaron de vuelta, eran más de las cinco. Fui a la pieza de tía Melania y sentí sollozos. En un rincón lloraba desconsoladamente la pobre Eduvigis. Y afirmado en la cama vacía, Capi-tán la miraba, como preguntándose qué sucedía.

Traté de consolar a Eduvigis y la saqué para afuera, allí se puso a llorar más fuerte al saber que yo me iba al día siguiente.

—Señorita —sollozó—, no se vaya todavía, al menos hasta que elija lo que quiere para usted y se lo lleve. Hay que cumplir los deseos de la señora.

Yo sé que harto debe haber sufrido aquí, pero créame, ahora todos la queremos tanto.

—Sí, lo sé, Eduvigis —contesté—; pero es imposible que me quede, mi hermana me está esperando. Pero vendré a verla. Sobre lo que yo deseo para mí lo veremos después. Dejemos todo como está, mejor. Ocupe usted las piezas y los muebles que quiera, lo demás lo conserva para mí. Seguramente vendré en el verano, ¿le parece bien?

—Ojalá, señorita Patricia. ¿Para qué quiero yo toda la casa? La señora me había regalado de todo, así que tampoco necesito muebles. Arreglaré una pieza para Pedro, porque él se vendrá a vivir aquí. Tiene una nietecita, huérfana de diez años. Así yo puedo cuidarla a ella y él se encarga del jardín; haremos un gallinero y también venderemos verduras. Esto me lo propuso él ayer en la tarde, al verme tan afligida.

—Espléndido, Eduvigis; así no se queda tan sola. ¿Y la Tránsito?

—Ella se buscará trabajo en otra casa; pero que venga las veces que quiera, yo le he dicho que esta es su casa.

—Muy bien me parece. Pero dígame una cosa, Eduvigis, la niñita esa..., es decir, ¿tendrá usted paciencia con ella?

—Bien hace en decírmelo, señorita —y volvió a sollozar—; yo que no podía oír ruidos ni risas, pero ahora..., si me ha sucedido igual que a mi patrona.

—¿Qué le ha sucedido?

—Poco antes de caer enferma ella me dijo una tarde: “Eduvigis, ¿te das cuenta de que esta casa es otra desde que Patricia está con nosotras?... Creo que ahora no podría vivir sin sentirla moverse, reír y cantar”.

—¿Ella le dijo eso? —pregunté, ansiosa.

—Sí, señorita; y yo me di cuenta de que también yo comenzaba a quererla tanto, que no podía imaginarme la casa sin usted.

—Así que la nietecita de Pedro la va a consolar. Me alegro mucho, Eduvigis. Yo vendré a verla cuando pueda, y en el verano me tiene la casa y el jardín bien lindos. Ahora sólo me llevaré la colección de estampillas de Juan y el cofre que me dio tía Melania.

Recibí telegrama de Nora desde Santiago. Me dice que tomará el tren de un cuarto para las seis para Limache.

Corrí a contarle la noticia a Marcelo, y como en esos momentos Eduardo se disponía a irse, le dije que se quedara a comer con nosotros para que así conociera a mi hermana. Consintió al momento.

Pasé el resto de la tarde arreglando mis cosas y llenando mi baúl.

En el auto de Marcelo fuimos los tres a la estación a esperar a Nora.

—Qué gusto tengo —dije a Marcelo—; volver a verla tan luego. Yo no lo esperaba.

—La vida es así —me contestó él; goces y penas juntos, lluvia y sol.

El abrazo que nos dimos Nora y yo en el andén creo que duró una hora. Unos lagrimones que

se me querían escapar se volvían a su sitio, porque me reía sin saber por qué.

—Bueno, bueno —dijo Marcelo—; yo también quiero un abrazo.

Presentamos a Eduardo y regresamos a casa.

El camino fue un preguntar y responder de ambos lados. Nora —¡si no digo yo que es Perfecta!— traía un chaleco de lana negra de regalo para Eduvigis y otro para la Tránsito.

Después de comida se despidió Eduardo.

—Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mi hermana —dijo Nora, cariñosamente.

El no contestó, se quedó mirándome a mí, con sus ojos grandes, claros, expresivos.

—Sí —agregué yo—; estoy muy agradecida. No sé qué habría hecho sin usted, Eduardo.

Algo contestó a media voz, que no le entendí. Se despidió de Marcelo. Yo salí hasta la reja, y sólo allí me di cuenta de que Nora y Marcelo se habían quedado en la galería.

Eduardo me dijo:

—Patricia, si usted lo permite, iré a verla a Santiago. Las circunstancias en que nos hemos conocido nos han hecho amigos de muchos años, ¿no es cierto?

—Sí —dije, sonriéndole—; vaya a verme; eso sí que yo me voy al Sur con mi hermana.

—Esperaré que vuelva.

—Bueno —contesté.

—Gracias, Patricia, y hasta la vista.

Partió el coche y yo cerré la reja, mirando al cielo. Brillaban todas las estrellas.

Al volver al lado de Nora, dije:

—¿No te parece que esta noche hubiera más luz que otras? Seguramente hay estrellitas nuevas.

—Sí que las hay —contestó Marcelo—; aquí en tu corazón.

—No te entiendo —dije.

—Porque tú misma no te das cuenta, pero sí..., tienes razón, hay más estrellas esta noche, pero no en el cielo..., sino aquí.

Y me besó en la frente.

—Ahora —siguió—, a dormir, que mañana nos iremos temprano.

Una vez solas con Nora, le pregunté:

—¿Por qué viniste, sabiendo que mañana me iba? ¡Qué buena eres!

—Porque te podía ver antes y estaba ansiosa por ti. Además, yo no sabía que tenías un caballero que te cuidaba y...

—¡Nora! —grité—; no digas.

—Es que lo encuentro encantador, ¿acaso no te gusta?

—Sí, me gusta —contesté.

Y como sintiera un calor atroz en las mejillas, escondí mi cara en el regazo de Perfecta.

—Me parece muy bien. Mañana le pediremos informes a don Diego. Ahora, a la cama.

Y ésa fue mi última noche en Olmué. Antes de acostarme abrí mi ventana y miré al huerto. No parecía que dos noches antes aquello era un campo negro, que causaba pavor, azotado por la lluvia y el viento.

A la suave luz del cielo se abrían muy blancas las flores de mi peral y de los almendros. Qué dulce quietud. Hasta mí llegaba el canto de las ranas como una nota larga y armoniosa; junto a la tapia que salté tantas veces para ir donde Juanito florecían los ciruelos y duraznos. Y arriba, la fiesta de luz de las estrellas. No hay duda: esa noche muchas luces nuevas se asomaron a la tierra por primera vez.

Al día siguiente, después del desayuno, partimos. Eduvigis lloraba. ¿Era acaso la misma mujer que me recibió a mi llegada meses atrás?...

—Quiero dejarle algo bien mío —le dije, para consolarla—. ¿Quiere mi canario? ¿Le gusta?

—Sí —contestó, conmovida.

—Bueno —seguí—; tómelo; cuídemelo mucho.

Y la abracé. Abracé también a mi fiel Capitán.

Hicimos una pasada por Limache a ver a nuestro amigo don Diego. Ya está bien y se levanta. Agradeció la visita y le dijo a Nora, riéndose.

—Lo que es mi sobrino, no sabe hablar de otra cosa que de ustedes.

Yo me salí al jardín no sé por qué, y los dejé hablando solos.

Seguimos viaje. En el camino Nora me preguntó qué llevaba con tanto cuidado en un paquete sobre mis rodillas.

—¿A que no adivinas?... Esta mañana, muy temprano, fui al huerto a cortar una rama de mi peral y está florecida...

¡Qué de recuerdos tiene para mí! Era mi torre, mi sitio de conversación con Dios, donde

encontré siempre ideas luminosas. La quiero conservar hasta que se seque.

Llegamos a almorzar a Santiago.

Martes 5.

Trajeron mi baúl, así que he pasado en arreglos. ¿Por qué será que Nora es tan ordenada? Pone una cosa en su sitio y no se mueve más de allí. Yo guardo algo y al poco rato se ha salido del cajón o se ha descolgado. Estamos en espera de carta aérea de mamá, en contestación de un cable que le puso Marcelo.

Hicimos varias compras con Nora para llevar al fundo. Carta de Miguel, diciendo que me espera con caballos, con burros, con vacas y con pollos. Tío Pedro con su familia nos vino a ver hoy. Estuvo muy cariñoso con nosotras, y nos dijo que había recibido unas líneas de papá, anunciándole su regreso para fines de agosto.

Miércoles 6.

¡Qué ser tan encantador es Marcelo! Pasa pendiente de qué cosa puede darnos gusto y nos dice que los días más felices de su vida han sido estos que nos ha tenido con él. Hoy en la tarde llovió, así que tomamos el té junto al fuego. Hicimos música, cantamos. El tiene una bonita voz de barítono. Conversamos y jugamos a los naipes.

Tuvimos carta aérea de mamá. Agradece a Marcelo que nos tenga con él y celebra que Nora me lleve al sur. Dice que estará de vuelta en los primeros días de septiembre. Ahora parte a Ríc de Janeiro en un viaje rápido.

Jueves 7.

Anoche nos acostamos tarde. Marcelo nos tenía un regalo a cada una. Una linda huasca con anillo de plata. En una estaba grabado *Nora*, y en la otra, *Patricia*, con la fecha de hoy.

—Como sé que montarán mucho allá —dijo—, para que se acuerden del viejo Marcelo.

—¿Por qué la fecha de hoy? —pregunté.

—Para recordar estos días que han sido para mí, ya se los he dicho, los más felices.

Por un rato nos quedamos en silencio, oyendo y mirando el fuego de la chimenea. Una llamita juguetona, locuela, que saltaba de un lado a otro, que parecía prenderse al leño y que se escondía; que ya surgía azulada y se tornaba roja, mientras el leño gemía, hasta que la llamita se abrazaba a él y lo envolvía y lo quemaba. Entonces era toda color fuego, hermosa y altiva, dueña de su reino.

—Me da una rabia —exclamó de pronto Marcelo—: con dos criaturas como éstas.

—¿Qué dices? —pregunté.

Nora miró a Marcelo y parecieron comprenderse. Me acordé del cuento de la máscara; ¿sería el caso de usarla?

—Nada de secretos —dije—; tú te refieres a papá y mamá, ¿verdad, Marcelo? ¿Qué hay de nuevo? Dinos todo. Es preferible.

—No hay nada de nuevo —contestó—, pero de repente no pude contenerme. Perdónenme ustedes, pero ellos dos son un par de estúpidos que no saben lo que tienen.

—Hablemos de otra cosa —dijo Nora—; me gustaría que cantáramos como ayer.

Yo consentí al momento, porque me estoy haciendo un plan para cuando llegue mamá.

Creo que en el fondo son cuentos, y nada más, la desavenencia de ellos dos. ¿Cómo pueden haberse dejado de querer? Eso no lo creo.

Viernes 8.

Perfecta tiene unas ideas que sólo a ella se le ocurren. Temprano hemos ido al centro, donde un fotógrafo, a tomarnos un retrato las dos juntas. Ella me ha dicho que desea tener un recuerdo así, de nuestros años juveniles; además, sería simpático que le regaláramos de sorpresa uno a Marcelo que tanto nos quiere y tan bueno ha sido con nosotras.

Encontré la idea estupenda y así lo hicimos. Nora consiguió que nos tuvieran pruebas para el día siguiente, para dejarlas elegidas, ya que seguiríamos viaje a Osorno mañana en la tarde.

Nunca olvidaré estos días pasados en Macul, en la quinta "Chiquita". De mañana, gran algazara con todos los perros, darles su comida, revisión jun-

to con Marcelo de los gallineros, visita a las flores y a los almácigos.

Libros, música, canto, té junto a la chimenea y siempre a mi alrededor un algo que me envuelve dulce y suavemente, y me hace tanto bien: mucho cariño. Y en las noches, nuestra pieza linda, blanca, coquetona, con sus camitas iguales, que me hace pensar que somos todavía dos felices muchachas de colegio.

Acabo de escribir una carta, que dice:

“Marcelo, mi grande, mi mejor amigo; sé que estarás triste cuando nos hayamos ido. Lo sé, porque nosotras también te echaremos mucho de menos. No sé cómo darte las gracias por todo; al decir todo, tú comprendes que no es una y otra cosa; en este caso es todo. Tú eres de esos seres que, como dice papá, alumbran la vida; a tu lado una se siente mejor. Te pareces a Nora. Ella es como tú, irradia luz. Ahora, por primera vez, me parece comprender una frase que papá dejó escrita para mí en mi *Diario*: “Nuestras sombras son más grandes que nosotros mismos”. A tu lado no hay imperfecciones, no hay problemas, no hay dudas; la sombra que proyectas cubre todo eso para dar la sensación perfecta de seguridad. Aún soy muy chiquilla, como tú dices, para expresarte mi sentir; pero si tú te fijas, he cambiado bastante, sigo siendo traviesa, impetuosa y desordenada..., pero bullen dentro de mí muchas cosas inexplicables que desconocía y que me hacen pensar, indagar, reflexionar y sentir.

“Quiero decirte, Marcelo, que seré digna de ese gran cariño que me tienes, y deseo repetirte que las dos te queremos mucho, y que cuando te sientas solo y triste, pues seguramente has de saber lo que es eso, recuerda siempre que te quiere mucho, mucho, tu

“PATRICIA”.

La puse en un sobre y se la dejaré mañana en su velador, para que la vea en la noche, después que nos haya ido a dejar a la estación.

Sábado 9.

En el tren, a las once de la noche.

Aunque me salga la letra tiritona y dispareja, tengo que escribir en mi libro, sentada en mi camita del tren: “Un tren nocturno es la invención más grande del mundo”. No será el pensamiento de un filósofo, pero es mi propio sentir. ¡Buenas noches!

Osorno – Domingo 10.

Ya estoy en “Los Pinos”, el fundo que administra Miguel. Salimos de Santiago ayer sábado a las ocho y media. Marcelo nos llevó a la estación y nos pidió que le escribiéramos luego. Yo no había

viajado nunca al sur, así que todo fue motivo de alegría y de risas. No conseguimos departamento, de modo que nuestras camas eran en el coche grande. Las dos en bajos, frente a frente. Nora tenía pasajero en la cama de arriba, yo no.

Apenas partió el tren fuimos al coche comedor. Allí había mucho que observar. Frente a nosotros, un señor flaco, flaquísimo, de escaso pelo y rostro pálido. Le dije despacito a Nora:

—Te apuesto que este señor se toma una píldora al final de la comida.

—Sosiégate, Patricia —me contestó.

—Y que esa señora de la otra mesa, esa gorda y coloradita con el sombrero de pluma, pide...

No pude terminar mi pronóstico, porque Nora me hizo callar. Lo cierto es que al final de la comida, el vecino flaco mete la mano al bolsillo y saca una cajita, de allí una píldora rosada y se la traga con un sorbo de agua. Le di un pellizco a Nora, que se remecía de la risa.

En el coche dormitorio había gran movimiento. El empleado transformaba los asientos en camas muy confortables. Cuando Nora corrió sus cortinas me pasé para su cama, y allí conversamos un rato, hasta que ella me dijo que me fuera, porque luego todos desearían dormir y no había que meter bulla. Vino el empleado y disminuyó la luz. Todo quedó en silencio, sólo el ruido del tren. Varias veces encendí y apagué la pequeña luz individual que tenía a mi cabecera, sólo por el gusto de encenderla.

Al poco rato una señora comenzó a toser. Poco al principio, fue creciendo aquello hasta

semejar un regimiento de toses. Corrí mi cortina y divisé más allá a la señora coloradita del sombrero con plumas, que se debatía entre toses, más colorada cada vez. Me levanté, busqué un cartucho de pastillas que tenía en mi maleta y se lo llevé.

—Guárdelas, señora —le dije—; yo tengo más.

Me contestó con un tosido más largo que los anteriores.

—¿Qué haces, Patricia? —llamó Nora.

—Mira —le dije, sentándome en su cama— la señora del sombrero con plumas.

—¡Pero no estará en la cama con el sombrero!

—Por cierto que no, pero ella es la que tose.

—¿Y quién te manda ir a conversarle?

—Si no le conversé, le llevé pastillas. Es en bien de toda la comunidad, para que nos deje dormir.

Sentí una risa ahogada del pasajero de la cama de arriba de Nora.

Después de un rato, calmada ya la tos de la señora, me dormí. Desperté varias veces durante la noche, con el movimiento del tren; corría el transparente y miraba hacia afuera. Estaciones oscuras, faroles rojos, señales de la vía, campos en tinieblas.

Volví a dormirme y a despertar cuando estaba amaneciendo. Los campos blancos de escarcha y una neblina que iba poco a poco disipándose hasta dejar pasar al sol. Un sol algo débil al comienzo, de luz indecisa y como asustada, hasta que de pronto pareció romper la tela de nieblas que lo envolvía, y se lució en su maravilloso poder. ¡Qué lindos son

los ríos del sur! Tan anchos, que da un susto ir pasando como colgados, porque de las camas no se ve el puente, sino el agua. Qué delicia el ir contemplando todo ese paisaje cómodamente instalada.

Llegamos al anochecer.

En la estación nos esperaba Miguel, tan cariñoso como siempre. De allí al fundo, una media hora en auto. Osorno, al pasar, me hizo la impresión de ciudad muy limpia y moderna. Ya tendré ocasión de conocerla mejor. La casa que ocupan Miguel y Nora es muy simpática, pequeña y moderna, al lado del parque del fundo.

Martes 12.

Anoche no pude escribir nada, porque me acosté con tantísimo sueño. Como que hoy desperté cuando ya todos se habían levantado. Miguel me tenía un caballo blanco para mí; se llama "Relámpago". Salimos los tres. Nora monta una linda yegua, "Reina". Me llevaron por todo el fundo. Yo iba feliz, no montaba hacía tanto tiempo, y los campos del sur son muy hermosos. En la tarde quise montar de nuevo y volvimos a salir. Hubo ratos en que me sentí como dueña del mundo, el aire que respiraba era más liviano, más puro, mi vista se perdía entre siembras, el cielo tan azul y mi espíritu lleno de alegría.

Hoy llegó un telegrama de Marcelo a Nora. Dice: "Imposible escoger regalo mejor. Están encantadoras. Muy agradecido".

Nora alcanzó a dejar elegido el retrato antes de venirnos; escogió marco también, y dejó el encargo de que lo enviaran a Marcelo. Me alegro mucho que le haya gustado.

Sábado 16.

He pasado una semana deliciosa. Qué cariñoso es Miguel; de Nora no me extraña, porque lo ha sido siempre. Aquí hay mucho que hacer; mi hermana ayuda a su marido de un modo admirable. Le lleva los libros, vigila el personal, dirige la sección gallineros. Yo en todo trato de poner mi "ayudita" también.

¡Qué contenta estoy! En las tardes salimos a caballo, después de comida hacemos música o escuchamos la radio. Ayer regresamos a casa con luz de luna. Era tan hermoso el pasar por la avenida de álamos iluminada, que yo traía el corazón como apretado... ¿Qué cosas se dicen los árboles cuando viene la noche? ¿Qué se hablan las plantas y las flores a la luz de la luna? ¿Qué conversa el río con las estrellas? ¿Qué contesta el campo a la pregunta que le va haciendo el viento mientras lo acaricia?

Algo se dicen, pero en un lenguaje desconocido para nosotros. Yo creo que se cuentan su dicha.

Después de comida, Miguel propuso que saliéramos al parque, a gozar de la noche. Allí buscamos un banco, y yo me senté a los pies de Nora. ¡Qué silencio tan poblado de palabras que sólo el

alma escucha! En un momento me di vuelta hacia Miguel y tomándole las manos le dije:

—Dime, Miguel, ¿es que tú no podrías tener dos señoras?

—¿Tú quieres ser la otra? —me preguntó riendo.

—Sí —contesté—. Me siento tan contenta con ustedes aquí. No quisiera irme nunca.

—Quédate para siempre si lo quieres —siguió él—, yo salgo ganando.

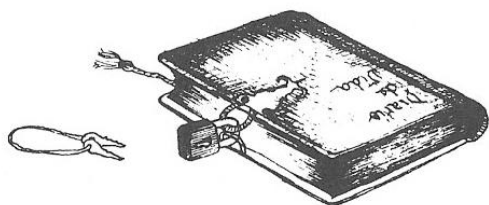
—Y yo también —concluyó Nora abrazándome—. Contigo aquí, mi dicha es completa.

Quise contestar algo y no pude. Sentía una emoción tan grande. Esta pareja no vive, ni piensa, ni respira sino el uno para el otro, y, sin embargo, tienen en su corazón un sitio de preferencia para mí.

Sábado 23.

Otra semana deliciosa.

—Te has vuelto indispensable —me ha dicho Nora.



Y, en realidad, creo que de algo le he servido. El lunes, tempranito, vino a la casa un chicuelo a decirle a la patrona que la señorita profesora se había enfermado. Allá salimos Nora y yo a ver qué sucedía, y, efectivamente, encontramos en la escuela del fundo a todos los niños reunidos, y a la señorita profesora en cama con fiebre.

Nora entró a ver a la enferma y le ofreció que nosotras la supliríamos mientras se mejorara, lo que ella aceptó muy agradecida.

Resultado que, de la noche a la mañana, me encontré convertida en maestra. Unos veinticinco niños, entre hombres y mujeres. Cuando me subí a la tarima y contemplé esas caritas infantiles llenas de curiosidad, no supe qué hacer al principio.

—A ver —dije—, ¿cuál es el más estudioso?

—¡El pelao! —gritaron todas las voces.

—Bien, pelao, adelante.

Y avanzó un muchachito de unos diez años, de ojos vivos y de cabeza completamente pelada.

—Me vas a repetir la última lección.

—Bueno, señorita.

Y así me pude dar cuenta dónde iban en el libro, porque me pareció poco digno que la profesora supiera menos que los alumnos.

Luego los saqué al patio y les enseñé juegos nuevos.

En la tarde convencí a Nora de que me dejara enseñarles canto, mejor, porque era más entretenido.

Total que ha sido una fiesta. Los niños me esperaban todos los días, ansiosos de la clase.

El martes fue mi cumpleaños y Nora hizo una torta exquisita. Me fue a despertar, llevándome de regalo, a nombre de ella y de Miguel, una magnífica máquina fotográfica.

Escribí a Marcelo lo siguiente:

“Querido Marcelo mío:

“No sabes qué gustazo me diste con tu paquete de regalo. ¿Cómo fue que no te olvidaste de mi cumpleaños y tampoco del de Nora? Yo nací el 17, Nora el día 21, por eso siempre nos hemos celebrado juntas. Así que el hecho que te recordaras de eso nos ha dado tanto gusto.

“¡Qué lindo es el papel de carta que me mandaste! Esta es la primera que escribo en algo tan elegante y bonito. Nunca había tenido uno así, con mis iniciales grabadas en azul y plata; voy a escribirle a toda la gente que conozco, para que vean cómo yo también soy dueña de esquelas dignas de una princesa.

“Me dices que te gustó tanto el recado que te dejé el día que nos vinimos. Esa fue mi intención: darte un gusto. ¿Y el retrato? Las dos estábamos pensando en ti, para que, en realidad, cuando nos mires, encuentres nuestro pensamiento.

“¡Vieras qué contenta estoy! Si ya ni me acuerdo de los días de Olmué. Nora y Miguel me dicen que, si yo quiero, me quede con ellos. Sería el paraíso; pero ¿y... papá y mamá?... A ti te lo digo, Marcelo; me iré con ellos apenas regresen, porque pienso y pienso en un plan que discutiré contigo cuando te vea.

“Te contaré también que si algún día necesito ganarme la vida, seré profesora de escuela. Me he descubierto buenas dotes para ello. Adivino en el aire cuando los chicos preparan una jugarreta, siento venir la risa antes de que estalle, conozco de lejos cuando los ojitos se abrillantan bajo el deseo de una payasada. Y, todo esto, seguramente que lo sé porque encuentro mis propias sensaciones. No hay duda de que en todas partes, en colegios y escuelas de niños ricos y de niños pobres, la picardía es igual, y mejor será un profesor que de chico ha sentido el cosquilleo de la risa traviesa y conoce el hormigueo de las piernas por ir a correr que aquel otro que fue siempre taciturno y callado. ¿No lo crees tú también?

“Para celebrar bien nuestro doble cumpleaños, Miguel nos llevó al teatro a Osorno y a comer al Hotel Burnier.

“Ahora te digo ¡hasta pronto!, porque siento que me llama Miguel. Es la hora que salimos a caballo todas las tardes.

“Cuando leas ésta, espera la noche, mira al cielo y cuenta si puedes las estrellas. Así son los besos que te mando, no los podrías contar.

“PATRICIA”.

“Recuerdos a Diana, Rex, Zarina, Risueño y demás compañeros”.

Domingo 24.

Durante la misa en la capillita del fundo cantamos con Nora. Los niños de la escuela me miraban con ojitos cariñosos, como "algo conocido".

Lunes 25.

La señorita profesora se mejoró, pero me ha pedido que, si puedo, vaya a la escuela, porque podré ayudarla mucho. Tomé fotografías de los niños, de la escuelita, de la maestra, etcétera.

Martes 26.

Enteramente dedicada a mi máquina fotográfica. Nadie ni nada se escapa. Los caballos, con jinetes y sin ellos; las vacas. Hay unas con sus terneros tan lindos; las gallinas y sus pollos; la laguna de los patos.

Se me concluyeron los rollos, así que Miguel me mandó buscar más a Osorno.

Miércoles 27.

Fui a visitar a Ña Rosarito, la vieja que amasa el pan. Me costó convencerla de que se dejara retratar.

—Sólo por darle en el gusto, patroncita.

Y se colocó al lado del horno. No sé cuál será más viejo: ella o el horno.

¡Y hace un pan tan rico!

Tomé una vista de los almendros en flor. Parece una postal japonesa. ¡Qué lindura!

También saqué una fotografía de mi pollito regalón. Tengo uno totalmente amarillo que se queda quietecito cuando lo tomo. Es tan delicioso, que me gustaría que nunca creciera.

Jueves 28.

Una carta de Marcelo y otra de tío Pedro nos anuncian que papá llegará a Valparaíso el 6 de septiembre.

Hemos hecho planes, y Miguel arreglará sus trabajos para poder ir los tres a esperar a papá. Nora no me dice nada, pero sé lo que piensa.

Sábado 30.

Más fotos de todos los rincones y de la avenida por donde he galopado todas las tardes. Los árboles están más cubiertos, y me imagino que cuando yo vuelva aquí, será delicioso de frescura.

No podría dejar de llevarme un recuerdo de mi corderito. Una tarde, a la hora de queda, me fui con el ovejero loma arriba a buscar las ovejas para guardarlas. El ovejero es un chiquillo de ojos

negros y pelo más negro aún. Siempre va cantando la misma canción, un tema triste, de palabras tristes. Esa tarde le propuse que cantáramos otra cosa, algo más alegre. Y fue así como le enseñé algunos cantos chilenos, livianos, traviosos, graciosos. Entonces él, agradecido, me regaló un bastón, es decir, una rama larga, firme y lisa, indispensable, según él, para arrear las ovejas. Y sucedió que, arriba de la loma, apenas comenzó él a silbar, las ovejitas comenzaron a juntarse; pero yo divisé a un corderito tan chiquito, que apenas podía saltar. Lo tomé en brazos.

—¿Me dejas llevarlo? —le pregunté.

—Si es que se lo puede —me contestó el chiquillo.

Bajé con él, apoyada su cabecita en mi hombro.

Días después volví a la loma y encontré que mi protegido había crecido. Lo bajé de nuevo. La tercera vez no me lo pude, porque no se quedaba quieto por saltar.

Y el chiquillo se rió de mí.

Así que le he tomado una foto a él y otra al que fue mi corderito.

Septiembre — Lunes 10.

Como ayer era mi último domingo en "Los Pinos", Miguel propuso una excursión en automóvil al lago Rupanco. Fue un día precioso y no podré olvidar nunca la belleza de ese lago rodeado

de vegetación de un verde intenso y teniendo por fondo la cordillera nevada.

Hablé muy poco. Me enmudecía esa fuerza palpitante de vida, en los bosques de troncos inmensos, en el agua tranquila, en los campos floreciendo el sol, en las montañas gigantes, en todo ese bullir de seres vivos, en todo ese empuje de savia nueva, de vida nueva, que revienta en la flor, en la cascada, en la yema del árbol, en la luz, en el aire y en la tierra.

Miércoles 3.

Anoche, después de comida, salí sola al huerto y de allí me encaminé a la entrada de la avenida. Es curioso. Cuando estaba en Olmué, me gustaba subir al peral para reflexionar y "conversar con Dios", como digo yo. Aquí no se me ha ocurrido trepar a ningún árbol, pero siempre me detengo en ese sitio y miro al cielo. Es un rincón de gran belleza y que me encanta.

A un lado se divisan el parque y las casas; al otro, la larga avenida, rodeada de sembrados. Parece el comienzo de un camino nuevo, de un trabajo nuevo, de una empresa nueva, y uno se detiene allí para respirar más profundo, cobrar aliento, pedir fuerzas a Dios.

Desde allí me despedí de este sitio donde he pasado días tan felices. Uno de los perros guardianes vino a buscarme y se acostó a mi lado. Se me hacía difícil regresar a la casa. Flotaba en el aire un

algo tan suave y apacible. Sólo sentía el ruido de un hilito de agua que corría allí cerca y el mugir de unas vacas muy a lo lejos. El cielo, salpicado de luces, y en la copa de los álamos se paseaba el viento despacito, como temeroso de despertar a las ramas más bajas.

Anoche he comenzado a comprender el poder de la naturaleza en el hombre. ¿Es posible, después de pasar así unas horas, comulgando con esa paz, que el corazón se agite en odios y rencores?

¿Podrá suceder que el espíritu no sea capaz de una visión clarísima después que se ha saturado de hermosura? ¿No es enseñanza el silencio de la noche? ¿Acaso nada se aprende de la vida en reposo?

No sé por qué escribo estas cosas, pero me quedó el corazón tan lleno de esos sentimientos, que yo llamo de ahogo, porque no pueden expresarse y porque una los siente tan poderosos y tan inmensos, que nos hacen sufrir.

Jueves 4.

Antes de cerrar mi maleta quiero escribir dos líneas. Esta tarde nos vamos a Santiago. Dejo esta casa con pena; he vivido aquí unos días felices. Nora y Miguel son un modelo de dicha; digo modelo, porque su dicha no la guardan para sí; la reparten, y a su alrededor todos sienten el reflejo de su bondad.

Santiago — Viernes 5.

De nuevo en Santiago. Este viaje de Osorno fue muy tranquilo y sin ningún deseo loco de mi parte. Me porté muy bien. En realidad venía muy preocupada de lo que vendría ahora y de mi vida que cambiará de nuevo.

Sábado 6.

Casi son las doce de la noche, pero no tengo sueño. Aún me dura la nerviosidad de todo el día. ¡Gracias, Dios mío, que papá llegó perfectamente y está de nuevo con nosotras!

Nora, Miguel y yo; también Marcelo, tío Pedro, y unos cuantos médicos amigos de papá, tomamos el expreso de la mañana al Puerto. Como el vapor no llegaba hasta las dos de la tarde, fuimos con Nora y Miguel al colegio, a visitar a la Madre Superiora. Nora deseaba que conociera a su marido. También salió la madre Vergara, a quien yo tenía tantos deseos de ver.

Tuve un gusto grande. La madre Vergara me llevó al interior del colegio, a visitar el estudio, las clases, el huerto, todo. Al entrar al estudio, la madre llamó a las niñas que habían sido mis compañeras y nos dejó conversar y reírnos. Todas no terminaban nunca de decirme que había crecido, que estaba enorme, que me veía muy bien, y qué sé yo cuántas cosas agradables.

Fue un gusto para Nora y para mí la visita a nuestro colegio.

Almorzamos rápidamente en el restaurante de la estación, mientras el vapor entraba. ¡Qué nervios tenía yo! Aún no atracaba el barco, cuando ya divisamos a papá, que nos hacía señas.

—Tengo ganas de llorar —le dije a Marcelo.

—Aquí no —me contestó, riéndose, para que yo me riera—. Mira, ¿quién viene ahí?

Me di vuelta, y casi me caí al agua de la impresión, y yo creo que del gusto también. Entre un grupo de personas avanzaba Eduardo.

Saludó diciéndonos que los jefes del Hospital Alemán, donde él trabaja, venían a saludar a papá, y él se había agregado también.

Al fin nos permitieron subir al barco, y de esos momentos no puedo describir nada. Abrazos y preguntas y apretones de manos, fotografías, barullo de gente, equipajes.

Una vez fuera de la aduana, me solté de la mano de Marcelo, que me había tenido sujeta para que dejara tranquilo a papá, rodeado de “altas personalidades”, como dicen los diarios.

—De modo, profesor, que contamos con usted... —decía un caballero en esos momentos.

—Papá —interrumpí—; no puedes hacer ningún compromiso, yo te necesito.

—Bien, Patricia, eso lo veremos después; porque tengo que...

—No —volví a interrumpir, y, hablándole al oído, continué—: se trata, Daddy, de Juanito, yo le he dado mi palabra, ¿oyes?, mi palabra, que irás a

verlo hoy antes de irte a Santiago. No me lo puedes negar, es lo primero que te pido.

—Señores —dije al grupo de caballeros que nos rodeaba—, ustedes nos perdonarán; pero no vemos a papá hace tantos meses. Déjenlo para nosotras, ustedes pueden esperar.

—En realidad —dijo papá, guiñándome un ojo—, será mejor que discutamos eso después. En el tren, esta tarde, los que regresan conmigo a Santiago, y para ustedes, de aquí, les prometo venir la próxima semana. Entonces les haré entrega de un aparato que traigo de regalo para el hospital de niños.

Respiré tranquila. Era mi mismo Daddy; aún me hacía caso contra esa nube de gente.

Yo había telefonado a la mamá de Juanito, a Viña, que nos esperara, de modo que, como a las cuatro, llegamos a la casa del enfermito, casi una comitiva. Papá, yo, Nora y Miguel; Marcelo, que deseaba conocerlo, y Eduardo, que se ofreció por si podía ayudar en algo.

Papá se acordaba de Eduardo cuando fue su alumno, y se alegró de verlo; pero en el camino a Viña me dijo, en secreto, con una sonrisa maliciosa:

—¿Este vino a recibirme a mí, o ha sido por verte a ti?

—Yo no sé —dije—, pero, dime, ¿te gusta?

—Mucho —contestó—; lo único, que me echará a un lado a mí.

—Eso nunca, nunca, Daddy.

Y lo abracé.

Juanito dio un grito al verme, y se quedó col-

gado de mi cuello por largo rato. Está igual, en su sillita de ruedas, pálido y delgado.

Dejamos solo al niño con papá y Eduardo.

Cuando nos llamaron, Juanito me dijo:

—Es muy bueno tu papá, Patricia; me ha dicho que podré correr como tú si le hago caso.

—Juanito es un buen niño y estoy cierto de que vamos a sanarlo —contestó papá.

Nos despedimos, y, afuera, en el jardín, papá habló con los padres del niño:

—En la próxima semana vendré a Valparaíso, y entonces lo examinaré mejor. Es difícil una mejoría completa. Ustedes ya lo sabrán, seguramente, pero creo que una operación puede salvarlo. Hay que estudiar bien esa posibilidad. De todos modos, cuenten conmigo.

Los padres de Juanito no sabían cómo agradecer a papá que hubiera ido a ver al niño.

—A mí no me den las gracias —dijo él—; esta chiquilla es quien tiene la culpa.

Cuando ellos me abrazaron, yo sentía una alegría tan grande de haber podido darles siquiera una esperanza.

—Yo también me ofrezco —me dijo Eduardo, al despedirse—, si de algo puedo servir para ayudar a la curación de este niño. Ya su papá me citó para cuando él venga.

—Gracias, Eduardo —contesté—, entre todos tenemos que mejorarlo.

—Y nosotros —siguió Nora— lo llevaremos a convalecer al campo, ya que no podemos hacer otra cosa.

¡Pobre Juanito! Tuvimos que prometerle venir luego a verlo para que no llorara.

En Viña tomamos el tren de las seis para Santiago. En el camino se apoderaron de papá todos los señores que habían ido a esperarlo; y era una de hablar de inventos, de tratamientos, de rayos, de resultados, en unos términos incomprensibles.

En casa encontramos una carta aérea de mamá desde Buenos Aires. Nos dice que acaba de regresar de su viaje a Río y que sigue a Chile en avión el miércoles 10.

Nora y yo espiábamos la cara de papá. No dijo nada. Hicimos planes con mi hermana, que se quedará a esperar a mamá. Miguel regresa mañana, pues no puede estar ausente tantos días.

Acabo de ir a golpear a la pieza de papá; como no contestara, abrí la puerta despacito. Entonces me sintió.

—¿Qué hay? —dijo, dando la luz.

—Soy yo, Daddy, quería verte otra vez.

Me abrió los brazos y allí me refugié.

—Tú vienes a que conversemos, ¿no es cierto?; pero ahora vas a ser obediente. Mira la hora: la una y media. ¿Es posible? Yo ya me había quedado dormido, estoy tan cansado. Mañana abriremos baúles y hablaremos mucho. ¡A la cama!

Y aquí estoy cerrando mi *Diario*.

Lunes 8.

Miguel se fue anoche; Nora lo seguirá, una vez que llegue mamá. El día lo pasamos ordenando

todo lo que ha traído el viajero, y con visitas de la familia, que deseaban verlo. Entre otras cosas, mi Daddy me trajo un abrigo de piel, tan precioso que, aunque me derrita de calor, me lo pondré todos los días.

Martes 9.

Hemos pedido a Marcelo que nos mande flores. Queremos tener toda la casa muy linda para mañana.

Miércoles 10.

Fuimos a Los Cerrillos a esperar el avión que trae a mamá. Yo hacía bromas todo el tiempo, porque notaba a papá muy nervioso. Nos había dicho que tenía una reunión a esa hora y que no podría ir; al fin lo convencimos.

El avión, que siempre llega a la hora de su itinerario, hoy día se atrasó. Papá ya se iba cuando anunciaron que venía y, efectivamente, lo divisamos.

Mamá bajó sonriente y nos abrazó a todos. En preguntas y relatos de viajes se ha pasado la tarde.

Una vez a solas con Nora, le pregunté:

—¿Cómo los encuentras?

—Papá se ve cansado y algo triste; mamá también. Seguramente es el viaje.

—Así lo creo —dije.

Sábado 13.

Hoy partió Nora a reunirse con Miguel.

—Ponme un telegrama, llama por teléfono, si alguna vez me necesitas con apuro; vendré al momento —fue lo último que me dijo Nora al partir el tren.

Domingo 14.

No tengo ningún deseo de escribir.

Lunes 15.

Hoy tampoco.

Martes 16.

Papá fue a Valparaíso y me contó que estudió bien el caso de Juanito. Está convencido de que sólo una operación puede salvarlo; pero esa operación es difícil; además el niño está muy débil. Le recetó cierto tratamiento para tonificarlo y prepararlo para la operación, que será en las dos piernecitas. Dejó a Eduardo encargado del niño. No sé por qué, esto me ha dado un gusto grande.

Sábado 27.

Hay algo raro en esta casa. Tendré que descubrirlo porque todavía no me doy cuenta. Es algo que no se dice, pero que se siente, algo como una cosa hostil, dura, cruel.

Papá sale tempranito al hospital, rara vez viene a almorzar, va al laboratorio, tiene operaciones a toda hora, casi no lo vemos.

Mamá sale conmigo en las mañanas, toma té afuera con amigas o tiene invitadas en la casa, juega bridge; quiere que yo aprenda, y a mí no me gusta.

El lunes pasado fue el cumpleaños de papá. Yo le hice una torta; mamá, unos dulces muy ricos, y convidó a toda la familia. Papá llegó muy tarde, cuando todos se habían ido.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté a solas.

—Porque no me gusta la gente, tu mamá lo sabe; pero invita para molestarme.

—No digas eso —contesté—, tú no puedes vivir como un ogro encerrado.

—Así me gusta —concluyó.

Anoche conseguí que papá me prometiera venir a comer y resulta que mamá tenía convidados.

Antes de acostarme, fui donde mamá y le dije:

—¿Por qué convidaste a esa gente, sabiendo que a papá no le gusta?

—No puedo vivir como un ermitaño —me contestó— sólo porque él no quiere ver a nadie. Eso le hace mal a él mismo, no es natural.

Octubre — Miércoles 1º.

Papá y mamá son muy cariñosos conmigo cuando cada uno está solo, pero cuando están juntos parece que yo les molestara.

Ahora tengo profesora de canto y de francés. Además asisto a unas clases de la Cruz Roja. Así lleno mejor mi vida.

El domingo pasado fuimos al teatro. Yo había elegido una película cómica. Al salir, papá me dijo:

—Nunca me había reído tanto.

Mamá añadió:

—Lo más estúpido que he visto.

Ayer martes fuimos a un concierto. A mamá le encantó, a papá le aburrió. No me atreví a decir nada, porque siempre le ha gustado tanto la música. ¿Qué le pasa ahora?

Jueves 2.

He ido al estudio de papá a desordenar un poco sus cosas con toda intención. Me quedé ahí hasta que llegó.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Yo estuve arreglando tus cosas —contesté—, pero con gusto. No hay como un poquito de desorden, es tan bonito; sólo un poco, ¿sabes?

—Lo que sé —me dijo— es que estás igual a tu madre: jamás una cosa en su sitio.

Pasé la tarde en la pieza de mamá ordenando meticulosamente toda su ropa, sus libros, sus *bibelots*.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al verme.

—Mira, mamá, es que me he convencido de lo maravilloso que es el orden. No hay como tener todo en su sitio. ¿Quieres que ensayemos?

—A ponerme más nerviosa, será —me dijo—; no hay nada que me desespere más como el tener todo alineado, en perfecto orden, sin que nada pueda moverse. Tu padre te está contagiando.

Vine a mi pieza, llamé a Marcelo por teléfono y le pedí que viniera a buscarme.

Cuando llegó le dije:

—No me preguntes nada, pero llévame lejos, a dar una vuelta en tu coche. Me hace falta mucho aire.

Domingo 5.

Fuimos al campo. Cantamos y reímos con mamá. Papá no nos celebró nada como antes. Estuvo callado, y como yo le preguntara el porqué, me dijo:

—Tengo muchas cosas serias en que pensar.

Viernes 10.

Le había pedido hace días a papá que necesitaba hablar con él. Para esto le escribí una tarjeta

que dejé entre las ciento que recibe al día, de invitaciones a conferencias, a inauguraciones, a reuniones médicas, etc. Anoche, riéndose, me dijo que me daría audiencia hoy, a las cinco de la tarde.

Fui a su estudio. Una vez solos, me acerqué a él y le dije:

—Daddy, esto ya no puede seguir. No es vida la que hacemos. No te vemos nunca. Entre tus enfermos, tus estudios, tus obligaciones, pasan los días. ¿Es que ya no me quieres?

—Siempre te quiero —contestó.

—Pero ahora jamás me pides que te ayude aunque sólo sea para que pegue etiquetas a los frascos de experimentos. ¿O es que ya eres un profesor tan notable y un hombre tan importante que no te rebajas a tenerme como una ayudante?

Papá se puso a reír.

—No te rías, Dad —continué—, si es muy serio. Yo no sé para qué vivo con ustedes, no los tengo para mí nunca. Paso tan sola.

—Pero ¿y tu mamá? Tú bien sabes que yo tengo que trabajar, no sólo para ganar mi pan y el de ustedes, sino que, con mayor ahínco aún, para aportar mi ayuda al bien de la humanidad.

—Sí, lo sé, Dad, pero...

—Nada de peros..., ¿que no tienes amigas?... ¿no te gusta pasear?, ¿quieres dar una fiesta?... Calcula cuánto necesitas y me lo dices.

Me había propuesto estar muy serena y valiente; así que hice un gran esfuerzo por no llorar. Sentía una pena tan grande. ¿Es que mi Daddy no era el mismo de antes? Me hablaba del bien de la huma-

nidad, y yo, su propia hija, ¿no merezco una atención primera?...

Amigas..., fiestas..., paseos..., ¿para qué, si llego a la casa y no tengo a quién contarle nada?...

Quise hablar más con él, preguntarle así abiertamente si era verdad que no se avenía con mamá, si era verdad que se toleraban apenas; pero por primera vez en mi vida no me atreví. Qué cosa más rara; no me atreví a decírselo a papá, a él, a quien siempre, siempre le he contado todo, aun mis maldades, que él y yo le ocultábamos a mamá.

Vagamente me acordé del cuento de la máscara que me contó Marcelo en Olmué, y comprendí que ahora tenía que usar una yo misma...

—¿Eso era todo? —preguntó papá mientras miraba unos papeles—, ¿quieres otra cosa?

Me costó un esfuerzo contestar, mintiéndole por primera vez en mi vida:

—Sí, Daddy, quisiera que me dieras un extra este mes. He gastado todo lo que me diste.

Sonriéndose, sacó su cartera y me pasó unos billetes.

Y eso fue todo.

Sábado 18.

Hoy sorprendí a mamá con los ojos lacres, como si hubiera llorado mucho. Como le preguntara, me dijo que los tenía irritados.

Por primera vez se me ha ocurrido pensar si ella no pasará tanto para ahogar algo, para olvidar algo.

Ayer en la tarde le dije a papá que fuera con nosotras al teatro, y, colocándome detrás de mamá, comencé a hacerle señas a él con la cabeza para que dijera que sí. Debe haber sido una pantomima tan especial, que dijo:

—Bien, iré con ustedes.

El que dice eso y mamá que habla:

—Patricia, se te olvidó que tenemos que ir donde la tía Isabel.

Fue inútil, no pudieron ponerse de acuerdo.

Domingo 19.

¡Qué seres más complicados son las personas grandes! Cuando una cree que le van a decir sí, le salen con un no, y cada vez que una sabe y espera un no, le contestan con un sí alegre y encantador. He pasado toda la semana en pequeñas tentativas de acercar a este par de seres grandes que parecen niños chicos; que papá y mamá vuelvan a ser lo que eran antes.

He desplegado todas mis fuerzas y veo que voy saliendo vencida. Acabo de escribirle una larga carta a Nora diciéndole que me ayude. Me siento desanimada y triste.

Lunes 20.

Tengo un dolor de cabeza tan terrible que no sé cómo puedo tener la pluma en la mano. Quería escribir algo, pero... no puedo.

Miércoles 22.

Estoy en cama. Me han dejado sola un momento creyendo que dormía. Aprovecho...

Tengo mucha fiebre. De ayer no me acuerdo nada... ¿qué será esto?... ¿Me iré a morir como tía Melania? Dios mío, te ofrezco mi vida por... Tengo deseos de llorar mucho..., de llorar..., ¡de llorar!...

.....

Patricia, hijita querida: Al leer esta fecha que pongo aquí —noviembre 21—, podrás darte cuenta de que hace un mes justo que se cerró tu *Diario* y no había vuelto a abrirse. Un mes de dura prueba y de gran dolor, durante el cual hemos luchado bravamente con la muerte. Sólo hoy puedo decir con certeza que estás salvada.

Hijita mía, qué cierto es aquello de que sólo sufriendo se comprenden algunas cosas. Parece que las lágrimas han limpiado nuestros ojos, que no veían bien, porque estaban empañados. ¡Gracias sean dadas a Dios, que te ha devuelto a nosotros!

Digo devuelto, porque la ciencia humana hubiera sido impotente para conservarte.

Me he puesto a escribir en tu mismo *Diario*, porque deseo que conserves estas líneas junto a las que han sido tus fieles compañeras.

Has estado muy enferma, Patricia, con un tifus gravísimo, y aún ahora sigues sumamente delicada; pero yo siento, y sé, y, sobre todo, confío en Dios, que vencimos.

Te miro desde el sillón donde escribo, y pareces otra mujercita. Te hice traer a la clínica y aquí seguirás todavía por varias semanas. Médicos y enfermeras te adoran. ¡Si eres tan adorable, mi hijita!

En este momento duermes. Muy delgada, has crecido; está tu cabeza, como cuando naciste, cubierta de una pelusa rubia, tienes una mano flaca y pálida sobre la colcha; mano que acaricia tu madre sentada a tu lado.

Nos rodea un silencio de hospital. Es casi de noche. Sólo una pequeña luz en tu pieza blanca cerca de la cual escribo.

¡Cuánto has sufrido tú, cuánto nosotros!, ¡qué días y noches de delirio, sin tener otro pedir, en medio de tu dolor, que aquello por lo cual tu almita se debatía angustiada!

Y fue así, después de una crisis horrenda, que busqué tu *Diario* y lo leí. No ha sido un secreto que violaba; ha sido el abrir tu corazón, tal como lo habría hecho al estar tú buena y sana. Y supe. Y comprendí todo el sufrimiento de ustedes dos, mis propias hijas, y comprendí toda mi culpa. Pero, vuelvo a repetirlo, lo comprendí porque sufría; mis ojos estaban limpios y pudieron leer.

Cómo nos cegamos los hombres y vamos tras una quimera, que puede ser fama, gloria, riquezas, honores, despreciando lo único cierto, lo único verdadero que forma la dicha de la vida. ¿Qué he sacado yo, profesor tan importante, cirujano eminente, descubridor científico, investigador, con tanto invento y tanto trabajo? ¡Dedicado a salvar a la humanidad, y a mi lado, mi propia hija sufre y llora!...

¡Crueldad sin nombre! ¿Quién soy yo para juzgar? ¿Acaso tu madre no me cautivó con su carácter, el mismo de siempre, alegre, infantil como el tuyo?

Ella no ha cambiado; he sido yo, y la juzgaba a ella. ¿Los defectos? Los defectos son pequeños si se les mira con tolerancia; se transforman en montaña cuando los miramos sin amor.

¡Cómo he podido palpar ahora la ayuda valiosa que ha sido tu madre! No se ha separado de ti un minuto y no creo que exista mano más delicada como enfermera. Nunca hubiera sospechado su resistencia y su abnegación.

En las enfermedades de ustedes dos en la infancia siempre fue ella mi mejor colaboradora, pero nunca habíamos sufrido una prueba tan dura como ésta.

La miro ahora desde mi sillón; veo que ha doblado su cabeza junto a la tuya. Al saberte fuera de peligro, la rinde el sueño.

Hace poco rato se fue Nora, que vino a tu lado también apenas se le avisó de tu gravedad. ¡Con razón la quieres tanto, Patricia! ¡Qué gran mujer será!, por no decir que lo es, porque yo la miro

siempre como una criatura. ¡Qué enorme es la fuerza de su espíritu encerrada en esa dulzura de ángel!

Otro ser a quien tú profesas un cariño por demás merecido, Marcelo, te ha dado su sangre repetidas veces.

En este momento lo siento pasearse por el corredor; no se va de aquí sino a la medianoche y llega al amanecer. Apenas puedas dejar la clínica, será a su casa en Macul adonde te llevaremos.

¡Cómo te quieren todos!

Patricia, veo que llego al final de tu libro, allí donde yo mismo tracé unas líneas para ti. ¡Qué orgullo siento al ver que en mi vida hay una sombra de bondad y belleza que me redime y enaltece!

¡Qué satisfacción noble siento al comprobar que tú, mi Patricia, has conseguido ya lo que otros demoran toda una existencia!

La sombra tuya crece y crece; mira que has trazado con ella el camino que tus padres deben seguir, el camino que si casi abandonaron en momentos de torpe ceguera, nunca ya perderán de vista, que van paso a paso por esa ruta labrada con tu amor. ¡Dios te bendiga, hijita mía!

Y aquí cierro tu *Diario*, trozo sagrado de tu vida, mientras repito la frase que está escrita más abajo:

“Nuestras sombras son más grandes que nosotros mismos”.

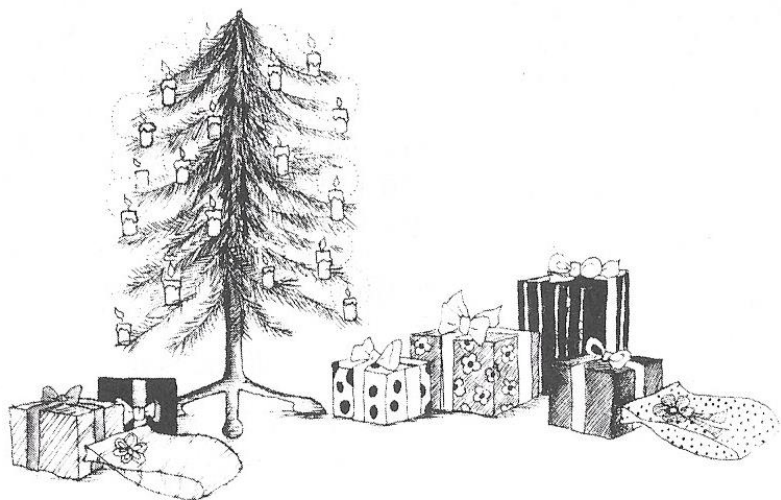
.....

Diciembre — Miércoles 24.

Acabo de pedir a Marcelo que me traiga en brazos a mi pieza, y dentro de una media hora me venga a buscar. Siento que me ahoga la emoción.

Hace tres días que me trajeron de la clínica a la quinta de Marcelo. Estoy tan débil que no puedo andar todavía y todo me conmueve y por todo siento los ojos llenos de lágrimas.

Ayer solamente dejó papá mi libro cerca de mí. Cuando terminé de leer lo anterior, me quedé mucho rato inmóvil. Me parecía estar escuchando una música tan hermosa. Miré por la ventana, abierta hacia el jardín, y vi que papá tomaba un botón de rosa y se lo prendía al pecho de mamá, que iba a su lado. Más allá, Marcelo cortaba un pino para arreglar el árbol de Navidad.



Quise escribir..., unas líneas solamente, pero no tuve fuerzas sino de mirar al cielo en una ferviente acción de gracias.

Hoy ha sido todo un trajín en secreto y han venido a buscarme a las once de la noche.

Al lado de la chimenea del living había un pesebre y más atrás, hecho una joya de luces, brillaba un lindo arbolito. Al primer momento sólo vi eso rodeado de paquetes, de brillos, de flores. Poco a poco fui recorriendo la pieza, y Marcelo tuvo que sostenerme porque mis pobres piernas parece que son de lana.

Papá y mamá, Nora y Miguel, los padres de Juanito y él..., mi querido amiguito, de pie, sosteniéndose con dos muletas. Los ojos grandes le brillaban en su carita rosada.

— ¡Juanito! —grité, abriendo los brazos.

Fue un momento único. En dos palabras me explicó papá que, durante mi enfermedad, lo hizo venir a Santiago y lo operó con feliz resultado. Ahora es cuestión de tiempo, de cuidado y de paciencia.

Aún había otra persona además de Marcelo: junto a Juanito estaba Eduardo.

Al verlo me llevé las manos a la cabeza.

¿Qué dirá al verme así? Tengo puesta una linda gorrita, pero me habría gustado tener mi pelo. Nora, como siempre, adivinó mi pensamiento y se acercó a decirme:

—Estás muy bonita, no te preocupes.

Y luego agregó más fuerte señalando la preciosa estrella del árbol.

—Mira, ahora está bien arriba, como todas las estrellas.

La abracé, sonriéndole.

—Otra cosa —añadió—, este paquete te lo mandan Eduvigis y Pedro, diciendo que es la primera miel de sus colmenas.

Por un momento las luces me comenzaron a dar vueltas y cerré los ojos, hasta que sentí la voz de Juanito:

—¿Quieres que cantemos, Patricia?

—Junto al pesebre —dije acercándome.

Y así, todos juntos, comenzamos:

“ ¡Noche de paz! ¡Noche de amor!”...

.....

Creo que jamás se unieron voces más acordes y más llenas de sentimiento. La pieza estaba a oscuras; sólo las luces del árbol que formaba en el muro una enorme sombra.

Llegó hasta nosotros el sonido de las primeras campanas anunciando Nochebuena.

Miré a mi alrededor. En todos los ojos brillaba una luz.

Al terminar el canto, Nora me dijo al oído:

—Para la próxima Navidad ya serás madrina de alguien que viene..., te lo doy desde ahora.

Era demasiado, no pude decir nada. Abracé y besé a papá, a mamá y a todos. Pedí que me esperaran un momento para abrir los paquetes y le dije a Marcelo que me trajera a mi pieza.

Tenía que arrodillarme al lado de mi cama y escribir así, de rodillas:

¡Gracias, Dios mío..., soy tan feliz..., tan feliz!